

ASÍ SE NACE

Damián F. Lamberta





Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

M. en E. U. y R. Marco Antonio Luna Pichardo
Secretario de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación y Estudios
Avanzados

M. en C. Jannet Valero Vilchis
Secretaria de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Dra. en Ed. Sandra Chávez Marín
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Finanzas

M. en Dis. Juan Miguel Reyes Viurquez
Secretario de Administración

Dr. en C.C. José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en Dis. Monica Marina Mondragón Ixtlahuac
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez
Abogado General

M. en R.I. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González
Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en D.F. Jorge Rogelio Zenteno Domínguez
Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria

Así se nace

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca

Rector

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz

Secretario de Difusión Cultural

M. en A. Jorge E. Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

16° Premio Internacional de Narrativa

"Ignacio Manuel Altamirano" 2019

JURADO

David Miklos, México

Julián Herbert, México

Carlos Oriel Wynter Melo, Panamá

Damián F. Lamberta

ASÍ SE NACE



Universidad Autónoma del Estado de México

“2019, Año del 75 Aniversario de la Autonomía ICLA-UAEM”

Primera edición, septiembre 2019

Así se nace

Damián F. Lamberta

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Lamberta, Damián F. (2019), *Así se nace*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-633-056-2

Hecho en México

Made in Mexico

Contenido

PRESENTACIÓN	9
PRIMERA PARTE	
I Villa Lugano, 1971	15
Mates	21
II Plaza Miserere, 1971	29
III Villa Lugano, 1972	35
Capas azules	41
IV Villa Lugano, 1972	51
Llamada	57
V Merlo, 1973	61
Pastillas	69
VI Merlo, 1974	75
¡A mangiare!	81
VII Merlo, 1975	87
VIII Merlo, 1975	93
Mates II	101

IX La Tablada, 1976	109
X La Tablada, 1976	117
Una caricatura	125
XI Villa Lugano, 1979	131

SEGUNDA PARTE

Mates III	141
Un sábado de otoño	151
XII Merlo, 2013	161
El roble	167
XIII Conurbano, 2013	175
La tejedora	183
XIV Lomas de Zamora, 2013	193
Las amigas	203
XV Merlo, 2013	209
XVI La Plata, 2013	213
La signora del saucisse	221
XVII Informe de Prueba de ADN	229
Epílogo	233

PRESENTACIÓN

La Universidad Autónoma del Estado de México, espacio de libertades para la creación de conocimiento científico y humanístico, se enorgullece de mostrar los frutos de su Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”.

La respuesta de la comunidad iberoamericana a esta convocatoria anual ratifica el prestigio alcanzado por un certamen literario destinado a fortalecer la identidad de quienes compartimos el idioma de Cervantes.

En la decimosexta edición del premio, los escritores David Miklos y Julián Herbert, de México, así como Carlos Wynter, de Panamá, constituyeron el jurado calificador que revisó 348 trabajos procedentes de 21 países.

El premio fue otorgado al autor argentino Damián F. Lamberta por su novela *Así se nace*, que aborda con maestría la historia de una pareja de migrantes italianos que huye a sus antípodas para escapar de la guerra y darse una segunda oportunidad.

Metáfora sobre la vida que va y viene por los mismos caminos, lugares y rostros, a través de vicisitudes luminosas o complejas que conmueven al lector.

Con esta obra, Damián F. Lamberta contribuye a enriquecer la colección del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, joya literaria de nuestra institución; al tiempo que acrecienta el patrimonio cultural de nuestra comunidad académica y tiende puentes entre los hispanohablantes del mundo.

DR. ALFREDO BARRERA BACA
Rector

*A mi viejo:
dos veces padre
y dos veces hijo.*

I

Villa Lugano, 1971

EL SOL LE DABA EN LA CARA entibiándole las lágrimas. A cada paso sentía el asfalto caliente en la goma de las zapatillas. Ese fuego subía por sus piernas, le abrazaba la panza y quemaba su corazón.

Podía ir por la vereda, alternando la sombra efímera de los árboles, sin embargo, caminaba por el costado de la calle, como un masoquista sin voluntad. Llorando. No podía dejar de llorar.

Había pasado la noche al lado del ataúd, contemplando el cuerpo de su abuela, sin una lágrima, sin quitar la vista del rostro levemente azulado en el que deseaba encontrar un indicio de vida. Lo abrazaron personas que no conocía. Él se mantuvo estoico. Toda la noche. Toda la mañana. No quiso desayunar. Después del mediodía, asqueado por el olor del café y el lamento incesante de los italianos, les pidió permiso a sus padres para volver a su casa.

Desde el almacén de Manolo oyó una radio. Casi cuarenta grados de sensación térmica, repetía el locutor. El cielo se aplastaba contra la ciudad. No andaba nadie, sólo él, un chico que no podía dejar de llorar. Escuchó que lo llamaban, pero siguió caminando. Era el vozarrón de Luis. No tenía ganas de soportar sus cargadas. Menos en un día como ese.

—No llores, Tano —decía la gruesa voz.

Esta vez no se burlaba de sus orejas, ni de sus pantalones mal zurcidos, sólo le repetía:

—No llores, Tano.

Le sorprendió ese tono compasivo, justo en Luis que, en lugar de sangre, por sus venas corría ácido muriático. Por un instante se olvidó de los rencores acumulados. También del miedo que solía infringirle. Se preguntó si no serían alucinaciones provocadas por el calor y el cansancio. Esa suavidad, esa mariconería de Luis, le resultaba inverosímil. Al fin, se detuvo y volteó la mirada. Luis se recortaba en la puerta de su casa, enorme y redondo, lleno de sudor. Lo miró unos segundos sin decir nada, ni siquiera en ese momento se aguantó las lágrimas: largó un llanto alborotado, lleno de sol.

Retomó los pasos. Detrás, volvió a oír el vozarrón, la misma calidez en el tono.

—No llores, Tano.

E inmediatamente después:

—Si no era tu abuela.

Sintió el frío puñal de las palabras clavado en la espalda. Pero continuó avanzando con la frente en alto.

¿Entonces, cuántas personas lo sabían? ¿Desde cuándo?

Su pensamiento era como un retazo de género a punto de romperse.

Hubo un domingo. Tres o cuatro años atrás. Iban en el Fiat 1100. Su padre conducía con un ánimo exquisito, silbando tarantelas, evocando anécdotas de Italia. En el asiento de acompañante, su madre llevaba un canasto con frutas de la quinta. Los esperaba un día de campo en la chacra de doña Estela. Todo iba de maravilla hasta que vieron aquella carpa al

costado de la avenida. Hombres con guardapolvo blanco. Sus padres se habían alarmado incomprensiblemente.

—Son doctores —anunció su madre, pálida.

Desde el asiento de atrás, él intentó decir que no eran doctores. Pero su padre le exigió silencio, mientras intentaba doblar en contramano. Un auto les impidió la maniobra. Estalló un coro de bocinas.

—¡Mannaggia Sant’Arcangelo! —vociferó su padre.

Su madre enseguida comenzó a llorisquear, la voz era un gemido:

—Se lo van a llevar.

En la hilera de banderas, cien metros antes del puesto, pudo leer: “Campaña de vacunación gratuita de animales”.

Pero sus padres no sabían leer y le ordenaron que se escondiera debajo de una manta y se quedara callado.

—Zitto, zitto, que está la policía —le rogó su madre, acomodándole la tela encima.

No había ningún policía. Sólo eran veterinarios con guardapolvo.

Estaba con la llave en la mano, la boca un poco abierta, frente a la puerta de hierro de su casa. Decidió seguir caminando. Necesitaba irse, ordenar sus recuerdos.

¿Desde cuándo lo intuía, de un modo cobarde e intuitivo?

Tal vez desde las noches en que miraba el Súper Agente 86. En los últimos años de la primaria. En aquella época, falsificaba la firma de sus padres y mentía cuando los maestros le preguntaban los motivos de por qué no asistían a las reuniones escolares.

—Trabajan los dos todo el día y no pueden venir —inventaba.

En un corte comercial solía aparecer una publicidad con escarpines. Una imagen inocente y conmovedora. Sin embargo, en ese momento, ocurría el escándalo. Su padre le hacía señas a su madre para que cambiara de canal. Él se quedaba callado, simulando no darse cuenta. El aire se volvía espeso. La secuencia se repetía cada vez que la televisión mostraba una embarazada, un bebé o un inocente y conmovedor par de escarpines.

Acaso lo sospechó en alguna de las visitas de los paisanos del sur de Italia, en domingos de ravioles con estofado. Hablaban en dialecto, sobre la guerra, de Potenza, de las tarantelas, de las procesiones. Y a veces, surgían preguntas como espinas:

—¿A quién se parece Eduardito?

Una y otra vez, como una lluvia que siempre llegaba. Interrogantes que a veces permanecían henchidos de largos e incómodos silencios. A veces una respuesta vacilante. Su madre diciendo que a un tío que vive en Italia o a un primo. Pero siempre los nervios, el llanto con el que huía al búnker de su pieza.

Pañuelos y lágrimas, pensó, mientras seguía caminando como un autómatas por una avenida ruidosa.

Cualquier palabra suelta, en su madre podía desatar una depresión. Su casa no era como la de Martín, su compañero de banco. Sus padres eran distintos. Se expresaban con dulces maneras. Cuando hablaban parecían susurrar melodías. Ellos no eran inmigrantes. No conocieron el infierno de la guerra. Sabían leer y escribir. Tenían libros. Lo viernes a la tarde iba a tomar la leche. Le daban bizcochos, tortas y abrazos. Parecía un lugar de vacaciones permanentes. A él nunca se le hubiese ocurrido invitar a Martín a su casa. ¡Cómo iba a llevar a ese chico criado entre algodones azucarados a un lugar donde abundaban los gritos, el llanto o, en el mejor de los casos, los

Así se nace

pedos que se exhibían, cotidianamente, como trofeos en una vitrina!

Mates

ES MADRUGADA DE SÁBADO y este padre que es mi padre me dice que haga unos mates, que charlemos un rato. Esperaba esas palabras, y a pesar del cansancio las atrapo en el aire con una sonrisa. Porque viajo a la casa de mis viejos cada dos meses. Porque en cada visita me zambullo en la familia, disfrutando de cada uno, en una misma, calculada secuencia.

Una secuencia que comienza el viernes por la mañana y continúa en la oficina donde trabajo en La Plata. A las cinco de tarde, luego de pasar mi tarjeta de salida por el lector, cargo el bolso y tras casi cuatro horas de ruta, llego a Mar del Tuyú, al cálido verano de los afectos. Papá siempre entre papeles del negocio. Mamá con esa mirada de bienvenida celeste. Al calor del fuego, mi hermano Leo y el asado en marcha. El abrazo de mi cuñada, inmediatamente antes de que mi sobrino me agarre para jugar a la lucha. Cuando quiero incluir a mi sobrina, atacándola con el golpe del orangután, advierto que está demasiado grande. En la cena exhibimos nuestras pasiones, comiendo insaciables, levantándonos la voz. El almuerzo del sábado corresponde a la nona y la tarde a mis sobrinos. El juego sigue a la noche, pero con mi hermano. Los amaneceres nos encuentran conversando. El domingo, después del almuerzo familiar, vuelvo a la ruta, al hueco inevitable que deja un fin de semana espeso.

Ahora es sábado de madrugada. El reloj que cuelga en la pared, inclinado desde hace años, marca las tres y diez. El viernes está sentado sobre mis párpados. Y ese gran noctámbulo que siempre ha sido papá, dice que me siente un rato, que tomemos unos mates.

Este es nuestro momento.

—¿Cómo andan tus cosas? —comienza y aplasta el cigarrillo en un cenicero atestado de colillas.

—Un poco contracturado —respondo, mirando su gorra gris de fieltro.

Enseguida me arrepiento del comentario. Pide que me acerque. Ya sé lo que se viene. Somos previsibles, jugamos de memoria. Pretendemos la estabilidad, sentirnos seguros. Dudo un momento. Pero insiste:

—Dale, vení un cachito.

Apoya su puño en mi espalda. Presiona, pero no me alivia. Vuelve a apretar con los nudillos. Duele.

—Quedate quieto. Aguantá un poco.

Me resisto y no afloja. Clava el puño. Grito.

—¡Callate que vas a despertar a mamá!

Sigue examinando la zona.

—Ahí es donde me duele siempre —indica, apretando fuerte—. Tengo como un bulto... ¿Puede ser un tumor?

Me suelto. Lo miro desconcertado. Suelta una carcajada. Es lindo verlo así. Su risa es contagiosa. Su risa es como una lluvia de verano, emerge de su cielo nublado, intensa y efímera, tal vez esporádica.

Mientras le cargo yerba al mate, insiste con lo del tumor. Lo pregunta en serio, inquieto por el miedo. De nada servirá lo que conteste. Es hipocondríaco. Nunca quiere ir al médico. Ante cualquier dolencia, investiga en foros de Internet. Se

aferra a los autodiagnósticos. Consulta su dictamen con mamá, conmigo o con Leo, apretando el puño en la zona afectada.

—¿Cómo anda la nona? —pregunto para cambiar de tema.

—Hinchando las pelotas. Anda bien.

—¿Le avisaste que voy a almorzar?

Dice que sí con la cabeza, mientras enciende otro cigarrillo.

—El otro día nos asustamos. La llamé a las siete de la tarde, como siempre, para que tome las pastillas. No me atendió. La volví a llamar. Y nada. Sacamos el auto y fuimos con tu mamá, pensando lo peor.

Hace una pausa. Toma el mate.

—La encontramos durmiendo. ¡A las siete! Ni había oscurecido. Sabe que a esa hora le tocan las pastillas. La cagué a pedos. Ni siquiera se tiene que acordar. Solamente atender el teléfono. Pero ni eso. La amenacé con traerla a casa. ¡Para qué! ¡Se le subió la tanada! Empezó a despotricar que ella hace lo que quiere, que no va a tomar más nada. Entonces vas a ir a un geriátrico, le dije. Fue peor. ¿Sabés lo que hizo?

Maniobra otra pausa. Tiene los labios resecos. Se estira para agarrar un mate.

—Me quiso dar un cachetazo.

La imagen de la nona, alzándole la mano a papá. La nona con su metro cincuenta de arrugas, su rosario de puteadas en italiano. Peor, en dialecto. Me atraganto de la risa. Cualquiera aseguraría que es una ancianita inofensiva. Una viejita que descansa sobre la paz de una vida demasiado larga. Sin embargo...

—¡Brava la calabresa! —agrego con restos de carcajada.

—Me tiene las pelotas por el piso. Siempre igual. Siempre negativa. Me hace la vida imposible. Si no es una cosa, es otra.

—Está grande, ¿qué querés?

—Ya sé. A la vejez, viruela. Vamos a ver cuando me toque a mí...

Noto cierto cinismo en su tono. Acaso el plan de una venganza disparada al futuro. Suelta el humo levantando el mentón. Entrecierra los ojos y una sonrisa sutil asoma en sus labios.

El reloj marca las tres y media pasadas. El noctambulismo es un punto en común. Suele decirse que somos parecidos. Me reconozco en su cuello corto. También en la rigidez de sus movimientos. Puedo verme en la forma de su cuerpo, en su mal carácter. Por muchas cosas puedo asegurar, sin lugar a dudas, que este padre es mi padre.

—El otro día vimos una película —comenta papá rascándose el cuello.

El gusto por el cine es otra herencia. A él le debo las excursiones por los videoclubes. Laberintos atestados de afiches, lectura de sinopsis. El ritual de la elección. La seducción de las carátulas. El anzuelo de los títulos. Promociones tres por dos. Domingos de verano en el patio, entre tiroteos de Charles Bronson. Aquella noche que en medio de una película de terror oímos chapoteos en la pileta del terreno. El pudor de las escenas no aptas para menores, el avanzado rápido. Las lágrimas de mamá cuando el protagonista se casaba con la novia de la infancia. Porque ella también fue arrastrada por las redes de esa afición. Aunque prefiera ver los programas de chimentos.

—¿Vemos una película, Pirula? —le dice él, y es una pregunta tan cordial como retórica.

—Mirala vos —desafía ella, sonriendo—. Yo miro a Tinelli en la pieza.

Pero no será así. Papá es un animal de compañía.

—Vimos una de guerra —me cuenta—. A mamá también le gustó. Buena trama.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo. Actúa un rubio de bigotes que siempre hace de policía.

Fuma con pitadas profundas. En ese acto, trasluce una ansiedad en la que también puedo reconocirme. Calculo que es el quinto cigarrillo de la noche.

—Ni idea. ¿En qué otra estuvo?

—A ver... Ya me acuerdo. Trabajó en una que violan a una chica.

Frunce el ceño. Me exige con la mirada.

—¡Lo tenés que conocer! Hacía de abogado. Nunca está como protagonista.

—¿Es sobre la segunda guerra?

—El rubio hace de nazi —se fastidia—. Alto, de bigotes. En alguna película lo viste.

—¡Qué sé yo! Decime algo más.

—En una parte se arma un tiroteo en un bosque.

Así podríamos pasar el resto de la noche, como una cinta de Moebius.

Finalmente, acierto el título. Entonces quedamos satisfechos, liberados para cualquier otro tema, que no se demora en llegar. Porque enseguida echa mano en la memoria y vuelve a contarme sobre la primera vez que fue al cine.

Y continúa con más recuerdos. Es como un disco de grandes éxitos. Desarrolla cada anécdota como si la inaugurara por primera vez. Yo tomo notas mentales. Le alcanzo otro mate, pensando que esa manía también me fue legada. Él habla, evoca, reitera. Yo escribo. Si mamá estuviera levantada,

se reiría hasta las lágrimas. Son historias que no se cansa de oír, que disfruta de una manera risueña y enamorada.

En un paréntesis de silencio nos llega el rumor del mar. Un susurro persistente que alcanza las costas de nuestra noche. El sueño vuelve a jugar con mis párpados. Amago a levantarme.

—Sentate, che. Tomamos dos mates más y nos vamos a dormir.

Le cambio la yerba al mate. El agua se levanta espumosa y blanquecina. Sé que no podré dormir de un tirón. Me levantaré al menos dos veces al baño.

Enciende el último cigarrillo del paquete. No puedo contener el bostezo.

—Tuve una semana larga.

—Cuando se puede, comé el postre, Damián.

Parece un comentario aislado, pero es un consejo que le escuché muchas veces.

—Mirame a mí. Ahora que quiero comer la carne, no tengo dientes.

Se ríe. Deja escapar una bocanada. Pierde la mirada en el humo que gravita entre su mirada y la mía.

—Disfrutá —continúa—. La vida pasa rápido.

—Hablás como si tuvieras cien años. No es para tanto.

—Yo siempre fui un jodido —dice serio—. Eso lo saqué de la nona. Pero siempre es una de cal y otra de arena. Dios me puso al lado una mujer como tu mamá. Son contadas las personas así. Ya no existen. Y, además, dos hijos y dos nietos maravillosos. No me puedo quejar. Soy un privilegiado.

Esas palabras también forman parte de la memoria de mi oído.

Y conozco de sobra mi nudo en la garganta.

—¿Por qué llorás? —me acusa—. Ya estás grande, che.

Una madrugada idéntica a muchas otras. El último aliento de un extenso día.

El reloj que cuelga torcido en la pared marca las cinco menos diez. Sólo me queda oír una cosa más antes de acostarme. Algo inesperado que me estremece como una fría ola en la espalda.

—Me puse en contacto con un organismo a través de Facebook —dice este padre que es mi padre—. Se ocupan de casos de identidad.

Aplasta el pucho en el cenicero. Pide un mate más. Vuelve a sonreír.

—A lo mejor, quién te dice, te consigo otra abuela.

II

Plaza Miserere, 1971

ERAN MÁS DE LAS SEIS de la tarde cuando llegó a Plaza Miserere. No supo de qué manera sus pensamientos estuvieron divagando en los secretos de su casa. Ni siquiera podía asegurar si había caminado todo el trayecto o si había subido a un colectivo. Eligió un banco y se sentó. Ya no lloraba. Sólo sentía un hondo cansancio.

Conocía la plaza como la palma de su mano. Algunos fines de semana del verano, ganaba unas monedas vendiendo jugo de naranjas. Don José, un vecino del barrio, llevaba un carro y bidones que rebajaba con agua y mucho hielo. Una vez se derramó un chorro de aquel líquido en una baldosa de la plaza y la aureola duró varias semanas. Don José le permitía beber todos los vasos que él quisiera. Pero después de aquella mancha, prefería aguantarse la sed.

El tren llegó con un bocinazo. Una bocanada de gente salió de la estación. Las prostitutas estaban al acecho. Lo saludaron al pasar. Ellas eran sus principales compradoras. Entre cliente y cliente, bebían un vaso de aquel unguento. Quizás menos por sed que por quitarse el sabor de los hombres.

Desparramado en el banco, contempló a una niña rubia y sonriente. Se deslizaba una y otra vez por el tobogán, mientras su padre la esperaba con los brazos abiertos. Acompañó el lento balanceo de un niño en la hamaca. Su madre lo em-

pujaba cuidadosamente, festejando cada envi3n. M3s all3, una adolescente harapienta le daba de mamar a su peque1o. No pod3a quitarse de encima las palabras de Luis: si no era tu abuela.

Atardec3a. La ciudad parec3a manchada con jugo. Fue al ba1o de la estaci3n. All3 se encontr3 con Marquitos, un chico de diez a1os que sol3a abrir la puerta de los taxis. En los escasos d3as que los m3s grandes no le robaban, le alcanzaba para un par de hamburguesas con gaseosa.

—¿Qu3 hac3s, Marquitos? —lo salud3 d3ndole la mano.

—Ac3 ando, muerto de calor... ¿Qu3 te pas3? Mir3 c3mo ten3s los ojos.

Permaneci3 un instante en silencio. No le cont3 que su abuela hab3a muerto. Ni que estaba solo en el mundo, rodeado de mentiras. S3lo improvis3:

—Me cagu3 a trompadas con uno de mi cuadra.

—¿Y le diste o cobraste?

—Por poco lo mando al hospital —agreg3.

Marquitos le dio un suave golpe en el brazo.

—¡Grande, campeón! A vos no te gana nadie.

La noche encend3a luces en la avenida. Fueron hasta el medio de la plaza. Se tiraron en el pasto. Marquitos sac3 un cigarrillo que escond3a en su gorra. Lo fumaron lentamente, hablando de autos. Los ve3an circulando por la avenida. Se1alaban cu3l les gustar3a tener. Marquitos eligi3 un Mercedes negro e imagin3 a una rubia a su lado, tetona como la de las revistas.

—Ese debe ser de un millonario —se1al3 sorprendido.

3l, en cambio, fue m3s modesto. Se conformaba con un Falcon celeste y una chica parecida a M3nica, la vecina de la otra cuadra.

Las estrellas los encontraron subyugados por las fantasías. La imaginación de Marquitos lo había arrastrado hasta una costa de arena blanca y agua turquesa. La chica a su lado, ya no era una rubia, sino la mismísima Coca Sarli.

—¿No tenés que volver a tu casa? —le preguntó, soñoliento.

—No —contestó—. Hoy no vuelvo.

Marquitos lo miró extrañado.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¡Te quedás conmigo!

—Dale. Total...

Para Marquitos era natural pasar la noche por ahí. Cualquier lugar era ideal, mientras estuviera lejos de la histeria desenfadada de su padrastro alcohólico.

Él, en cambio, nunca se había distanciado de sus padres. Ni una sola vez. Siempre dormía en casa, en el mismo colchón mullido y con la almohada celeste, oyendo los estruendosos pedos de su padre.

—Me fue bien con la propina —comentó Marquitos—. Vamos a comer algo.

Hizo una pausa. El entusiasmo crecía en su mirada.

—Y te venís a mi mansión —agregó.

Comieron en la estación: hamburguesas completas con Pepsi Cola. No alcanzó para las papas fritas. Luego caminaron por la avenida. Estaban cansados. Había sido un largo día. Ambos deseaban dormir, pero Marquitos repetía que era demasiado temprano.

Él lo miraba interrogante, pensando en una casilla de chapas. Quizás algún que otro ladrillo sin revocar. Suponía que estiraban las horas para llegar de madrugada, a la hora en que su padrastro estuviera durmiendo la mona.

Recién cerca de las tres, cuando la ciudad desaceleró el ritmo, se encaminaron hacia la mansión.

—Es acá a nomás, a cinco cuadras —aclaró Marquitos.

A él le resultó extraño. No conocía ninguna villa tan cerca.

Doblaron en la esquina y siguieron por una calle de adoquines. Dos cuadras y volvieron a doblar. Marquitos se trepó al techo de una parada de colectivo.

—¡Dale! Subí a mi mansión —invitó, estirando la mano para ayudarlo.

Arriba había un colchón enrollado.

—¿Qué te parece? Con vista a la luna y todo. Acá no nos molesta nadie.

Desenrollaron la goma espuma mugrienta y se acomodaron boca arriba.

—Allá está la Cruz del Sur —señaló Marquitos—. Allá están Las Tres Marías.

No le escuchó decir nada más, pero siguió despierto, a pesar de las horas sin dormir, a pesar del poderoso cansancio, extrañaba el colchón mullido, la almohada celeste. Hasta los estruendosos pedos de su padre.

Decidió que por la mañana volvería a su casa. En el camino reuniría el coraje para enfrentar a su madre y decirle que él sabía, que siempre supo, decirle que su vida era una mentira y que no aguantaba más. Aunque ella llorara. Aunque amenazara con tirarse abajo de un tren. Aprovecharía la hora en que no estuviera su padre. A él no le diría nada. Con él no podría. Ese hombre que soportó la guerra y el hambre más cruel, ese hombre que parecía fuerte como un roble, estaba apolillado por dentro. Se derrumbaría.

Permaneció mirando la Cruz del Sur. De pronto, las estrellas se le volvieron imprecisas. Aún le quedaban lágrimas

Así se nace

y comenzó a derramarlas, una a una, como una canilla que gotea en el silencio de un caserón vacío.

III

Villa Lugano, 1972

PRIMER DÍA DE COLEGIO SECUNDARIO. Abrió la puerta de hierro de su casa y le echó un vistazo al maletín que colgaba de su mano derecha. Se había anotado en una escuela con orientación técnica, de doble turno.

Le dio una nueva ojeada al maletín. Hubiera deseado que la vecina de la esquina le viera la pinta. Se sentía un hombre adulto lleno de sueños, un futuro ingeniero.

El sol resplandecía en los capots de los autos estacionados. Los árboles se agitaban con murmullos de hojas. Era una mañana apacible de marzo. Hasta que se cruzó con Luis.

—Miren al Tano —pregonaba, señalándolo—. ¡Parece que le lavaron las orejas!

Lo acompañaban dos pibes que no eran del barrio. Uno era pálido y gigante, el otro, delgadísimo, con cara de hombre grande. Fumaban en un zaguán, cerca de la esquina.

—Parecen dos huevos recién rascados —mencionó el más alto.

Estallaron las carcajadas. Esas risas de hiena no hacían más que incrementar el resentimiento hacia su madre. Le había limpiado los oídos con un alfiler de gancho envuelto en un pañuelo. Siempre lo hacía y siempre le quedaban las orejas

calientes y color grana. Algún día, se quedaría sordo. Era un precio que estaba dispuesto a pagar con tal de que no le metieran nunca más el alfiler.

En la radio había escuchado que las personas inteligentes saben reírse de sí mismas. Intentó sonreír, pero sólo logró una mueca deforme y entumecida. Buscó un consuelo rápido. Del otro lado de la avenida las mordidas no lo alcanzarían. Salvo que decidieran seguirlo. La sola idea le estrechó los intestinos. Se dio vuelta de repente: allí seguían, a la sombra y con los dientes afuera.

Una vez que cruzó la esquina recibió una nueva descarga de chistes. Ahora con gritos y dirigidos a su pantalón, un pantalón gris que apenas le rozaba los tobillos.

—Bajalos a tomar agua —se ensañó Luis.

Otra vez las carcajadas, excedidas y obvias.

Ya está, se dijo, intentando convencerse. Ya pasó.

Pero Luis parecía estar en un día especial. Más locuaz que de costumbre, continuó lanzando sus dardos envenenados. Gritaba. El blanco seguía siendo aquel pantalón, que no sólo era corto, sino que, además, estaba zurcido en la parte de atrás. Fatalmente remendado por su madre, que nunca se dio maña con la costura.

—¡Culo portoto! —gritaba Luis, retorciéndose de la risa—. ¡Culo portoto!

—¡Culo portoto! ¡Culo portoto! —corearon, el pibe alto y el que tenía cara de viejo.

Apresuró el paso, sin darse vuelta. Cerca estuvo de echarse a correr.

Respiró hondo. Parpadeó largamente, volvió a susurrar:

—Ya está.

Era su primer día de secundaria y llevaba un maletín lleno de útiles. Nadie estropearía su alegría. Ni siquiera un hijo de puta como Luis.

Llegó a la escuela. Una mole donde las aulas se multiplicaban a lo largo de tres pisos. Hizo fila en el patio. Tomó distancia. Un alumno izó la bandera. Cantó el himno con orgullo. Firme como un soldado.

Luego entraron al aula. Eligió un pupitre contra la pared. Desplegó los útiles escolares y escribió la fecha en la frescura blanca de una nueva hoja. Estuvo en silencio, prestando atención a lo que el profesor explicaba.

Seré un ingeniero, fantaseaba.

La campana del recreo, el alfajor que su madre le había comprado. Los números cubriendo el pizarrón. La voz del profesor, como una música que lo adormeció al final de la clase. A la hora de la salida, estaba exhausto.

Le dieron un montón de tarea para hacer en casa. Después de la cena, prendió el velador del comedor y desplegó los útiles sobre la mesa. Sus padres lo miraban de un modo distinto. Como si estuvieran ante un asunto importante.

Abrió la carpeta. Recién en ese momento se dio cuenta de que no había entendido nada.

Las cosas no mejoraron con el transcurso de las clases. Era como si hubiese naufragado en una isla desconocida. Una oscura isla con un idioma inaccesible. Mantuvo la asistencia durante pocas semanas. Una mañana, antes de entrar, un compañero lo invitó a jugar al pool en el bar de la otra cuadra.

Faltar una vez, no me hará nada, pensó.

Pero a la otra semana, volvieron a invitarlo.

Antes de cumplir el mes, se escapaban todos los días.

Una mañana, mientras se acomodaba con el taco para calcular una carambola, oyó a sus espaldas:

—Señor Lambreta. Si quiere volver a la escuela, deberá presentarse acompañado de sus padres.

Era la voz del director. Ni siquiera se atrevió a darse vuelta, permaneció quieto, lleno de pavor, asombrado de que supiera su apellido. La cara caliente. Peor que las orejas después del alfiler de gancho.

En el colectivo de regreso, examinó cada alternativa hasta convencerse de que estaba condenado. Su padre lo asesinaría con sus manos callosas.

Quiso llorar, pero no le salió ni una lágrima.

Se le ocurrió una estrategia para atenuar los hechos. Su padre no tenía por qué enterarse de las huidas al pool ni del encuentro con el director. Él mismo lo enfrentaría y le diría, simplemente, que la escuela no era lo suyo, que no quería estudiar más. Era una mala manera, pero menos mala que cualquier otra.

Hubo lágrimas y gritos.

Hubo *managgia il cuore di Cristo y la madonna puttana*.

Hubo *il culo cornuto y stronzo*.

También largos silencios, dolorosas muecas de derrota. Fue por esos sigilos que lloró largamente.

En los días que siguieron, su padre volvía de la obra y se encerraba en el galpón a cortar leña hasta la noche. Comía y se iba a dormir y apenas le dirigía la palabra. Su madre no se la negaba, pero era peor, porque en su tono le enrostraba una profunda decepción.

Se pasaba los días en la calle. Se iba a la mañana y regresaba a la noche. Le robaba unas monedas a su madre y se metía en cualquier cine.

Una noche, su padre lo llamó desde el galpón. Estaba en camiseta, sudado y con el hacha en la mano. Le pidió que se acercara y con un certero golpe partió un grueso tronco en dos.

Dijo que no quería vagos en su casa, que tendría que ponerse a trabajar. Le dio una semana de gracia. Si no encontraba otra cosa, sería su peón en las changas que hacía después de la Municipalidad.

Era el infierno tan temido. El fin de la vida tal como la conocía.

Capas azules

—¿QUÉ TE PARECE? —PREGUNTA LEO.

El nono aparece en el lienzo como un roble petrificado. Una roca gris que añora la madera. Sonríe a pesar de todo, en un desierto que parece de canela y miel. La nona lo acompaña, pequeña y espigada como un tallo por florecer. Si no fuera por los botones voladores, el cielo sería habitual. Pero esos meteoritos de bordado se empeñan en surcar los ojales de las nubes. En el horizonte azafranado se recortan sombras disímiles. Dos ovillos de lana giran por la órbita del árbol central. Un árbol cargado de hojas y cuyo tronco es el rostro de papá. Sus raíces, azules y rojas, son madejas de ácido desoxirribonucleico. Mamá es el esmerado tejido de lana que abriga sus ramas. Una manta mullida, llena de colores y formas caleidoscópicas. A pocos pasos, también están los anteojos culo de botella del abuelo, semienterrados y con una cotorra sobre la patilla. Leo y yo aparecemos de espaldas. Somos niños. Las capas azules nos rozan la cintura. Alrededor nuestro, la arena se confunde con el sol. Somos pequeños superhéroes contemplando ese árbol con rasgos de papá, que estira los brazos hacia el cielo y sacude sus raíces como si fueran tentáculos de luz.

—¿Te gusta? —insiste Leo—. Se lo voy a regalar a papá.

Es el día de mi visita a su casa. Sábado a la noche, por supuesto. Estamos en una posición análoga a la del cuadro. Parados uno al lado del otro.

Noto en Leo una impaciencia disimulada. Espera mi opinión. Es el primer cuadro que le dedica a papá. Su mirada me interroga. Acerca el encendedor al tabaco. Una corriente de aire empuja el humo hacia el niño del óleo que también tiene una pipa. Por un instante, ambas volutas se confunden en su ascenso hacia el árbol.

—¡Me encanta! —se lo digo convencido, emocionado—. Los colores que elegiste. La cara de papá en el árbol, cómo aparecemos mirándolo, la manta de mamá. Todo me gusta. La idea del árbol con las raíces de ADN, es genial.

Las imágenes parecieran expectantes por salirse de los cuadros. Desde todas las paredes acechan óleos y acrílicos, instrumentos musicales, artesanías en madera. Un pequeño mundo con aroma a pintura y melodías. El lugar donde se reproducen los sueños de mi hermano.

Me detengo a contemplar la sonrisa rocosa del nono, la sutileza en los trazos que forman a esa nona espigada. No sé nada sobre artes plásticas, pero sus cuadros me alcanzan en un lugar sensible. Me enorgullecen sus avances. Una pasión en la que se abre paso energético, solitariamente, de manera autodidacta, impulsado por el entusiasmo y la obstinación.

—¿A papá, le gustará? —parece preocupado.

—Seguro —respondo—. ¿Por qué no?

Suspira. Levanta las cejas. Me convida la pipa.

—¿Te acordás de las capas? —me pregunta sonriente.

No había vuelto a pensar en ellas. El cuadro me las devolvió a la memoria. Esas capas de superhéroes disfrazaron nuestras ilusiones de la infancia. Eran las camisas que el nono

guardaba desde la época de la Municipalidad. Les prendíamos el primer botón y corríamos del patio a la terraza como dos superhéroes en acción.

—¡Cuñado! —grita Marina, entrando con una bolsa cargada de acelga.

Me saluda con un abrazo cálido. Es inquieta. Comienza a barrer, pero se arrepiente. Saca cosas de la heladera mientras le cuenta a Leo que se encontró a un cliente del negocio que le mandó saludos. Se dice a sí misma que olvidó comprar la pimienta negra y enseguida me comenta que retomó las clases de violín. Luego, se interrumpe para anunciar que cenaremos canelones.

Habla desordenadamente, con una ansiedad en la que puedo reconocerme.

Ella nos interpela. Señala los defectos de la familia y celebra las cosas lindas que nos unen. Todo lo dice con cierto descaro. Sin malicia. Tan acoplada a nuestros modos que papá la trata como una hija. Y yo como una hermana.

—¿Te gustó el cuadro, Dami?

—Muchísimo.

—¡Leo está pintando relindo!

Leo se escabulle. En eso se parece a mamá, los halagos lo inquietan. Agarra el bolsito de cuero donde guarda el tabaco y cambia de tema.

—¿Cómo estuvo la mateada con papá? —me pregunta con una sonrisa pícar—. ¿Le dieron duro hasta tarde?

—¡Nos fuimos a dormir a las cinco de la mañana!

—¿Cómo se la imaginan? —nos interrumpe Marina, mientras llora picando cebolla.

El interrogante se mezcla con el humo dulce de la pipa.

Miro el cuadro otra vez y me pregunto si nuestra anónima abuela aparece en algún detalle.

—¿Está? —interrogo a Leo, señalando el lienzo.

—No, no la agregué —responde sin vacilar.

Evito profundizar la pregunta. Trato de imaginar a mi abuela: una mujer de más o menos ochenta años. Cualquiera persona que comparta algún rasgo de papá. Las cejas, la nariz, las orejas. Pero en mi mente desfilan sombras, más difusas que las que el cuadro exhibe vagamente en el horizonte.

—No sé —dice Leo—. Temperamental, como papá.

Marina ríe y se muestra interesada. Deja la cuchilla al lado de la tabla. Levanta las cejas, me indaga con la mirada.

—No me la imagino. Puede que no esté viva... ¿No?

—Puede ser —responde Leo.

—Espero que no —replico—. Más que nada por papá. Está muy embalado.

—¿Y qué dicen? —arremete Marina—. ¿La encontrará?

Se abre un espacio de silencio.

—¡Hablen, che! —insiste—. ¿La encontrará?

—¡La va a encontrar! —coreamos Leo y yo.

No sabemos cómo, ni con qué datos. Es un acto de fe, nos aferramos a la fuerza de su decisión. A su ímpetu desbocado. Aunque la realidad le aporte poca información. Aunque haya pasado tanta vida.

Leo acerca un montón de instrumentos. Parecen haber salido de los cuadros. Algunos son coloridos y simpáticos, otros misteriosos e inquietantes. Me muestra orgulloso una flauta que hizo con arandelas y llaves, aclarándome los numerosos intentos de ensayo y error que tuvo que soportar. Golpetea con los dedos un instrumento de percusión, de nombre impronunciable, que fabricó con la base de una garrafa y cuyo

sonido metálico parece espacial. Sopla un caracol marino, enorme, agujereado y con una boquilla ensamblada. Luego, levanta un cascabel de bronce.

—¿Lo reconocés? —pregunta, poniéndolo frente a mis ojos.

Lo agita dos o tres veces y su estridencia me acerca la imagen del nono. El nono en la oscuridad de una noche estrellada, corriendo por la orilla del mar, hacia la caña que hacía sonar el cascabel por un pique.

—¡Mirá vos! ¡Tanto tiempo! La usaba el nono para pescar a la madrugada.

—La encontré el otro día en el cuartito de la nona.

—¡Te odio! ¡Qué producción! —digo sorprendido, recorriendo la horda de instrumentos—. Te quedaste con toda su habilidad. Yo no sé ni cambiar una lamparita.

En días invernales, de calle vacía y aliento helado, la contracara perfecta del escandaloso verano, Leo cierra el negocio más temprano y se dedica a hacer instrumentos y pintar lienzos en el comedor de su casa. La destreza manual y la obstinación son herencias del nono.

—¿Hacemos un poco de ruido? —invita.

El reloj de la computadora marca las diez y media. Leo arranca una melodía simple y nostálgica con la flauta artesanal. Me sumo tocando un cajón peruano. Marina se asoma con el violín. Somos un conjunto de notas sueltas, por momentos disonantes, mal ejecutadas, otras veces armoniosas, excepcionalmente elevadas. Pero siempre intensas. La vibración de los sonidos se pasea por el comedor y llega hasta los cuadros, los desiertos dalinianos, las Marinas coloridas, el árbol con cara de papá, las capas azules.

—¿Qué hora es? —pregunta Leo de repente.

En su tono excitado se entrevé una preocupación, como si tuviera que tomar un medicamento o hacer una llamada que ha olvidado.

—¡No controlamos la hora! —me reprocha.

Sus palabras llegan desde otro mundo. Me arranco de a partes del compás minimalista que acompañaba hasta recién, dándole unos toques a la madera. Le contesto que es casi medianoche. Las doce menos cuarto.

—¡Se está yendo! —exclamo, lamentándome—. ¡Se nos escapó!

La ridícula obsesión por atrapar el paso del tiempo se potencia cuando estamos juntos. Aplicamos una teoría caprichosa, creyendo que, con un seguimiento exhaustivo de la hora, preguntando cada diez o quince minutos, podemos engañar la percepción y retrasar el caminar de las agujas. Sentir que el tiempo pasa, quizás, un poco más lento.

—Es por no haber mirado antes —me dice Leo.

Esa fugacidad del tiempo que tanto nos empeñamos en combatir, porque nos sentimos bien, porque nos divertimos, algún día la desharemos con todo nuestro ser. Llegará el momento que los relojes se conviertan en órganos agonizantes, mamotretos de andar lento y sufriente.

Cenamos canelones con dos salsas. El esmero de mi cuñada por agasajarme me llena de una alegría íntima y difícil de expresar. Como en abundancia y repito una y otra vez lo rica que salió la comida. Es mi forma de agradecerle.

Al límite de la indigestión, salimos al terreno porque Leo quiere mostrarme la quinta. Es una noche luminosa, fresca y sin viento, de estrellas azules y una luna a punto de completarse.

—¡Cómo está la pista de aterrizaje! —comenta Leo mordiendo la pipa.

—¿Qué pista? —pregunto con ingenuidad, pensando si se refiere a un nuevo juguete de mi sobrino.

—La que tenés en la cabeza —y nos reímos—. El resplandor de la luna no te favorece la calva.

Nos metemos entre las plantas de tomates. El aire huele a tierra mojada.

—Mirá —señala Leo, orgulloso, alumbrando con una linterna los tomates—. Me las cuida el nono desde arriba. Hay un montón. Mañana te llevás.

—El nono te enseñó bien —le digo—. Te salieron enormes este año.

En la oscuridad templada por la luna, viendo su postura, me resulta muy parecido. Aunque no exista una gota de su sangre. En la cara de mi hermano, encuentro la sonrisa del nono.

—¿Sentís?

Leo acaricia las plantas y el aroma fresco perfuma nuestra memoria.

—Uh... sí.

No digo nada más. Cierro los ojos un instante.

El nono regando al atardecer.

Cuando entramos, Marina anuncia que se va a dormir.

—Tienen fruta —agrega, señalando una canasta al borde de la mesa.

Vuelvo a mencionarle lo mucho que me gustaron los canelones. Ella sonrío.

—Me alegra que te hayan gustado —dice, somnolienta.

Camina rumbo a su habitación, pero se detiene a los pocos pasos.

—¿Se van a levantar temprano para ir a pescar? —le pregunta a Leo.

—Sí —contesta él—. El gran pez nos espera.

—Están totalmente locos. No se acuesten tan tarde.

—No —agrego yo en tono de chiste—. En Mar del Tuyú, me acuesto temprano: apenas amanece.

Leo pone un disco de Invisible y nos tiramos en el sillón a comer mandarinas. La envolvente melodía, los colores de los cuadros y el humo dulce de la pipa son detalles que pueblan la casa de mi hermano. En esa media luz, el silencio pareciera adherirse al óleo aún húmedo. Regreso la vista al lienzo y desde allí encuentro una forma en las nubes que sobrevuelan el desierto: ¿una parra con racimos de uva?

—Luz bailó en el teatro de San Bernardo —me cuenta con voz queda—. Una zamba. Si la hubieses visto... es tan elegante. Tiene mucha presencia en el escenario.

También me habla de Ulises, de su desmesurado talento para el dibujo, la música y cualquier cuestión artística. De cómo se la pasan jugando. Le resplandece la mirada, su expresión contenida se desarma con sólo pronunciar el nombre de sus hijos. Da gusto escucharlo, tener en cuenta esa felicidad única e incomparable que debe dar la paternidad.

—Si estás cansado vamos a dormir —me dice—. Mañana arrancamos temprano, y encima viajás...

Este diálogo lo conozco de memoria. Forma parte de otras muchas madrugadas, y también de ésta.

—No tengo sueño. No hice nada, el que estuvo laburando sos vos.

—¿No hiciste nada? Toda la tarde meta lucha y torito con Uli. La llevaste a Luz por todos lados a comprarse ropa. Sin contar la mateada con papá.

—Por mí nos quedamos un rato más. Si vos no estás cansado...

—No, ni un poco. Son las tres recién. ¡Nos queda tiempo!

—¡Y mañana tenemos pesca!

—¡Qué bueno! Hace rato que no voy. Pinta que va a ser una linda mañana. Si sale una buena corvina, la hacemos al mediodía a la parrilla.

Nos quedamos en el sillón, imaginando las piezas que vamos a pescar, repasando las mismas anécdotas que siempre nos hacen reír. La pipa va de mano a mano. Hablamos entre susurros, encerrando las carcajadas en espasmos silenciosos y lacrimógenos. Retornamos a la niñez. Al día que cazamos el cuervillo de la cañada con la gomera y lo comimos casi crudo, luego de asarlo en un espiedo con ramas y demasiada llama. Saltamos paredones para robar cerezas del árbol de don Ángelo. Nos metemos en el baño de la casa de Lugano, la tarde que lo convencí para que lidiara con los resultados de mi incontinencia. Él había empuñado una rama como espada, valiente como un mosquetero. Necesitó diez minutos de esgrima para despejar aquel repulsivo atasco. Se había puesto un pañuelo en la cara, como los ladrones del western. No superaba los siete años y a pesar de la asquerosa situación, se reía y gritaba: ¡No puedo con él: es Terminator!

—Las cuatro y media... ¡Cómo se nos fue el tiempo! —se sorprende.

—Nos descuidamos. Si me preguntabas hubiese dicho las tres.

—Vamos a dormir.

—¿A qué hora arrancamos? —le pregunto.

—¿A las ocho te parece bien?

—Dale. A esa hora estoy arriba.

Le echo un vistazo al cuadro y me voy a acostar con la imagen de las capas azules.

Por la ventana de la pieza, veo las cañas listas y ansiosas de mar. El despertador sonará siete cincuenta y cinco. Mi hermano me espera a las ocho. Iremos en busca del gran pez.

IV Villa Lugano, 1972

TENÍA QUE CONSEGUIR UN TRABAJO Y NO PARECÍA SENCILLO.

Aquella cuadra donde vivía no era auspiciosa. El padre de Osvaldo, que vivía a dos casas de por medio, hacía varios años que compraba el diario todas las mañanas. Se hacía unos mates y marcaba los avisos clasificados. Salía con un traje azul y el diario abajo del brazo. Se iba apenas amanecía y cada tarde regresaba con la misma respuesta. Parecía no existir un empleo para él. Su familia lo compadecía. Sin embargo, los vecinos estaban al tanto de la verdad. Más de uno lo había visto recostado en el banco de la plaza, haciendo crucigramas o durmiendo con el diario abierto sobre la cara.

El vecino de enfrente era otro de los que andaba con traje. El ambo parecía un requisito indispensable para el éxito. Soltero y antipático. Un cuarentón con cara de prócer. Se marchaba a media mañana y volvía de noche. Nadie sabía a qué se dedicaba. Algunos creían que era juez. Incluso era conocido con ese mote: el Juez. Ese misterio también fue develado, porque el Juez terminó limpiando oficinas gubernamentales como parte de un régimen de tareas comunitarias, luego de que lo descubrieran en una tienda de ropa, con un falso carnet de inspector y en plena pesca de una coima.

No era sencillo, o no lo parecía, para la gente de esa cuadra. A pesar de todo, se levantó al amanecer, tal como el padre de Osvaldo. También compró el diario y marcó los avisos clasificados. Estudió cada anuncio con especial atención, imaginando gerencias y vacaciones afuera del país. En una hoja cuadriculada de la carpeta de matemáticas, anotó un listado con direcciones. Contaba con unos pesos y para ganar tiempo se tomó un taxi por cada entrevista. En todas le contestaron lo mismo: que aún era chico, que volviera urgente a la escuela.

En la misma hoja garabateó una pequeña raya por cada día que pasaba sin conseguir empleo. Una nueva raya significaba un día menos para que se cumpliera la condena que había dictado su padre: la durísima condena de trabajar con él en la obra.

Quizás era el castigo que merecía por renunciar a su destino de ingeniero. No perdió la fe. En alguna parte habría un trabajo digno para él.

Su madre lo esperaba todas las tardes con un vaso de leche fría. Antes de saludarlo, ladeaba la cabeza y preguntaba sin esperanza:

—¿Niente?

Ni siquiera se molestaba en responderle. Agarraba el vaso y se encerraba en su pieza. Era en ese momento cuando estrenaba otra raya en la hoja cuadriculada.

Una vez vencido el plazo, no le quedaron vestigios de esperanza. Sólo intentaba esquivar a su padre. Si no se lo cruzaba, podía dilatar el inicio de la condena.

Gozó de dos días más de gracia. Hasta que una tarde su padre volvió de la Municipalidad y comenzó a gritar su nombre por toda la casa. Él se escondió en la terraza, rezando

para que no lo descubrieran. Pero los gritos no cesaban. Luego, la casa quedó en silencio. Se asomó cuidadosamente por la escalera. Allí estaba su padre, a punto de subir. Le ordenó que se pusiera ropa sucia.

—Vamos a trabajar —agregó con cara de enojado.

Él obedeció, resignado.

Por la noche, tras la intensa tarde laboral, no pudo dormir. La causa no era la falta de cansancio, si apenas podía mantenerse en pie. El insomnio se correspondía con una verdad: mañana sería lo mismo.

Y al otro día fue lo mismo: su padre le ordenó que se pusiera ropa sucia.

El horror que ocasionó su desvelo, encontró un reflejo en la realidad.

—Vamos a trabajar —agregó.

Por si fuera poco, todos los días camino a la obra, soportaba el saludo malicioso de Luis. La burla sonriente y silenciosa. Además de él, la pala y el balde se convirtieron en sus enemigos cotidianos. Preparaba el pastón y alcanzaba los baldes con una velocidad que nunca parecía la adecuada. Era como en las películas de conscriptos. Su padre era el hosco e implacable sargento. Él, apenas un aspirante sin vocación.

Trabajó duro y sin protestar. Su padre decía que peor era la guerra. Pero él no estaba tan seguro.

Cuando comenzaba a oscurecer, su celeridad alcanzaba la máxima expresión. Barría. Lavaba la pala y los baldes. Corría de un lado a otro para dejar la obra limpia y ordenada.

—¿Cosa fai? —preguntaba su padre.

—Ya está oscuro —se excusaba él, con cierto fastidio.

—¿Oscuro? —interrogaba el sargento.

Y se ponía a preparar otro pastón.

Él se mordía la lengua, agachaba la cabeza y regresaba al trabajo, más enérgico, impulsado por el asco y la bronca.

La secuencia se repetía en cada ocaso. Era una cuestión de límites entre el día y la noche.

Si algo se complicaba, ardía el verdadero infierno. Los resoplidos de su padre eran la primera fatídica señal. En el siguiente nivel, comenzaba a lanzar las herramientas contra las paredes.

Lo más sensato en esos momentos era obedecerle en silencio y adelantarse a lo que le pidiera. Eran jornadas que podían extenderse hasta la medianoche, entre resoplidos continuos y puteadas que incluían a los santos.

Era el peor primer trabajo al que se podía aspirar. Ni siquiera el dinero lo motivaba. Su salario parecía estar incluido en los gastos de alimentación y aprendizaje. Sólo faltaba que le dieran un par de latigazos en el lomo. Buscaba una excusa que lo consolara. Pero estaba al borde de la asfixia.

Una tarde de verano, su padre lo mandó a la casa de don Tomás a llevarle damascos de la quinta. Le indicó que no demorara, que lo esperaba en la obra.

Él fue contento. Tocó timbre y abrió doña Antonia. Esa casa siempre olía a repollo y era demasiado grande para dos ancianos sin hijos. Don Tomás estaba en el patio, dormitando en una silla con la pipa en la boca. Le convidaron un vaso de chocolatada y galletas de maicena. Se acomodó en una silla de mimbre, a la sombra de la parra. No había apuro por volver a la obra. Entonces la vio: una vieja bicicleta con carro. Estaba en un rincón del patio. Aún conservaba los vidrios en el carro, donde podía leerse, con letras ribeteadas y desteñidas: Pochoclos.

Mientras tomaba la leche, mojando las galletas de maicena y sin dejar de mirar el carro, don Tomás le contó su historia de inmigrante. Los inicios en una fábrica de heladeras. El hambre y la nostalgia. El dinero que ahorró para comprar aquella bicicleta con la que vendió pochoclos durante más de veinte años.

—¿Te gusta? —le preguntó, señalándola, quizás adivinando su entusiasmo.

—Sí —contestó él con timidez.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

Don Tomás le dio una larga pitada a la pipa. El humo cubrió su cara. Sonrió.

—Llévatela —completó.

Por un instante, lo miró sin decir nada. Creyó que era un chiste de mal gusto. Aún lo creía cuando salió de la casa con la maltrecha bicicleta. De la emoción, despidió a don Tomás con un abrazo. Y fue como el abrazo de un nieto a su abuelo.

El fin de semana se encerró con su padre en el galpón. En un primer momento, le pareció que estaba ofendido. Pero el desafío de reparar aquel trasto pronto lo entusiasmó.

—Te vas a morir de hambre —repetía su padre, sin dar el brazo a torcer.

Trabajaron fuerte y en absoluto silencio. Pasaron mucha lija. Pintaron la carrocería de azul. Remarcaron las letras ribeteadas.

Después del último retoque, se miraron con una sonrisa.

Había decidido vender pochoclos en Plaza Miserere. Allí lo conocían.

El lunes se levantó temprano. Esta vez no necesitaba comprar el diario ni remarcar los avisos clasificados. Esta vez era su propio patrón.

Acomodó los paquetes de pochoclo que su madre había preparado la noche anterior. Encontró una sorpresa: su padre le había puesto una corneta en el manubrio.

Pedaleó por Castañares. En Escalada se llenó la boca de viento. Tomó por Alberdi riendo como si le hicieran cosquillas.

Regresó al atardecer. Quería gritar a los cuatro vientos que tenía un negocio y los bolsillos llenos de monedas. En la esquina, lo vio a Luis. Pasó despacio, saludando con la mano que no sostenía el manubrio. Por el espejo, comprobó una expresión consternada.

Al llegar a la puerta de hierro de su casa, hizo sonar la corneta cuatro veces.

Llamada

—HOLA, PAPÁ.

—Hola... ¿Cómo andás?

—¡Todo bien! Te llamé a casa. ¿Por dónde andan?

—Vinimos de una escapada a la casa de la nona.

—¿Qué pasó?

—¿Qué va a pasar? Dejé el teléfono descolgado. La llamé para la pastilla de las cinco y me daba ocupado. Se ve que cuando corta lo apoya mal. ¡Encima hace un mal tiempo! Ya ni nos preocupamos. Terminamos de merendar y después vinimos. Algún día va a pasar algo en serio y nosotros de lo más tranquilos.

—Me imaginé que andaban por ahí o haciendo alguna compra.

—En un rato. Ya que estamos vamos al supermercado. Primero voy a cambiarle el tubo de gas, le acomodamos las pastillas y seguimos la recorrida. ¿Vos qué hacés?

—Recién salgo del laburo. Voy a llevar el auto a que le cambien el aceite. El viernes viajo para allá.

—Deciles que también te cambien el filtro de aire. Fijate que le pongan un aceite de marca. No mezquines con eso.

—Son de confianza, ya fui varias veces.

—¡Póngase los dientes! ¡Póngase los dientes!

—¿Qué?

—¡Teresita! Te los voy a tirar a la basura. Pará un cachito. ¡Póngaselos! ¡Los dientes! Damián. ¡La nona! Jode que le molestan los dientes. Se los saca a cada rato. Si no son los dientes, son los anteojos o las zapatillas. Jode nomás.

—Ja, ja. ¿Cómo vas con la búsqueda?

—¡Qué cabeza dura esta mujer! ¡Pobre nono! Me acuerdo que decía que le tendrían que sacar los clavos a Jesucristo y ponérselos a ella. En cualquier momento va a tener que vivir con nosotros. Le guste o no. ¿Qué me decías?

—De la búsqueda, si supiste algo más.

—No, por ahora no. Me paso un par de horas investigando con la computadora. Tranquilo, sin apuro. Me entretengo... Acá... Ya te comenté. No quiere decir nada. Le escarbo para sacar algo más. Disimulado. ¿Entendés? Pero nada.

—No se debe acordar.

—Puede ser. Igual siempre le esquivó al tema. ¿Sabés las peleas que tuve? No sé cómo preguntarle sin que se dé cuenta. ¡Es más zorra!

—Más vale que no se entere. Le agarra un ataque.

—Siempre dijo que me llevó con veinte días. ¿Me escuchás?

—Te escucho.

—Te hablo bajito, por las dudas. Siempre dijo veinte días. Últimamente dice quince. Eso me complica el panorama mucho más.

—Pasaron un montón de años. Está vieja. Para mí, se olvidó.

—¡Se acuerda de lo que quiere, Damián! ¡Sabés cómo se acordó de la venta del terreno! El otro día discutiendo me echó en cara el importe exacto.

—Ayer en la panadería del barrio, vi a un tipo muy parecido a vos. Idéntico.

—¿Y no le preguntaste nada?

—No, no. ¿Qué le iba a decir?

—¡Mirá si era algún hermano mío! En el grupo de Facebook hay cualquier cantidad de casos parecidos... ¡Mari! Me voy a poner con el tubo de gas. El viernes hacemos trasnoche y charlamos. Te paso con mamá, así la saludás. Chau.

—Dale. Chau, papá.

—¡Buenas!

—¡Hola mamá!

—¿Todo bien?

—Todo bien por acá. Le decía a papá que el viernes ando por allá.

—¡Ah, bueno! Seguro que Leo hace un asado. El miércoles o jueves voy a comprarle las cosas.

—¡Qué rico! Hace rato que no como algo a la parrilla.

—¿Está lindo el día ahí?

—Ahora sí. A la mañana estuvo frío. Se puso más lindo al mediodía.

—Acá anoche se levantó un viento tremendo. Es sudestada. ¡Viento del este, lluvia como peste!

—¡Uh, y yo que quería llevar la caña para pescar!

—Traela. Para el fin de semana mejora. Leo fue el viernes, un ratito cuando cerró, pero no sacó nada. ¿Qué? No sé dónde está. Te lo di a vos... Papá me pregunta por el documento. ¡Qué sé yo dónde lo puso! Bueno, vení con cuidado, sin apuro. Te paso con la nona. Tome. Es Damián. Háblele.

—¡Damianucho!

—¡Nona! ¿Cóme vai?

—Va, bene, ¿tú?

—¿Fa freddo?

—Veramente, fa freddo. ¡Y piove!

- El sábado voy a visitarte.
- ¿Qué dice?
- ¡El sábado voy a mangiare con vos!
- ¡Ah, bene! Mangiamo pasta e fasule.
- Bueno, nona, saludos a todos.
- Chau, Damianú. Spero vederlo presto.
- ¡Prestísimo, nona!

V
Merlo, 1973

CUANDO LLEGÓ AL CUMPLEAÑOS de su prima Gilda, las gotas de lluvia habían cedido a una noche estrellada y fría. La luna redonda y blanca, apenas más arriba de la casa, parecía sacada de un sueño o de un recuerdo.

Del garaje surgía una entreverada algarabía. Los tanos de la familia conversaban a los gritos. Cualquiera diría que peleando... cualquiera que no conociera a un italiano de la región de Calabria. Habían desplegado un largo tablón con caballetes, manteles cuadrillé, papas fritas, salchichas, empanadas, gaseosas y vinos. En las paredes, colgaban globos multicolores y guirnaldas violetas.

Su tía Vicenta emergió del alboroto, le agarró las manos y le dio un efusivo beso en cada mejilla. Siempre se esforzaba por ser simpática, pero cada gesto llevaba una angustia agazapada. Sonreía arrugando la nariz, como a punto de llorar.

—¡Ya estás hecho un hombrecito! —le dijo, sin soltarle las manos.

Le preguntó por sus padres, mirando encima de sus hombros.

—Mamá está engripada, tía. Casi cuarenta de fiebre. Papá se quedó con ella.

—Pobrecita —agregó, compungida.

¡La tía era tan parecida a su madre! Sin ningún vínculo de sangre: sólo eran cuñadas. Pero tenían la misma desazón permanente. Siempre una excusa a mano para lamentarse.

Porque un pariente visitó a su prima y no a ella.

Porque no quiso ir con ella al cementerio.

La *vendetta* no se mencionaba, pero se practicaba, día a día, con llantos y silencios.

Por suerte, apareció Gilda y lo arrebató de allí.

—¡Primo!

—¡Feliz cumpleaños!

Cruzando el garaje y entrando al galpón del fondo, la música de Los Pasteles Verdes hacía mover a un grupo disperso y de aire distraído. Él hizo un rápido registro con la mirada. Había algunas chicas lindas. El frío las mantenía en movimiento. Adelante, los tanos continuaban con los alaridos, pero allí el aire era perfumado y las canciones se sucedían unas tras otras. Gilda lo llevó bailando hasta el medio del galpón.

—¡Qué pinta, primo! —le gritó en el oído, mientras comenzaba una de Los Náufragos.

Llevaba un Oxford azul y la camisa ceñida al cuerpo, demasiado liviana para aquel clima. El único abrigo: un pulóver, colgado sobre los hombros. El pelo largo, suelto. Mucho perfume Colbert.

Bailaron, ahora sueltos. Él, exhibía los pasos que había ensayado solo en su pieza. Su prima levantaba los brazos y se acercó al interruptor. Sin que nadie la viera, apagó la luz. La penumbra provocó un estampido de gritos. La pista se cargó de gente y, recortadas en la oscuridad, comenzaron a perfilarse algunas parejas.

El abuelo de Gilda apareció con el bastón y prendió la luz.

—¡Abuelo! —gritó ella.

La música siguió sonando, pero la pista quedó sosegada por la repentina claridad. Él no dejó de bailar.

—Te voy a presentar a una amiga —le dijo Gilda, acercándose con tono misterioso.

—¿A quién? ¿La conozco?

—Vive acá a la vuelta, no sale nunca. Todavía no llegó. No le daban permiso, pero creo que va a venir con una tía.

—¿Es linda?

—Hermosa. Un ángel.

—¿Cómo se llama?

—María. María Dolores.

La ansiedad se apoderó de él. Salió de la casa y fumó un cigarrillo metido en las sombras que crecían en la esquina. Luego, volvió al garaje y montó guardia cerca de la puerta. Ya no le importaban las chicas del galpón. No le importaba ninguna chica del mundo. Esperaba a un ángel. Y quería recoger su primera imagen.

Tal vez hubiese preferido verla de una vez, apaciguar sus expectativas con una imagen total y reveladora. Sin embargo, lo primero que vio de la Mari no fueron los ojos sino su cabello, unos bucles rubios que caían como olas sobre un saco de gamuza. Caminaba detrás de una tía gorda que, en una primera impresión, parecía simpática. Dos italianas de luto salieron a su encuentro.

Él, ensordecido por la charlatanería de sus parientes, parado al lado de la mesa, ladeó la mirada de un lado a otro. Tuvo un instante de sus ojos: dos gemas de un color único. Sus latidos se escandalizaron. El abuelo de Gilda le comentó algo, pero él no lo escuchó. Seguía concentrado en conseguir más detalles.

La tía gorda no dejaba de sonreír, orgullosa por su sobrina. Tan buena, tan bonita. De piel blanca como una rosa blanca. Así de suave. Así de fresca y perfumada.

Gilda le guiñó un ojo al pasar. Él respondió el guiño con una mueca de desconcierto, aferrado al vaso de gaseosa que terminó volcándose sobre su camisa.

La Mari cargaba un paquete con un moño dorado. La vio sonreír. Alcanzó a oír su voz, diciendo: ¡Feliz cumpleaños!

Y le atribuyó luminosidad, un caprichoso atributo medicinal.

—Espero que te guste —le dijo la Mari a Gilda—. Cualquier cosa la podés cambiar.

—¡Gracias! ¡Me pone muy contenta que hayas venido!

La angustia comenzó a lacerarlo. Esa chica era demasiado para él. Se vio entre italianos gritones. La camisa manchada, los labios resecos.

¿Qué tenía para ofrecerle? Se sentía ínfimo como una miguita de pan. No tenía dinero. Ni era un estudiante con futuro. Ni siquiera sabía quién era.

Gilda giró sobre sí misma y llevando a la Mari de la mano lo enfrentó.

—Te presento a mi primo Eduardo... Ella es mi amiga Mari.

Se vio sorprendido, sin saber qué decir. La Mari lo miró un instante, apenas un parpadeo color océano. Él no pudo soporarlo, esquivó los ojos sintiendo una ligera electricidad. Intentó mencionar algo, cualquier cosa, pero sólo alcanzó a sonreír.

Con la excusa de cambiar el disco, Gilda los dejó solos, parados, uno frente al otro. Él atinó a servirle un vaso de gaseosa. Ella agradeció.

Entraron al galpón. Gilda y dos amigas coreaban una canción de Palito Ortega que hablaba de la felicidad.

—¿Sos de por acá? —preguntó él con un hilo de voz.

—De acá a la vuelta —contestó ella. Suave la voz, melodiosa.

—¿Cuántos años tenés?

—Quince para dieciséis. Los cumpla el once de noviembre.

Él permaneció un momento en silencio, dudando entre decir y no decir.

Nos vamos a casar un once de noviembre, pensó.

La música estaba tan alta que apenas se podía conversar. Dudó en sacarla a bailar, pero aún no era el momento adecuado. Para cubrir el pozo que cavaba la timidez, le contó sobre el día que su madre lo llevó al cementerio.

La Mari lo oyó seria, sin saber hacia dónde iba aquel relato. Él dijo que era un niño muerto de miedo ante todas esas cruces y tumbas y que prefirió esperar a su madre sentado en una pequeña pared cerca de la entrada. Ella continuó en silencio y cuando él le reveló que se había orinado del espanto, porque aquel asiento era la ventilación de un enorme extractor de aire que de repente se encendió bajo sus nalgas, no pudo aguantar la risa.

Él se entusiasmó. No paró de hablar por más de una hora, mientras ella lo escuchaba, por momentos frunciendo el ceño, contagiada de su ansiedad.

El abuelo de Gilda dormía en una silla agarrado a su bastón y alguien aprovechó para apagar la luz. Esta vez no hubo gritos. Él se acercó unos centímetros. Era el momento adecuado. La voz edulcorada de Nat King Cole decía: Quizás, quizás, quizás.

Estiró la mano hacia la Mari, delicadamente, como quien la ofrece a una mariposa. Ella aceptó, y permanecieron en el mismo rincón. Más que bailar, se dejaron llevar por la marea

suave de la música y la penumbra, apenas balanceándose en esa cómoda cercanía, en ese modo de respirar de a dos.

Fue una ensoñación que no duró más de cinco minutos. Cuando el abuelo despertó, la luz del galpón volvió a encenderse. La música se silenció y una ola de gritos y silbidos marcó el final de la fiesta.

Ellos aún permanecieron agarrados de la mano un instante más, como quien abre los ojos en una claridad molesta e irreal. El galpón quedó definitivamente vacío. El abuelo de Gilda dirigía el tránsito usando su bastón.

Los parientes se desperdigaron por la calle helada. Todos a la vez. Algunos, simulando la sobriedad, enderezando el paso, rígidos del brazo de sus mujeres. Otros, se hundieron en la borrachera con total escándalo, cantando tarantelas a los gritos o riendo a los gritos o llorando a los gritos, mientras sus esposas los increpaban, también a los gritos.

La noche soltaba un aliento gélido. En la puerta, Gilda saludó a la Mari.

Él se ofreció a acompañarlas, pero la tía gorda, respondió que hacía mucho frío, que no hacía falta, que vivían a la vuelta. Pero enseguida, como si hubiera recordado algo importante, mirando a su sobrina, agregó que la calle estaba oscura.

—Ya que se ofrece, mejor sí.

A pesar de la bajísima temperatura, caminaron con paso lento, como paseando. La Mari llevaba el saco de gamuza y una bufanda con flecos. La tía, un largo chal con el que se envolvía la cara. Él con el pulóver escote en ve y el cuello al descubierto, alzando el mentón como un vigilante en ronda nocturna.

—¿Así que usted es de Lugano? —preguntó la tía, desde abajo de su chal.

—¿Conoce?

—Fui al Parque Interama. Es por ahí, ¿no?

—Sí, vivo a diez cuadras.

—¿Y se vuelve a esta hora? —se interesó, frunciendo el entrecejo.

—No, no. Me quedo en la casa de mi tía hasta mañana.

Quiso decir: mañana mismo quisiera volver a verte, Mari.

En cambio, sólo agregó:

—Ando seguido por acá, de visita.

Pronto llegaron a una casa con verjas blancas. Lamentó que la Mari viviera tan cerca. Hubiese caminado con ella toda la noche. Hubiese elegido un rincón solitario para sentarse a ver la luna abrazados.

La tía le agradeció la compañía. La Mari reclinó el cuerpo como una japonesa. Así de efímero fue su saludo. Y ambas se perdieron en el interior de la casa.

Él permaneció unos minutos más, mirando la ventana iluminada con la esperanza de que dos gemas de un color único aparecieran detrás del vidrio. Era el día veintitrés de un junio helado. Esperaba comer cosas ricas, bailar, divertirse, conocer a una chica. Y en cambio, encontró un ángel.

Pastillas

—BUEN DÍA, TERESITA. ¿TODO BIEN?

—Buen día. Estaba calentando la pava.

—Andá a tomar la blanquita que te espero.

Los medicamentos son una complicación. Al no saber leer, la nona guarda las pastillas en envases de colores. Usa las cápsulas plásticas de los huevos Kinder. Tiene montones, distribuidas en tres canastas, sobre la alacena. Cada vez que voy a almorzar con ella, mientras recargo los envases, me asombra comprobar la cantidad de chocolate que consumieron mis sobrinos, sus bisnietos, en los últimos años. Siempre hay un huevo Kinder en la heladera de la nona, esperándolos.

El mayor contratiempo surge por no tomar todas las pastillas en el mismo horario, porque le caen mal. Las toma en diferentes momentos del día. La edad, los problemas de memoria, agudizan el problema. En cada dosis, papá la llama por teléfono, le indica el color, espera que vaya a tomarla, recibe la confirmación y finalmente corta.

Si esa secuencia se completa, el objetivo fue cumplido. Sin embargo, a veces papá llama, le indica el color, espera que vaya a tomarla, pero no recibe la confirmación. El tubo queda latiendo, descolgado sobre la mesita, mientras la nona pasa

del olvido a cualquier otra cosa, como calentar la pava, pelar alguna fruta o regar las plantas.

—Hola, Teresita. ¡Qué lindo día!

—Hola, Duá. Mucho viento.

—Tomá la colorada que te espero.

La colorada es la cápsula color naranja. La amarilla es la blanquita. Papá se llama Eduardo, pero la nona nunca supo pronunciar su nombre. Le dice Enguardo. O Duá.

Así es como se entienden. A través de malos entendidos.

En una primera impresión se diría que todo el asunto de los llamados y las pastillas se facilitaría si la nona se mudara a la casa de mis padres. Pero ya hubo un intento que tuvo como resultado mayores complicaciones.

Fue en un invierno. Papá la llamó y el teléfono sonó una y otra vez sin respuesta. La nona se había descompensado y no tenía fuerzas ni para atender. La llevaron al Hospital de Mar de Ajó y el médico estimó conveniente que quedara internada. Todos estábamos alarmados, pero en la sala ella vivía otra realidad. Conversaba con las enfermeras, de Italia, de la quinta, de la guerra. Del nono. Quería levantarse para ayudar a las otras ancianas a ir al baño. Decía que tenía hambre, que había que regar las plantas. Su inesperado buen ánimo nos inquietaba. Fueron cuatro días de estudios y para la nona unas pequeñas vacaciones. Mamá se quedaba con ella por las noches, dormitando en una silla. Junto con el alta, el médico le prescribió una cantidad de medicamentos. Al dejar el hospital, saludó a las enfermeras como si fueran amigas de toda la vida. Estaba contenta. Extrañaba su hogar, sus plantas. Regresaba a su lugar.

Sin embargo, cuando llegamos a su casa, papá la sentó en una silla y le explicó que ya no podía seguir viviendo sola.

—¿E perché? —preguntó la nona, levantando los hombros.

Papá expuso un argumento, y luego otros, diplomáticamente, sereno y claro al hablar. Parecía un sacerdote pronunciando un sermón. La nona repetía que no iba a ir a ningún lado, que no le gustaban las escaleras de la casa de mis padres. Leo y yo la mirábamos sin decir nada. Mamá intervenía con acotaciones, pero no había manera de que la nona diera el brazo a torcer.

Las palabras diplomáticas pronto cesaron. Papá comenzó a calentar motores.

—¡Cómo querés vivir sola si no sabés ni la hora! —le gritaba.

Mamá, que se la veía venir, permanecía sigilosa, ordenando la alacena mientras observaba la escena con el rabillo del ojo.

Tras un instante de silencio, papá lanzó una pregunta clave:

—A ver, Teresita... Decime qué hora es.

En su voz rechinaba la impaciencia. También el deseo de recibir una respuesta correcta, una cachetada de lucidez que le demostrara que estaba subestimando a su madre, que la nona aún podía vivir sola en su casa.

Hacíamos fuerza, como si la nona fuera un jugador a punto de patear un penal en el último minuto.

Eran las nueve de la noche en punto.

La nona observaba las agujas del reloj de pared, entrecerraba sus ojuelos dándole marcha al motor de sus pensamientos. Parecía calma, segura de sí misma. Demoró la respuesta un puñado de segundos.

—¿La sette?

El silencio cortó el aire. Mamá se quedó inmóvil, sosteniendo el escobillón. Leo agachó la cabeza. Papá se apoyó las manos en la frente y comenzó a dar vueltas por el comedor.

—¿Te das cuenta que no podés? —chillaba—. No podés estar sola, Teresita.

La nona no decía nada. No miraba a nadie. Continuaba con los ojos pequeños y arrugados puestos en la esfera del reloj, como si analizara el tamaño de un arco, los posibles movimientos del arquero, como si el árbitro le hubiese permitido volver a patear.

Eran las nueve de la noche en punto.

Todas las ilusiones se habían hundido en el aire.

—¿La undici? —agregó la nona, totalmente extraviada.

Esa última respuesta la condenó al exilio. Dejó su casa esa misma noche, llevando un bolso que preparó junto a mamá en absoluto silencio. La nona volvió a sentir cómo la arrancaban de su tierra. Ya había soportado el desarraigo que siguió a la segunda guerra. Ahora las circunstancias eran más livianas, sin aviones con promesas de estallidos, sin la herida abierta del hambre, y en familia, pero con ochenta y cinco años a cuesta.

En los días que siguieron, la nona permanecía sentada mirando el hule de la mesa. No quería hacer nada. Apenas movía la cabeza cuando le preguntábamos algo y sus respuestas eran puros balbuceos. Pedía permiso hasta para ir al baño y casi no comía.

—Hacé como en tu casa, Teresita —le decía papá—. ¡Mirá qué lindo día! Salí a caminar, a saludar a los vecinos.

Fue una sugerencia amable y correcta por parte de papá. No supo advertir que estaba desatando un huracán. Porque en ese momento, la nona abrió los ojos muy grandes y comenzó a darle besos a la cruz que colgaba de su cuello.

—¡Vergoña! —repetía, una y otra vez, mordiéndose los puños con rabia.

Nadie entendía su brote de ira. Su escándalo religioso. Hasta que le gritó a papá en perfecto castellano:

—¿Querés que vaya buscando machos?

Lloraba y amenazaba con tirarse abajo de un tren, aun cuando no hay ninguno en Mar del Tuyú. O irse a Italia y no regresar jamás. Le daba besos a la cruz. Insultaba a San Roque, a San Arcángel. Entre llantos. En italiano. Peor, en calabrés.

Esa escena se repetía cada vez que algo la ofendía: estallaba como un volcán. Sorprendía ver a una anciana menudita y arrugada desplegando tanta furia. Las erupciones se prolongaban durante horas. Era un rosario de insultos, un incendio alimentado con palabras. De a poco, se iba calmando. Hasta apagarse. Sin embargo, el enojo no culminaba en ese momento, sino que recién se iniciaba. Tras la ira derramada, amanecía un largo lapso de indiferencia, de llamado al silencio.

—Entendés todo al revés —le gritaba papá, sin paciencia—. Te lo decía para que te distraigas. Para que salgas a tomar aire y no estés tan encerrada.

Ante cada explicación, la nona reiniciaba el llanto diciendo que si el nono estuviera vivo las cosas serían distintas, que nadie le diría cosas feas ni la mandarían a buscar machos.

Papá le seguía la corriente sin agregar nada, lamentando un futuro que avizoraba cargado de delirios, paranoias y volcanes.

Los hombres son cosa delicada para la nona. Sobre todo, desde que murió el nono. Si algún amigo de la familia, incluso un pariente, decide ir a visitarla, ella no le permite el ingreso a su casa, a la casa donde aún refulege la memoria de su difunto marido. Y si está en la puerta tomando mate y a lo lejos ve que viene un viudo, es como si estuviera acechando el diablo,

enseguida se mete adentro y cierra las cortinas. Incluso para ir al almacén, da toda una vuelta manzana con tal de no pasar por la casa del que ella apodó *el mimoso*, un anciano que vive a media cuadra y que saluda con un beso en cada mejilla o con un abrazo, o ambas cosas a la vez, de un modo simpático, natural e inocente. Pero la nona no puede soportar a un vecino así.

Nunca llegó a comprender lo que papá había querido decirle aquel día. La herida permanece viva y cree que su hijo la mandó a buscar tipos. En cada discusión resurge como una cloaca desbordante. Hasta llegó a comentarle el episodio a doña Carmela y a la Beba.

La convivencia se volvió insostenible. La nona lloraba o permanecía inmóvil con la mirada perdida sobre el hule. Por cada día, envejecía un año.

La palabra geriátrico, espantaba.

Papá decidió que la nona pasara el día en su casa y regresara con la caída del sol. Esa libertad condicional le fue devolviendo el espíritu. Podía regar las plantas, sentarse en la puerta a tomar mate, hacer fuego en el hogar.

De pronto, rejuveneció. Parecía más alta y con menos arrugas. La vimos riendo y cocinando, mencionando anécdotas de Italia, de la guerra, del nono.

Con la llegada de la primavera comenzó a quedarse en su casa. Al principio, dos veces a la semana. Luego, día por medio. Ahora, todos los días.

Dice que no le gustan las escaleras, que quiere morir en su casa.

Dice que siempre vivió en la tierra.

Dice que siempre vivió en libertad.

VI

Merlo, 1974

Y SIN EMBARGO NO ERA LO MÁS TRISTE. Hablarle de sus padres, arrancados de su tierra como frutos verdes y abichados. Muertos de hambre. Locos por la guerra. Ni era lo más escandaloso. Contarle que no iba a la escuela. Pero estaba empleado en una fábrica de zapatos y podía comprarle flores y llevarla a pasear. No era lo peor. Porque lo peor le mordía su vida como un escuerzo rabioso. Despertaba con él y se dormía con él. Aparecía en cada espejo, en cada pensamiento. Lo peor, naufragaba en su interior.

¿Podría confesárselo algún día? Hablarle de su vida, vacía como un recipiente vacío. ¿Ella lo comprendería? ¿Lo consolaría con sus manos de nido? En definitiva, no era malo. Ni ladrón ni asesino. No era vago. Estaba colmado de voluntad. Si tenía una novia como ella podría ser mucho mejor.

Los jueves de franco caminaba diez cuadras hasta la parada del colectivo. Luego, viajaba en tren hasta Merlo. Recorría doce cuadras más y llegaba a la escuela antes del horario de salida. La Mari, con el uniforme y una amiga de la que se despedía enseguida, lo saludaba con un beso demasiado breve y furtivo. Él cargaba su maletín y la acompañaba hasta su casa. Sólo unas pocas cuadras. Era un recorrido de quince minutos

que a veces se extendía un poco más. Caminaban de la mano. Conversaban sobre cualquier cosa. Elegían calles diferentes y a veces se permitían extraviarse, señalando todas las casas donde les gustaría vivir. La esquina de la casa de la Mari era el límite. Hasta allí llegaban juntos, prófugos de las miradas inquietas de los vecinos.

En esa esquina, a la que nunca querían llegar, un jueves de franco, la Mari sacó un paquete del portafolio. Nubes de vapor surgían de su voz cálida:

—Espero que te guste. Para que no te resfríes y puedas venir a verme.

Era una larga bufanda marrón con flecos. Él hundió la nariz en la mullida lana. Se la enrolló en el cuello. Y no pudo contener el abrazo.

—No me la voy a sacar ni en verano —dijo sonriente—. ¿La hiciste vos?

La Mari contestó que estaba aprendiendo con una viejita del barrio.

—Es muda, pobrecita —agregó—. Ella teje y yo la miro.

Imaginó a la Mari practicando en una casa silenciosa. El rumor de las agujas entrechocando, algún que otro balbuceo. Ella aprendía con sólo ver. Esos ojos podían captar el centro de las cosas.

Se sintió conmovido y en ese fervor se abalanzó para darle un beso. Fue un contacto ínfimo, ella se apartó.

—La gente de acá comenta —justificó ruborizada—. Son muy chismosos.

Él no pudo ocultar el desaliento. Sólo era un hombre enamorado. Quería darle un beso a su chica. Insistió:

—Solamente quería... ¿No somos novios?

—¡No sé qué somos! —contestó ella.

Fue peor que una cachetada. Intentó retener las palabras, pero no pudo.

—¿Cómo que no sabés? —reclamó—. ¡Me conozco todas las veredas del barrio!

El vecino de enfrente pasó con la bolsa de los mandados y permanecieron un momento en silencio.

—Hago malabares para verte solamente un ratito. ¡Y vos no sabés!

Estaba agitado y con los ojos exorbitados.

—¡Si no querés que venga más, decime y listo!

Se dio cuenta que estaba gritando cuando escuchó la voz suave de la Mari, explicando, en un balbuceo, que no era eso lo que había querido decir.

La vio llorar y se llenó de culpa. Iba a abrazarla, pero ella se adelantó derrumbándose sobre su pecho. Permanecieron apretados, oyéndose los latidos. Se besaron. Un largo beso húmedo y tibio. Un beso demorado.

Cada franco, con lluvia o sol. El mismo colectivo, el mismo tren. Fumaba en la esquina de la escuela hasta el horario de salida. Una multitud de chicas con uniformes inundaban las calles. La Mari sonreía, siempre sonreía. A esa hora, el sol encendía su mirada clara.

Un día hubo un accidente en las vías del ferrocarril. Él corrió desde la estación, pero llegó demasiado tarde. Sólo quedaban dos o tres grupitos rezagados. Tenía tantas ganas de ver a la Mari que era capaz de cruzar todos los límites y tocar el timbre de su casa. El desánimo lo mantuvo inmóvil, la mirada perdida y un cigarrillo colgando de su boca. Estaba por retomar los pasos hacia el tren y escuchó un chistido a sus espaldas. Por un instante, creyó que podía ser la Mari. Se dio

vuelta de repente, ilusionado. Y una chica pecosa, del mismo colegio, le comentó que su novia lo había estado esperando.

Saboreó la palabra *novia* como una pera jugosa y dulce. Ni siquiera le agradeció el aviso. Comenzó a correr calculando el itinerario que la Mari podría haber tomado. En cada esquina miraba desesperado hacia todas las direcciones. Cada chica que veía a la distancia le provocaba una punzada en el estómago. La encontró cuatro cuadras después, merodeando lenta, como si ella también esperara que el mediodía diera un revés. La alcanzó sin aliento, el corazón en un puño. Le dio un abrazo exagerado, de sobreviviente.

La tarde que la madre de la Mari los descubrió estaban en la esquina de la casa, agarrados de la mano contra un paredón.

Doña Margarita era una mujer de anteojos, ceño fruncido y mirada penetrante. Se acercó decidida y con tono hosco se dirigió a él, diciéndole que su hija no tenía tiempo para novios, que tenía mucho que estudiar.

Por un momento toda la cuadra quedó reducida al imperativo de la voz de aquella mujer. Él aceptó la culpa que le atribuía y declaró una mentira, aseguró que quería lo mejor para la Mari, y si lo mejor era no verla, no volvería a hacerlo.

Ella no disimuló el pavor que le generaban aquellas palabras. Y se encaminó detrás de su madre con la cabeza gacha. Después de unos pocos pasos, se dio vuelta hacia él con la mirada triste, recibiendo a cambio una sonrisa, un ademán cómplice, que significaba *hasta luego*.

Nada cambió. Cada franco, con lluvia o sol, volvían a encontrarse.

Paseaban por otras veredas, señalaban otras casas.

—¿Te gusta el frío o el calor? —preguntaba ella.

—Ahora que tengo bufanda, prefiero el invierno —contestaba él.

—¿Y cuál es tu color preferido?

—El de tus ojos.

Jugaban a imaginar posibles vacaciones.

—¿El mar o la montaña? —la interrogaba él.

—¡El mar! ¡El mar!

Cometieron el error de volver a la misma esquina. Tan enamorados, que ni se dieron cuenta del riesgo. Los volvieron a descubrir. Esta vez, fue el hermano menor de la Mari. También llamado Eduardo, que corrió a contarle a su madre que la Mari estaba otra vez con *el melenudo ese*. Doña Margarita apareció con el mismo gesto agrio.

—¿No habíamos quedado en algo? —interrogó con la voz afilada.

Él no supo qué contestar. Le temblaban las piernas. Esa mujer imponía miedo.

—Mi hija no es ninguna callejera, muchacho. Si la quiere seguir viendo que sea en mi casa. Puede venir, si lo desea, una o dos veces a la semana.

—Sí —murmuró él con una tímida sonrisa temblándole en el labio—. En su casa.

Madre e hija comenzaron a caminar rumbo a la casa. Él se quedó parado sin saber qué hacer. Dudó un instante y también avanzó, en la misma dirección, con paso vacilante. La Mari se dio vuelta con la mirada suplicante. Unos metros más adelante, doña Margarita se detuvo.

—¿Qué hace? —preguntó con la expresión de quien huele algo repugnante.

Iba a responder que ella misma lo había invitado a su casa, que hacia allí se encaminaba. Pero sólo levantó los hombros.

—La semana que viene... Si quiere, venga el lunes a la tarde —remató doña Margarita.

¡A mangiare!

LA NONA DICE QUE YA NO PUEDE hacer la quinta. Cuando el nono estaba vivo, había una huerta enorme. Las plantas de tomate perfumaban el aire y los duraznos caían llenos de miel. De aquello, sólo quedaron dos macetas con albahaca, un romero y una planta de morrones.

—Tu papá no quiere que haga fuerza —agrega, mirándome con ojos nostálgicos.

Sin embargo, al atardecer, se regala una pequeña resurrección: riega las macetas y vuelve a embriagarse con el aire fresco del agua y las plantas.

Entramos a la cocina y la nona destapa la olla.

—¡A mangiare! —exclama sonriente.

Sobre la mesa hay tres juegos de cubiertos.

—¿Viene alguien más?

Contesta que no, mientras sirve los fideos con estofado de pollo.

Me pregunto si no tendrá la costumbre de poner un plato de más desde que murió el nono. Sí puedo ser tan distraído como para no haberme dado cuenta antes, en cualquier otro almuerzo.

Los platos humean y el aroma de la salsa me abre el apetito. La nona se sienta y enrolla los fideos con el tenedor. Antes de probar el bocado, habla de la procesión de la Virgen

Doloratta, en la que los hombres recorrían las calles del pueblo cargando a la Virgen sobre los hombros. La gente rezaba y se oía un único y desesperado llanto.

Miro el reloj y la interrumpo para que tome la blaquita.

—Avisale a tu papá —me advierte.

—Seguro que ahora llama.

Seguimos comiendo, pero noto en ella cierta inquietud.

—Llamalo —repite.

Me levanto, sólo para conformarla, pero antes de llegar al teléfono, el llamado de papá se adelanta.

—Ya la tomó —le digo, apenas atiende.

—¿Cómo está de ánimo? —me pregunta.

—Bien, estaba contándome sobre la procesión.

—¡Uh! Se va a largar a llorar... ¿No empezó con lo de la tía Filomena?

—No, por ahora no.

La nona sigue comiendo. No tengo dudas que está oyendo la charla.

—¿Qué ha detto il caporale? —interroga, cuando vuelvo a la mesa.

En cada procesión, la nona se abría paso a codazos para tocar los pies de la Virgen y rezarle.

—Bella Madonna mía —murmura y se santigua.

Señala el cuadro colgado arriba del teléfono. La Virgen Doloratta y siete espadas atravesándole el corazón. Comienza a llorisquear.

Papá no se equivocó.

—Ese cuadro —agrega entre lágrimas, mezclando idiomas—, quando non ci sarò più, voglio que lo cuiden.

—Lo vamos a cuidar mucho. Como lo cuidás vos, nona.

Suspira más calma.

—Pero falta mucho para eso —le digo—. Vas a vivir más de cien años.

Limpio el plato con un pedazo de pan. La nona sonrío satisfecha, aún lamentándose. Insiste en servirme otra vez y no me hago rogar.

Otro punto para papá: la nona empieza a contar su pelea con la tía Filomena.

Un relato que repite desde hace muchos años y siempre en los mismos términos. Comienza hablando, con voz calma y pausada, sobre cómo se visitaban y tomaban mate. Sobre la quinta que recorrían juntas, tomadas del brazo. Después, su semblante se torna sombrío, menciona los malos modos con que la tía Filomena solía tratar a sus hijas y dice que a veces ni siquiera les quería cocinar. Su voz se va perdiendo en un murmullo atropellado e inentendible. Yo aguzo el oído tratando de entenderla. Le pregunto detalles. Pero es inútil. La nona se encierra en su propio rencor. Continúa con un largo lamento silencioso. De repente, se levanta y arrastra la silla con un manotazo violento o golpea la mesa. Suelta un insulto al aire, mordiéndose el puño. Tengo que pedirle que se calme. Toda la familia escuchó mil veces aquella historia inconexa. Pero nadie conoce el motivo de tanto encono. Es, quizás, el secreto mejor guardado de la nona.

—Son cosas del pasado —la consuelo—. No te hagas mala sangre.

—Dios sabe las cosas que me tocaron sufrir —murmura llorosa.

La angustia está arraigada en ella como otra capa de piel. Peor, forma parte de su carácter. No agregó nada, sólo apoyo, por un instante, mi mano sobre la suya.

Balucea que el nono era un hombre que la quería mucho, y luego:

—¡Es tan feo estar sola!

—No es así, nona. Estamos todos pendientes de vos... ¿No querés ir a vivir a la casa de papá? Ahí vas a estar más acompañada...

—¡No! —me interrumpe, levantando un dedo que se lleva a los labios.

Me mira con cierta gravedad. Sus ojos tristes se encienden de ira.

—¡Zitto! ¡Esta es mi casa!

Para cambiar de tema, le pregunto si se acuerda de cuando nos llevaba a Leo y a mí a la playa.

Se seca las lágrimas con una servilleta de papel e intenta sonreír. Una leve iluminación atraviesa su rostro.

—¿Y hasta dónde se tenían que meter? —me desafía.

—¡Hasta los coglione! —respondo.

Nos reímos.

—¡Ni un poco más! —agrego.

Levantamos los platos y limpiamos la mesa. La nona se quita la dentadura para lavarla en la pileta de la cocina. Nunca se molesta en ir hasta el baño. Es una costumbre que repite cinco o seis veces al día. Incluso más.

El nono también tenía sus mañas con los dientes. Al terminar una comida abundante, solía sentarse en su sillón de mimbre, estiraba las piernas y comenzaba el ritual de mover la dentadura de un lado a otro, como si fuera un caramelo. Con Leo lo observábamos entre extrañados y divertidos, entonces él nos guiñaba un ojo y sonreía con la dentadura para cualquier lado.

La nona se acerca a la mesa, aún con la prótesis en la mano. La acomoda en su boca y me mira fijo, sin decir nada. Piensa. Luego de unos segundos, su pregunta me sorprende:

—¿Sabés que tu papá es de segunda mano?

Es la primera vez que la escucho referirse al tema. Me cuesta reaccionar, quedo tildado un momento.

—Sí, nona —le aseguro—. Hace un montón. Todos sabemos. Leo, María Luz, Ulises. No te preocupes. No va a cambiar nada.

Me mira fijo. Una duda recorre sus ojos.

—Siempre vas a ser nuestra nona. Te queremos mucho.

Sonrío y, al verme sonreír, ella también sonríe. Camina hacia la ventana y corre las cortinas. A esa hora, el sol ilumina los portarretratos del nono.

La nona se sienta en el sillón y menciona algo acerca de Jesucristo. Unas cuantas palabras en dialecto que no alcanzo a entender.

—¡Esa merda de Filomena!

—¿Qué pasó con la tía Filomena? —le pregunto, sin esperanzas de que alguna vez lo cuente.

Sin embargo, mirando hacia el cuadro de la Virgen, en su mezcla de italiano, dialecto y castellano, sus palabras me sorprenden:

—¡Esa merda de Filomena! Cuando le llevé a tu papá recién nacido y quise dárselo en brazos... ¿Sabés qué me ha detto? Ha detto: siempre va a ser el fillio de una puttana.

VII

Merlo, 1975

LOS VECINOS LO VIERON PASAR con el ramo de fresias y un semblante serio de novio de estreno. Los niños de la cuadra corrían detrás de una pelota y se detuvieron para observarlo, mareados por el perfume Colbert. Se sentía ridículo y caminaba con paso apurado. Si en esa cuadra viviera el hijo de puta de Luis, no habría podido superar el trance de andar con las flores. Hasta podía oír risas y comentarios detrás de las ventanas.

Tocó el timbre en la casa de verjas blancas. Esperó unos segundos. Como no obtuvo respuesta, dudó si había presionado bien la tecla. Le sudaban las manos. No sabía si volver a llamar o seguir esperando con la incertidumbre de que quizás el timbre no hubiera sonado. Notó una pequeña cabeza asomada a la ventana, quizás el hermano menor. Su tocayo. Le hizo una seña con la mano y creyó ver que le sacaba la lengua.

La Mari salió a recibirlo con un vestido a lunares. El sol coloreó su rostro, las calas del jardín parecían girar en torno a ella como girasoles pálidos.

Se agarraron la mano.

—Estás nervioso —comentó ella, riéndose.

Él tragó saliva. Permaneció parado en la puerta.

—Para vos —dijo, dándole el tembloroso ramo.

—¡Me encantan!

Entraron a un living con sillones de cuero y mesa ratona. Un ambiente con poca luz, frío y en desuso. Más allá, había una puerta corrediza, cerrada a tres cuartos, por la que se veía la sombra redonda de don Pancho maniobrando un mazo de naipes. También se oían las voces de los hermanos, peleando por el canal que querían ver. Por momentos, la queja de doña Margarita con su tono fuerte y huraño, dejaba tras de sí un marcado silencio.

Se sentaron en el sillón grande, perfilados a las calas que estiraban su nariz amarilla hacia la ventana. La Mari puso las fresias en un florero.

—¡Me encantan! —volvió a decir.

Había preparado una torta y ahora servía el café.

—Te extrañé mucho —le comentó mirándola hacer.

Y mientras recibía el pocillo, le dijo que era un privilegio su amor.

Quería ser poeta.

Quería ser el mejor de los hombres.

—¡Callate! —respondió ella, riéndose, con un mar agitándose en su mirada.

Él le arrebató un beso, siempre vigilando la puerta corrediza y las sombras que había detrás. El sutil ruido de los naipes, las voces de los hermanos.

—No me mires así. ¡Me ponés nerviosa!

Había cumplido las instrucciones de doña Margarita, pero sólo en parte. Una vez a la semana hacía su visita oficial de novio, recluido en el living. Porque la Mari no era una chica callejera, había dicho doña Margarita.

Sin embargo, siempre que podía, tomaba el tren a Merlo para reunirse con ella a la salida de la escuela o después de las silenciosas clases de tejido. Iban a la plaza o caminaban por el centro. Alternaban los besos y los abrazos, las palabras dulces y las discusiones tontas. Ya no les importaba que los vieran. Ahora eran novios. Se amarían para siempre.

A pesar de la felicidad, él temía que el castillo se desmoronara. Le preocupaba no haber podido contarle a la Mari el secreto que lo amargaba. Cada vez que lo intentaba, se interrumpía agarrándole las manos, besándoselas con desesperación. También lo inquietaba que en ninguna de las visitas pudiera traspasar el living de la casa. Ni siquiera para compartir unas pocas palabras con el resto de la familia. La puerta corrediza, cerrada a tres cuartos, era su límite. Así lo había dispuesto don Pancho. Así lo había aceptado la Mari. Ella era la única que iba y venía por aquella frontera. Los demás se quedaban del otro lado, como si un peligro los acechara, impasibles e iluminados con los colores del televisor.

Él, a veces, se soñaba allí, con un anillo de oro en el dedo, ocupando su lugar legítimo en la mesa, junto a la Mari.

—No quiero que te vayas —susurraba ella.

—No me quiero ir —susurraba él.

Eran las diez de la noche. Continuaban hablando como si en ese acto pudieran detener los relojes. La figura redonda de don Pancho apareció por la puerta corrediza. Dio unos pasos lentos, vacilantes, como si estuviera usurpando aquel espacio. Se notaba que había tomado unas copas. La risa de la Mari de repente se apagó y toda la casa pareció quedarse en silencio. Los gruesos y oscuros anteojos de don Pancho examinaron el living con desconcierto. Se quitó la gorra de fieltro. Era un hombre callado, pero ahora se disponía a hablar. Dijo que a las

nueve se acababan las visitas en su casa. Se dio vuelta y con paso más seguro regresó a su entrevero de naipes.

A las nueve debía irse. A esa hora, en la televisión sonaban las trompetas de Bonanza, era campanadas de Cenicienta, el momento de marcharse.

Después de casi un año de estar en aquel living, apartado como si tuviera una enfermedad grave y contagiosa, le dijo a la Mari que ya no aguantaba más. Iba a cruzar la puerta corrediza. Tenía cosas importantes para decir.

Ella lo sujetó de la mano, reteniendo, suavemente, el impulso.

—¿Te parece? —titubeó—. Si acá estamos bien.

Él se levantó rápido y sin dudar se dirigió al comedor. Era un acto heroico y romántico. No se echaría atrás.

En la televisión había un noticiero. El periodista comentaba un asesinato. Quiso volver sus pasos, pero los hermanos de la Mari ya habían abierto grandes los ojos al notar su presencia. Dio las buenas noches. Sólo doña Margarita respondió al saludo, pero no halló en ella ningún rastro de simpatía. Fruncía el ceño y tenía cara de quien huele a podrido. Don Pancho mezclaba los naipes con las manos y lo miraba desde atrás de los gruesos anteojos como a un insecto merodeando en su postre.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó con firmeza, mirando a don Pancho, quizás haciendo alarde de su valentía, aunque fuera pura apariencia, una máscara de payaso.

—Una muerte espantosa —decían en el noticiero—. Lo acribillaron a balazos.

Don Pancho se encaminó hacia el living. Ninguno de los dos disimuló la incomodidad. Eran enemigos midiéndose los pasos, preparando posibles respuestas a posibles preguntas.

Por primera vez, la puerta corrediza se cerró por completo. Quedaron cara a cara, suegro y yerno, frente al sillón de cuero que durante tantas horas había acunado el peso de dos cuerpos enamorados.

—Lo escucho —dijo don Pancho, agachando la cabeza con un gesto parecido al que él había visto muchas veces en la Mari.

Él respiró hondo. Tenía apenas diecisiete años, pero sentía la arrogancia de los grandes amantes. Había planeado con detalle las palabras que utilizaría. Las ensayó mil veces en el baño, en su pieza, en las plazas, en los colectivos, en la fábrica de zapatos. Pero sólo atinó a decir, de un plumazo:

—Quiero casarme con la Mari.

Hubo silencio. Ni el televisor se escuchaba.

Y enseguida, resonó la risita breve e histérica de don Pancho, que se dio vuelta un momento, como comprobando que la puerta corrediza estuviera cerrada.

—No, muchacho. No es así la cosa.

Se quitó la gorra y se rascó la cabeza. Miró las calas, amontonadas del otro lado de la ventana.

—No, no es así —repitió con la gorra en la mano.

—Estamos enamorados. Nos queremos —replicó él, casi sin voz.

—Usted es un muchachito...

Don Pancho se interrumpió y tosió dos veces. Luego, completó:

—Vaya y si la quiere vuelva dentro de cuatro o cinco años.

Y regresó a su mesa inalcanzable, salpicada de televisión y naipes españoles. Antes, cerró la puerta corrediza a tres cuartos.

La Mari apareció en el living con la mirada interrogante, ansiosa por saber qué habían conversado. Temió que hubiera pasado algo malo. Él la tranquilizó.

—Sólo fue una charla entre hombres —le dijo, aún con la cara desgraciada.

—¿Qué le dijiste?

—Nada... Le pedí tu mano... Y me la negó.

VIII

Merlo, 1975

ELLA APOYÓ LA CABEZA sobre el hombro de él y le susurró al oído: *llueve*. Esperó una palabra que no llegó. Intentó abrazarlo y a cambio recibió el filo de su indiferencia.

—Tonto —le dijo con tono de burla—. Sos un tonto.

El atardecer se cubría de una oscuridad prematura. Las gotas repicaban en la claraboya con un sollozo permanente. Él siguió enojado, rígido en el sillón, sin hablar y con la mirada fija en las gotas que caían del otro lado de la ventana. Habían discutido porque ella saludó al vecino. Se puso tan celoso que, en la esquina, le había gritado como un loco y ella lloró. No merecía escucharle decir que si le gustaba otro lo dejara tranquilo, que bastante lío tenía con ir a verla todos los fines de semana.

La pelea había quedado atrás y ella sentía una sonrisa creciendo en su interior. Porque él velaba por su amor, tan enamorado, tan tonto, como para creer que ella podía fijarse en otro.

—Llueve —repitió, restregando la cabeza sobre su hombro.

Él aún continuó sin hacerle caso, masticando las sobras de su enojo, guarecido en una defensa que ya no tenía sentido.

Del otro lado de la puerta corrediza, llegaban las voces del televisor. Don Pancho jugaba al chinchón con doña Margarita. Los hermanos de la Mari se peleaban por cambiar de canal. Eran una familia unida. Una familia auténtica sentada alrededor de la mesa.

—¡Soy tan desastroso y vos tan buena! —se lamentó él con la voz afectada.

Ella suspiró aliviada. La sonrisa que crecía en su interior floreció en sus labios.

—Tonto —volvió a decir.

Sellaron el final del enojo con un beso largo y tibio. Un beso impostergable, de reencuentro.

Y quizás porque llovía mucho y del otro lado de la ventana se veía un mundo mustio y silencioso, quizás porque la Mari estaba serena sobre su hombro, perfumada e inocente como un jazmín, él sintió una profunda melancolía y se largó a hablar:

—Siempre me mintieron. Por eso soy tan malo.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Una vez más le resultaban incomprensibles esas frases que tantas veces le había oído decir, a la salida de la escuela o en ese mismo living, y que permanecían inconclusas, desplazadas por abrazos largos y mudos, abrazos de desesperado.

—¡No digas eso! ¡Para mí sos la persona más buena del mundo!

Un caracol subía por la ventana dejando la huella viscosa sobre el cristal. Él se levantó y se acercó al vidrio para observarlo de cerca. Apoyó el dedo índice y del otro lado el caracol continuó su recorrido lento, llevando una carga que parecía demasiado pesada para su pequeño cuerpo. Tragó saliva y mencionó a sus padres italianos. Remarcó que eran analfabetos, campesinos cabeza dura, sobrevivientes de una

guerra que aceptaron con los puños apretados y el estómago vacío.

—Llegaron acá en el cuarenta y pico. Cuando terminó la guerra. Sin guita y con una deuda de mil liras. Estaban más asustados por la paz que encontraron acá, que por la guerra que los había enloquecido allá. Siempre fueron muy laburantes. Se dedicaron a reconstruir una vida. Como pudieron, golpeándose.

La Mari lo escuchaba atenta, sin perder detalle. No quería interrumpirlo. Sólo tomó, suavemente, su mano para que volviera a sentarse. Ella era un lago cristalino que recibía las piedras que él arrojaba con cada palabra de desahogo.

—Desde chico sentí que había algo raro en mi casa. No sé cómo explicarlo, lo presentía. Me metía en la pieza de mis viejos y revisaba los muebles. ¿Qué buscaba? Al principio no sabía. Después sí. Me acuerdo que estaba obsesionado, quería encontrar una foto. No cualquier foto. Una en especial.

Detuvo las palabras y enfrentó los ojos puros de la Mari.

—Una foto de mi mamá embarazada —completó.

La lluvia recrudecía y el agua trepaba por la vereda. Un trueno estremeció los vidrios de la casa. El caracol continuó su marcha a pesar del efímero y minúsculo terremoto, ahora en diagonal y hacia abajo, como extraviado en aquel páramo de cristal.

De repente, todo se oscureció. Del otro lado de la puerta corrediza hubo un momento de inquietud, de voces cruzadas. Doña Margarita acercó una vela y don Pancho prendió un fósforo. En la penumbra se los veía unidos, como partes de una misma sombra. La Mari permaneció quieta como si nada hubiera pasado.

La noche, el corte de electricidad, la tormenta, les brindaban una intimidad reconfortante.

—Dale, seguí —reclamó ella, apretándole la mano—. No necesitamos luz.

—Nunca encontré la foto que buscaba. Y nunca la voy a encontrar.

Volvió a interrumpirse con la intensión de que el silencio revelara lo que él pretendía decir. Fijó la vista en el resplandor que crecía del otro lado de la puerta corrediza. La voz de doña Margarita llegó hasta el living como un eco manchado de noche.

—¡Mari!

—¡Justo ahora! —se quejó ella, ladeando la cabeza—. Disculpame.

Antes de levantarse, limpió sus ojos con las manos y le dio un fuerte beso en la mejilla. Ya vengo, le susurró al oído.

Él permaneció en la cerrazón. Aún dudaba si continuar o no con aquella verdad. Tenía ganas de fumar, pero no estaba dispuesto a hacerlo en esa casa. Aguzó el oído. La lluvia cubrió la voz de don Pancho, lo que pronunció la Mari parecía un ruego.

Ella volvió con un candelabro y una vela encendida.

—¿Qué pasó? —preguntó, indagándola con la mirada—. ¿Te dijeron que me vaya?

—No, no. ¡Cómo te vas a ir con este tiempo! Me dieron permiso que te quedes hasta que pare un poco.

La melancolía lo había acompañado durante toda la tarde y ahora le apretaba el cuello. Lo confinaban a permanecer en ese rincón de la casa como si fuera un leproso. Si fuera por don Pancho, pensó resentido, seguro me saca a la calle como a una bolsa de basura.

—¡Dale! —lo exhortó la Mari, sacudiéndole las manos—.
¡Contame!

Él prolongó la pausa un instante más. Contempló el ligero bailoteo de la llama, el amarillo resplandor acariciando el rostro de la Mari.

—Yo sabía. No quería admitirlo. Pero sabía. Cuando en mi casa alguna visita hablaba de embarazos o si en la tele aparecía un bebé o un médico refiriéndose a un parto, cualquier cosa de ese estilo provocaba un momento angustiante... Sobre todo en mi mamá. Enseguida se encerraba en la pieza a llorar.

La Mari empezaba a comprender el sentido de tanta angustia, de tanta frase cortada por la mitad. Recordó la intensidad de algunos abrazos, parecidos a manotazos de náufrago.

—Me amargó la vida —continuó él—. Siempre encerrada, siempre llorando. Hasta cuando vengo a verte. Me dice: andá, total yo estoy acá solita.

La lluvia caía de costado golpeando la ventana. Los relámpagos se sucedían unos tras otros, cada descarga mostraba el ahínco del caracol por llegar a cualquier lado.

—Cuando murió mi abuela, un pibe de la cuadra me gritó: *no llores, tano, si igual no era tu abuela*. Ni me detuve a pensar. No hacía falta: siempre lo supe. Porque yo creo que los adoptados lo sabemos desde el principio. Lo llevamos tatuado en la piel. Aunque nos mientan. Aunque monten una obra de teatro a nuestro alrededor.

Unas cuantas lágrimas se deslizaron por la cara de la Mari. Ella intentó recogerlas una a una con los dedos y después con la palma de las manos.

—Al fin me lo contaste —dijo, clavada en la penumbra—. Al fin. No vamos a discutir más. Yo voy a ser la encargada de tejer tu alegría.

—Ese día me fui de casa —siguió él, abstraído en el frenesí de sus palabras—. Anduve merodeando por Plaza Miserere. Dormí en una parada de colectivos... Ya sé. No me mires así.

—¡Sos loco, eh!

—No aguanté mucho. Regresé al otro día y la encaré a mi vieja. Estaba llorando en su pieza. ¿Qué otra cosa podía estar haciendo? Le largué todo el veneno. Era la primera vez que le gritaba. Ella repetía lo mismo: que no me compró, que no me robó. Estaba tan alterada que me asusté. No fingía, su desesperación era real. Que no me compró, que no me robó. Jesucristo mío, gritaba y se mordía las manos, jurando que se iba a tirar debajo de un tren.

—¡Pobre mujer! —agregó la Mari.

—¡Pobres los que la tenemos que aguantar!

—¿Y tu papá? ¿Cómo reaccionó?

—Estaba en la obra. No lo quise enfrentar, esperé a que se fuera. No puedo hablar del tema con él. Es como un nene grande. Fuerte de apariencia, pero totalmente indefenso. Le hubiese hecho mucho mal. Se hubiese derrumbado.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —preguntó ella—. Por lo menos para desahogarte. Seguro que no quisieron mentirte. No deben ser malos. Y vos tampoco sos malo como decís.

—Yo sé lo que soy —interrumpió él, elevando la voz—. Un bastardo. ¡Eso es lo que soy!

Y a pesar de que se había acostumbrado al escozor permanente de sus heridas, a pesar de que no solía llorar delante de nadie y menos de una mujer, una lágrima llegó hasta sus labios.

—No digas eso —reclamó ella, abrazándolo.

La luz volvió a iluminar la casa con un matiz amarillento. La repentina claridad los agarró desprevenidos. Tenían los ojos hinchados y enrojecidos. Se rieron al verse tan llorosos, atrincherados en el sillón.

—¡Si sigue así me quedo a dormir! —bromeó él.

—¡Te imaginás la cara de mi papá!

—Más que la cara, el pie. Me sacaría a patadas.

Volvieron a reírse. La lluvia arreciaba contra la ventana. El caracol ya no estaba, sólo quedaban los rastros de baba que había dejado en el vidrio.

Ella volvió a apoyar la cabeza sobre su hombro.

—Voy a estar con vos cada vez que estés triste —lo consoló—. Todos los dolores, los vamos a soportar juntos.

Mates II

EL RELOJ DE PARED MARCA las dos y treinta de la madrugada. Cada vez que lo veo me propongo enderezarlo, pero nunca lo hago.

—¿Tomamos unos mates? —pregunta papá, entre los papeles del negocio y el humo del cigarrillo.

Me mira con los ojos enrojecidos. Sus anteojos están más torcidos que el reloj y también me gustaría acomodarlos. Me pregunto si será ésta la imagen que recordaré de él cuando ya no esté: una mesa con papeles desparramados, sus lentes en desnivel y esos ojos enrojecidos por el cansancio.

El viento se cuela por los recovecos de la casa como una ola escurridiza. Silba. Gime. Atrapado en los taparrollos de la ventana.

—¡Qué sudestada! —digo por decir algo.

Pongo la pava a calentar. Una corriente de aire amenaza apagar la llama. Siento escalofríos. El olor que sube desde el cenicero me hace cosquillas en la nariz. Estornudo.

—Salud —dice papá, mientras amontona el papelerío en un costado de la mesa.

Mamá suele reclamarle por ese continuo desorden. Le preparó un escritorio en un rincón del comedor, para que pudiera esparcir allí todo su caos, pero nada cambió en estos

años. Las facturas y los presupuestos permanecen en el mismo lugar, como piezas de un rompecabezas desarmado.

—¿Te acordás de la tormenta del año que nos mudamos?

Duró dos semanas. Los días se cargaron de agua y noche. Hasta suspendieron las clases. El mar se cobró la cuenta de tanto negocio inmobiliario sobre las dunas. La gente se lamentaba caminando por la costa, contemplando la destrucción. Casas derribadas por la frenética socavación del agua. Sobre la arena quedaron restos de muebles, juguetes, ropajes, que la marea escupió como si se quitara una enfermedad de la garganta.

La estufa al máximo no logra combatir la bajísima temperatura. A pesar del frío, papá está remangado. La tinta de los tatuajes permanece oscura y la piel irritada por los surcos que dejó la aguja.

—¿Te duele? —pregunto, mirando su brazo.

—No, ahora no.

En la parte superior del antebrazo se estampó nuestros nombres: Mari. Damián. Leo. En letra cursiva, con firuletes. Más abajo, una balanza. Me explica que es símbolo del equilibrio y la justicia. Pregunta si quedaron bien, si me gustan.

Le respondo que sí con poco entusiasmo. No quiero mentirle. No me parecen buenos. Sobre todo esa balanza, dibujada a desgano. Un tatuaje de marinero o presidiario. Más que una balanza, parece un cristo crucificado.

—Duele en el momento, pero no mucho.

Me quemo la lengua con el mate. Suelto una puteada. Papá ríe. Se encorva. Tose. Su cara se pone colorada. Dice:

—¡Sos boludo, eh!

Me arde la lengua, pero su risa me contagia. Destapo la pava. El ruidoso clima, acaso la noche madura, nos hace

cosquillas. Es nuestro momento. Más allá de los comentarios que crucemos durante el fin de semana, más allá de las llamadas telefónicas del resto de los días, este es el rato que nos corresponde.

—¿Saliste con la moto? —pregunto, aún con hilachas de risa.

Papá es un hombre de gustos intensos, pero efímeros. Podemos esperar cualquier cosa de él. Algún día aparecerá pelado como un monje Shaolin. Y nadie se sorprenderá.

En el final de la temporada anterior compró una moto de doscientas cincuenta cilindradas. Fue una decisión inesperada para toda la familia. Una o dos veces a la semana sale a andar por la ruta o por calles aledañas. Luqueado con campera, guantes y casco. Nunca quiere ir solo. Extorsiona a los nietos prometiéndoles golosinas o la convence a mamá, que siempre acompaña, aunque renegando por el dolor que luego aqueja a su cuerpo.

Cada paseo conlleva un protocolo. Papá pretende que los vecinos no se enteren. Enciende el motor dentro del garaje. Ayuda a mamá a subir. Se ponen los cascos. Y cuando están listos para salir, le pide a Leo que abra el portón. Recién en ese momento salen de casa, echando humo.

—El miércoles salimos con mamá. Se me retoba, la tengo que convencer.

Pienso en la capacidad de mamá para soportar los vaivenes de su marido. Ella, tan afín a la casa, a los ovillos de lana, a la televisión. Ahora, imprevistamente, arriba de una moto de doscientas cincuenta cilindradas. Abrazada a papá. ¡Pobre madre! Ella, que cuando conducía el ciclomotor de mi adolescencia, no pasaba de los treinta kilómetros por hora y frenaba en todas las esquinas.

Calculo mentalmente el tiempo que podría durarle este nuevo capricho. Porque habrá otros. Sin duda, habrá otros.

El año pasado fue la música italiana. Empezó a mirar videos por YouTube y al poco tiempo sintió que era lo suyo. Aunque no en su sangre, aquello estaba en su historia. Tras una exhaustiva investigación por Internet, compró un acordeón. Quería tocar tarantelas, tal como lo hacía en Italia el hermano del nono.

Cada noche, se acomodaba el acordeón sobre las piernas, pero el instrumento se le resistía con gemidos disonantes.

—Está tocando mejor —me comentaba mamá en cada viaje. Y realmente creía en lo que decía—. Tendría que ir a un profesor.

Pero papá no lograba sacar ni una nota. Tampoco quería tomar clases. Se sentaba entusiasmado sin más método que el de agitar el fuelle presionando teclas al azar. Su ruidosa práctica interfería en los programas que miraba mamá. Aun así, ella siempre lo alentó, quizás, sabiendo de antemano que aquella pasión tarde o temprano también llegaría a su fin.

—¿Vos cómo estás? —me pregunta papá, pasándome el mate.

—Bien. Me contracturé manejando. Mucha lluvia en la ruta.

—A ver, acercate.

Enseguida me arrepiento de las palabras. Porque sé muy bien lo que sigue. Por eso, le digo:

—Dejá que no es nada.

—Dale, vení —insiste, con una sonrisa maliciosa.

No desistiré. Reclamará hasta que me acerque. Si no, no sería mi papá.

—Siempre me duele ahí —indica, punzándome la espalda con su puño.

Y retoma la pregunta eterna: ¿No tendré un tumor?

Me corro. Lo miro. Espera una respuesta. Un diagnóstico de mi parte.

—No creo —le digo, caminando hacia atrás—. Debe ser un tendón.

Agarro la pava y me escabullo con otro tema:

—¿Qué lío de papeles! Mamá debe estar contenta. ¿Cómo venís con el negocio?

Mi contractura empeoró.

—Atrasadísimo —contesta—. Ya que estás me podés dar una mano...

Hurgando entre presupuestos, anotaciones de pedidos, pedazos de papel con códigos, carteles con precios escritos en marcador, selecciona una factura y me pide que le dicte los valores. El control de los importes es otra de sus obsesiones. No soporta que nadie le cobre un centavo de más.

Toma la calculadora. Tiene los dedos gastados. Años y años de hacer cuentas. Nunca se acostumbró a la planilla de cálculo de la computadora. Le expliqué mil veces sus facilidades. Pero es una tendencia en él: elegir los caminos más difíciles. También trabajar por la madrugada.

Me acuerdo de las noches en que nos quedábamos armando paquetitos. Parecíamos una familia de narcos de poca monta. En lugar de droga, empaquetábamos clavos. Para obtener menor precio, papá compraba cajones de diez kilos. Y como no teníamos balanza, también había calculado cuántas unidades entraban en doscientos cincuenta gramos. Después de cenar, apenas terminábamos la fruta, había otro postre: nos dedicábamos a contar clavos. Noche a noche. Clavo a clavo.

Me hace señas con el dedo pulgar para que le pase otro mate. Los palillos de yerba quedan flotando. Vuelvo a poner la pava en la hornalla. La llama bailotea otra vez por la corriente de aire.

—¿Tenés novedades de la búsqueda? —pregunto, parado frente a la cocina.

—¿Te conté que me estoy contactando con gente del Facebook?

—La última vez que vine me dijiste algo.

Me detengo en ese aire de inauguración y misterio que suele imponerle a sus palabras.

—Subieron mi caso a una página de Internet.

No esperaba que su búsqueda fuera a levantar vuelo. Pero lo cierto es que nunca conocí a nadie con más vocación de detective que mi papá. Ni con más empecinamiento.

Pide que me acerque a la computadora. Me sorprende ver su foto en primer plano en un sitio de Internet. Debajo, agregaron un párrafo con los detalles que él pudo arrancar del hermetismo y la desmemoria de la nona.

Entra a su Facebook y menciona que conoció a una chica que es empleada en el Registro de las Personas.

—Capaz me consiga algún dato —se ilusiona.

En su expresión resalta la ansiedad. Lo noto sobre todo en la respiración. También descubro un cambio sutil en su mirada, como si la esperanza le agrandara los ojos. A pesar de que no cuenta con más datos que los que agregaron en Internet. Que nació en el Hospital Rivadavia. Que fue en la primera semana de febrero de 1958. Que sus padres adoptivos le dieron una vida digna. Que su madre biológica lo dio en adopción cuando él tenía veinte días.

Leo un mensaje que escribió él mismo en su muro de Facebook:

Te quiero mamá. Te perdono.

Un puñadito de palabras arrojadas al mar virtual. Me conmueven y al mismo tiempo me resultan extrañas. Como si las hubiese escrito cualquier persona y no este padre que es mi padre. Reniego de cualquier discusión que haya tenido con él. Me arrepiento por no haber sido mejor hijo. Le perdono todo.

—Toma el mate —le digo.

Por un instante, me indaga con la mirada. Prende otro cigarrillo. Le sonrío. No quiero que descubra mi emoción y vuelva a decirme:

—¡Otra vez llorando, sos grande!

Miro la hora. Algún día acomodaré ese reloj maltrecho. Amago con ir a dormirme, sabiendo que aún nos queda un tramo, que apenas son las cuatro menos cuarto. Afuera no para de llover.

Viento del sudeste, lluvia como peste, suele decir mamá.

—Calentá el agua que tomamos dos o tres más —me dice papá.

Sonrío por dentro, mientras enciendo la hornalla, a pesar del sueño que se hamaca en mis pestañas.

IX
La Tablada, 1976

—LA CONCHA DE LA LORA —repitió en voz baja—. Número alto.

Caminaba por el patio, mirando las baldosas de granito.

Su padre había vuelto de la obra. Tenía salpicaduras de cemento en los cachetes y el andar vigoroso, como si recién emprendiera el desafío del día. Cuando se enteró, celebró la noticia, pregonando:

—¡Forza Italia!

Su madre estaba cocinando porotos y sufrió un repentino dolor de cabeza que intentó aplacar con cuatro aspirinas disueltas en agua y azúcar.

—¡Madonna mía! —gimió, agarrándose las manos.

Él se lamentó por su melena: larga, lacia y oscura. Pensó en la ducha caliente de su casa, en su mullida almohada celeste. Y pensó en su novia. Aún no se había presentado en el regimiento y ya le dolía el corte de pelo, los latigazos fríos del agua, el catre y el insomnio del amor a la distancia.

No había escapatoria. Pensó en todas las posibilidades. Sin pie plano. Ni un problemita en la columna. Tampoco una prórroga por estudios universitarios. Sabía de reclutas que antes de presentarse a la revisión médica se metían ajíes

putaparió en el culo. Soportaban el incendio de la retaguardia, sólo para quedar cesantes, rechazados por una categoría inadmisibile, resaltada en rojo:

A.D. Ano Dilatado.

Porque el ejército no era para maricas.

Pero era incapaz de semejante osadía.

Decidió visitar a su primo Oscar que había hecho carrera de médico en la Marina y llegó a teniente. Podría eximirlo, o al menos acomodarlo, para que, en el peor de los casos, la conscripción fuera apenas un período breve a distancia de la familia, unas merecidas vacaciones de sus padres.

—Una etapa para higienizar la conducta.

Esas fueron las palabras que utilizó su primo cuando lo recibió en su despacho.

Teniente Oscar Lambreta. Hombre pulcro de treinta y dos años. Bien peinado, la sonrisa de costado. El modo sereno, elegante al hablar. Un cuadro del Almirante Brown a sus espaldas. Su primo no pudo evitar cierta nostalgia al hablar de sus años en la colimba. Lo que para uno era romance, para el otro era puro espanto.

—Quedate tranquilo, Edu. La Fuerza tiene mala prensa. No es más que eso.

—¿Es así, Oscar? En el barrio se comentan cosas. Dicen que la otra noche se llevaron a uno de los hijos de un vecino de Aquino. Y también a otro de Zelarrayán.

—La gente habla sin saber —agregó su primo, sin perder la sonrisa—. Andá a saber.

Luego lo acompañó hasta la puerta, apoyándole una mano sobre el hombro, y con la misma mano, le dio dos palmaditas amistosas en la cabeza. Una sonrisa oblicua, la cadencia en la voz:

—Ahora mismo hago una llamadita a algunos amigos que tengo por ahí y ya me contarás si no estás mejor que en tu casa.

El sábado anterior a su ingreso fue a despedirse de la Mari. Durante dos horas no se soltaron las manos. Fueron dos sombras quietas, recortadas en el sillón del living, apenas rociados por la luz húmeda del atardecer. Él le prometió que iría a visitarla cada día de franco. Ella lo miraba sin decir nada, compasiva y calma, sosteniendo una lágrima que no se decidía a caer.

Se hicieron las nueve de la noche. El instante final de su visita. La impertinente música de Bonanza comenzó a sonar. Pero permaneció aferrado a esa mano blanca y fresca que le hacía tan bien. Pudo quedarse una hora más sin que lo echaran. Fue su primer privilegio de conscripto. Incluso se atrevió a visitarla al día siguiente, domingo por la tarde, sin anunciarse y a pesar de don Pancho, que no estaría contento de verlo dos días seguidos en su casa. Era un colimba. Casi cualquier cosa le sería perdonada.

El servicio militar comenzó con una larga fila. Él odiaba a los milicos y las esperas, ahora esos detalles le daban la bienvenida.

Aquel río serpenteante de muchachos desembocaba en un enorme pabellón. Había palomas y mierda de paloma por donde se mirara. Y al final de la cola, entre los desechos blanquecinos: pelos y más pelos sobre el piso. Un soldado maniobraba la máquina con frenesí. Despachaba unos tras otros, como una cadena de montaje que despedía cabezas rapadas.

Los hicieron formar afuera y tras una buena insolación pasaron lista. Un montón de cabezas blancas, casi moradas, mirando al frente, nunca a los ojos. Aún no había pasado una

hora y un sargento se deshacía a gritos. El país podía necesitarlos. Eran el semillero de una nueva era. Algunos inflaban el pecho, orgullosos de cumplir con el deber civil. Otros, llevaban la incertidumbre y el miedo colgando de los labios.

Él no se dejó amedrentar por el griterío incesante. Igual de rapado que los demás. Pero más sereno. Era primo de un teniente. Estaba allí para pulir detalles de su conducta, vacacionando de su familia.

Más tarde, los trasladaron en camión a un descampado inhóspito. Al descender, los alaridos continuaban, pero ahora venían de un cabo que no medía más de un metro sesenta. Señalaba un monte, un muro de arbustos que alcanzaba el otro lado del camino. La consigna era simple: el pasto más largo de toda aquella área no debía rozarle los tobillos. No disponían de más herramientas que sus propias manos.

Él, aún incrédulo, permaneció en posición y preguntó a viva voz si su apellido había sido asignado a aquel lugar.

El cabo Ramírez ladeó la cabeza como un muñeco articulado. Del camión sacó unas planillas y con la mirada herida por la claridad las inspeccionó. Todo lo hizo de un modo lento. Allí estaba el apellido: Lambreta.

—Por favor —agregó el cabo con fingida amabilidad—, póngase a trabajar.

Enseguida, se dio vuelta hacia el campo y con un vozarrón grave indicó:

—Vamos, señoritas. ¡A cortar el pastito! Les comento que gracias al soldado Lambreta y sus dudas, se van a quedar dos horas más.

Esa misma noche, la primera de la colimba, mientras intentaba dormirse, oscilando entre el hondo cansancio y

la comezón de las picaduras, recibió un saludo especial: los puñetazos y patadas de sus compañeros.

No le dolió: estaba anestesiado de cansancio por aquella labor inhumana. Ni siquiera comparable a los días con su padre exigiendo un pastón más.

Cuando llegó el primer día de franco, encaró a su primo. Llevaba en su cuerpo las pruebas del maltrato: los labios magullados, infinitas picaduras, las manos con ampollas de sangre.

Otra vez de espaldas al cuadro del Almirante Brown, su primo volvió a dominar la palabra, evocando momentos felices de la milicia.

—Ya me darás la razón —le aseguraba.

Enseguida alegó una reunión. Y mientras lo acompañaba a la puerta, le aseguró:

—Hubo alguna confusión. Enseguida lo soluciono.

—No pido nada especial —suplicó él—. Lo que puedas hacer...

—Tranquilo, Edu. Una llamada y san se acabó.

Después, tomó el tren a Merlo para visitar a la Mari. ¡Tanto la extrañaba!

Ella le pasó por las manos una crema con aroma a rosas. Él se hubiese quedado hasta el minuto anterior a volver a filas, de no ser por don Pancho, que controlaba el horario de visita y, cuando a las nueve sonó la trompeta de Bonanza, preguntó la hora con la voz lo suficientemente alta como para que llegara hasta el living. La hermana menor de la Mari mintió para cubrirla, respondiendo que eran apenas las ocho y media pasadas.

Esa noche se quedó una hora más.

Era un soldado.

Sin embargo, don Pancho, que ya había preguntado la hora dos veces más, recibiendo nuevas mentiras de su hija menor, apareció en el living con el paso lento y pesado.

—¿Cómo es esto? —preguntó, y se notaba que había tomado unas copas—. ¿No se me respeta en mi propia casa?

Él se paró enseguida, como si estuviera haciendo algo indecente. Ruborizado y alegando no haberse dado cuenta del horario, pidió disculpas.

—A las nueve se terminan las visitas —insistió don Pancho—. ¿O acaso mi palabra no vale?

Una mañana en que habían formado fila en el parque del regimiento, un sargento preguntó quién sabía manejar. Él no dudó en levantar la mano. Le encantaban los autos, ya a los catorce le había sacado el coche a su padre. Ahora tenía dieciocho y hasta registro para conducir.

—¿Experiencia? —preguntó, elevando el timbre de su voz.

—Sí —le respondió.

El superior lo miró de arriba abajo. En su gesto, cabía la duda.

—Trabajé en una línea de colectivos —agregó él.

Y enseguida silenció las palabras. Quizás se había excedido con ese comentario. El sargento se retiró y otra vez quedó a cargo el cabo Ramírez.

Ese día les dio una buena noticia: no tendrían que ir al campito a cortar el pasto. En cambio, se pasaron las horas corriendo, haciendo espinales, saltos de rana y abdominales.

Después del agua helada de la ducha, el sargento lo mandó a llamar.

—Adelante, soldado. Pase nomás.

Hizo la venia y el sargento le ordenó que descansara.

—Acérquese. No sea vergonzoso.

Los separaban un par de metros. Del otro lado de la ventana, la noche se aplastaba contra la gramilla del parque. Las luces del perímetro se confundían con estrellas.

—Más cerca.

Él dudó con unos pasos vacilantes. Le sudaban la frente y las manos.

—¿Qué tengo acá? —preguntó el sargento, tocándose el mentón.

Él se encorvó y fijó la vista arrugando el ceño.

—Nada, mi sargento. No veo nada.

—Preste atención. Algo tengo.

Detuvo la mirada unos segundos en el rostro lampiño, escrupulosamente limpio.

—Nada de nada. ¿Por qué? ¿Le duele, mi sargento?

—Vamos, soldado. No está mirando bien.

No entendía. Balbuceó:

—Es que no veo nada.

El semblante del sargento cambió y sus facciones se endurecieron.

—¿Tengo cara de boludo? —gritó.

Él sintió el miedo lacerándole la panza. Estaba sucediendo algo malo que no alcanzaba a comprender.

—¿Me ve cara de boludo? —insistió con un alarido—. ¿Con dieciocho años trabajó en una línea de colectivo?

Permaneció en silencio. Le dolía la panza. En su pensamiento, creció una imagen: se vio cortando pastos entre nubes de mosquitos.

El sargento se sentó en una silla de terciopelo bordó. Estuvo un rato con la cabeza gacha, sin decir nada. Soltó el aire con una especie de silbido.

—¿Le gusta manejar?

—Sí, mi sargento. Me gusta mucho.

Al ver que el sargento sacaba del cajón del escritorio una cuarenta y cinco reluciente, estuvo al borde de las lágrimas.

—La próxima vez que me tome por boludo le meto un tiro en las pelotas.

—¡Le juro que nunca más, mi sargento!

—Así me gusta.

Hizo una pausa, aún con la pistola en la mano, examinándola a contraluz. Sonrió, pero con una mueca de desdén.

—Yo tengo un taxi —continuó—. Puedo firmarle un pase para que me lo trabaje entre las ocho y las cuatro. ¿Qué le parece?

Antes de contestar, se permitió una sonrisa.

—Me encantaría, mi sargento.

—Confiaré en usted. Si me trata de boludo otra vez, se queda sin pelotas.

X La Tablada, 1976

A LAS OCHO EN PUNTO salió del regimiento con el mameluco y un permiso firmado por el sargento. Eran tres colimbas los que manejaban el taxi, en turnos de ocho horas cada uno. La chapa negra del Siam Di Tella brillaba por el sol. Abrió la puerta y permaneció encorvado, mirando el interior. Luego, acarició el volante y le dio arranque. Escuchó la música que nacía del motor.

Detrás del alambre los soldados corrían en fila, soportando los alaridos del cabo Ramírez. La temperatura rondaba los treinta grados. Él pasó con la ventanilla bajada, a veinte kilómetros por hora, y con una sonrisa que no pudo contener.

Era un chofer. Un empleado eficiente y cumplidor. Sólo se detenía unos minutos para almorzar. Andaba siempre por la zona del centro. Les tocaba bocina a las chicas. Charlaba con los pasajeros. Con frecuencia se preguntaba si alguna de las señoras que subía al taxi sería su madre. Su verdadera madre. Las miraba por el espejo retrovisor, buscando algún indicio. Incluso llegaba a interrogarlas. Esperaba un milagro, un guiño del destino.

Una mañana conoció a una madre desesperada. Habían derribado la puerta de su casa y se habían llevado a su hija de

veinte años. No sabía a quién recurrir. Había hecho colas y trámites en comisarías y nadie le daba respuestas.

Tanto lo conmovió su historia que se ofreció a llevarla sin cobrarle nada.

A las cuatro, volvió al cuartel. Juntó los pocos ahorros que tenía y se los entregó al sargento en concepto de los viajes del día. Esa noche no pudo dormir, pensando en aquella madre desesperada. Deseó que a él también lo estuvieran buscando con esa misma fuerza, que su verdadera madre fuera como esa madre, igual de tenaz y luchadora.

Un viernes, apurado por irse del cuartel, se cruzó con el cabo Ramírez. Hizo la venia en posición de firme. El superior notó su ansiedad y lo mandó a barrer el pasillo. Luego ordenó que ese fin de semana se quedara adentro, porque había mucho para limpiar.

Él pensó que era una mala broma. No hubiese reaccionado mal si no fuera por la palmada que recibió en una de sus nalgas mientras barría. Primero le soltó un insulto. Luego arrojó una sola y certera trompada en la mandíbula.

A un superior.

¡Insubordinación!

Pasó todo ese fin de semana y el siguiente en el calabozo. Quiso apelar a la clemencia del sargento para que intercediera, pero no hubo caso. Para colmo, el cabo Ramírez estaba de guardia. Su pequeñez se recortaba en el pasillo, aparecía silbando y le decía, del otro lado de las rejas, que se quedara tranquilo, que afuera su novia conseguiría un hombre más hombre que la cuidase.

Hubo otra mañana en que formaron fila en el parque. Esta vez fue un teniente el que se presentó frente a ellos. Paseó su

mirada y preguntó si entre tantos inútiles había alguno que supiera plomería.

Hubo una vacilación colectiva. Un silencio temeroso y cansado.

—Vamos, muchachitas. ¿Quién quiere un día de franco?

Para él fue como una contraseña. La palabra *franco* abrió la puerta de sus motivaciones. No demoró ni un segundo más. Mientras los otros soldados permanecían dudando, él dio un paso al frente. Aún sin saber qué había que hacer.

—Muy bien, conscripto. La valentía es un valor para estos tiempos. En media hora, lo espero en mi oficina.

La oficina olía a condimento. El teniente miraba por la ventana con las manos cruzadas atrás y la mirada altanera, como un estanciero que se enorgullece de sus campos.

—¿Podrá solucionar una simple gotera? —le preguntó.

Aún estaba aturdido y no entendió a qué se refería.

—Sí, mi teniente —contestó.

—Es un departamento en el centro. Tendría que ir mañana mismo.

Era una tarea simple. ¡Tantas veces lo había visto a su padre en la obra! Ganaría un día de franco y convencería a la Mari para que no entrara a la escuela. Podrían ir a Luján, a la Basílica, almorzar en el río.

—Estoy al tanto del trabajito que le hace al sargento —agregó el teniente, sin apartar la vista de la ventana—. Yo hablaré con él, no habrá problema.

A la mañana siguiente, lo esperó la camioneta del correo militar. Esta vez no le tocaba manejar. El chofer tenía órdenes de llevarlo a un edificio del centro, dejarle las llaves y una valija llena de herramientas.

No le gustaban los ascensores, subió los seis pisos por la escalera. El departamento era un cuadrado de un solo ambiente, con una mesa y dos sillas, tres esculturas de temática sexual, una cama de dos plazas y un largo espejo en el techo. Aún flotaba en el aire un dulce perfume de mujer. Sólo se oía la gotera, desprendiéndose por debajo de la canilla de la cocina y rebotando, obsesivamente, sobre el acero de la piletta.

Era un trabajo de pocos minutos, podría disfrutar del resto del día.

Intentó soldar el metal, pero la gota no se lo permitía. Con una pinza pico de loro quiso ajustar una tuerca de la base. Y se desencadenó el desastre. El metal se quebró y el agua comenzó a salir a chorros.

Imaginó el peor escenario: el agua llegaría hasta los motores del ascensor. El calabozo, el cabo Ramírez. No se le ocurrió otra cosa que llamar a la Municipalidad para que ubicaran a su padre.

Atropelladamente, indicó la dirección del edificio y dejó dicho que era urgente.

—Stronzzo di merda —gruñó su padre, una hora después.

Llevaba su propia caja de herramientas y de allí sacó el recorte de una cámara de bicicleta. Se arremangó la camisa azul de la Municipalidad y, sin dejar de pronunciar insultos, enlazó la canilla con la goma.

Él permaneció en un rincón, atento a cualquier requerimiento. Si su padre no resoplaba, el asunto no sería tan complicado. Pero enseguida escuchó su exhalación ruidosa y cargada de rencor, que, un momento después, se interrumpió con la mueca de una sonrisa. El estaño se agarró al metal y la pérdida quedó sellada. Las miradas se cruzaron en el aire. No

había en ellas culpa ni encono, ni siquiera sorpresa, sino, más bien, como un suspiro de los ojos.

Limpiaron y luego bajaron los seis pisos por la escalera en absoluto silencio.

Antes de despedirse, entre el bochinche de la avenida, él le convidó un caramelo que guardaba en el bolsillo, y le dijo:

—Avisale a mamá que el domingo voy a comer a casa.

El taxi le permitía conocer gente. A todos les preguntaba algo acerca de sus vidas. De dónde eran, de qué trabajaban. Cada vez que daba un vuelto, aparecía la imagen de su novia. Llevaba una foto carnet en la billetera. Contaba los días y las horas que faltaban para verla. Planeaba llevarle flores o bombones. ¡Cuánto la extrañaba! A veces, la imaginaba desnuda, otras, con un vestido blanco y una larga cola de tul.

Los viernes él y los otros dos choferes se juntaban con el sargento. Eran días distintos. Se metían en alguna villa y aprovechaban la autoridad del uniforme para coquetear con chicas o beber gratis en bares de mala muerte. A veces, se quedaban en el Siam Di Tella, oyendo las anécdotas del sargento.

Comían en la Costanera, debajo de un árbol, mirando el río infinito. El sargento nunca pagaba. Juntaban plata entre los choferes y compraban fiambre. Muchas veces quien pagaba era Salitas: un soldado con categoría de dragoneante. Humilde y atento. Se esforzaba por ganar la simpatía de los demás. Como buen santiagueño, solía cantar chacareras. Su buen humor se destacaba entre la tropa.

Uno de esos viernes, Salitas paró el taxi en una esquina, y preguntó:

—¿Quieren comer unos sanguchitos de jamón crudo y queso? Yo invito.

—¡Ya que insiste! —contestó el sargento.

—Acompañame, Lambreta —agregó Salitas.

Entraron en un mercadito de Balvanera, atendido por una anciana de pelo blanco. Recorrieron los estantes y, mientras él elegía una gaseosa, vio cómo Salitas cargaba, dentro de su mameluco, el almuerzo que solía invitar muchos viernes: paquetes de papas fritas, salamines, latas de paté. Del miedo, se le resbaló una botella provocando un estruendo de vidrios rotos.

La señora no aceptó de ningún modo el pago de la botella rota. Sólo les cobró un kilo de pan, doscientos gramos de jamón crudo, doscientos de queso y una Pepsi Cola.

—Estás loco —le recriminó él, cuando salieron—. Nos van a meter en cana.

Salitas sonrió, y se puso a cantar una chacarera.

El último día de conscripción formaron fila frente a la bandera. Había en las posturas una liviandad que no existió en ningún momento desde el ingreso. El aire estaba más limpio, la calma se notaba sobre todo en los hombros y en los rostros. Izaron la bandera. Entonaron el himno a los gritos. Hasta el cabo Ramírez parecía más simpático, cantando como una marioneta histérica. La malicia seguía acumulándose en su mirada, recargada como un rifle que reservaba para los próximos reclutas.

A pesar del entusiasmo por el final de la colimba, un inesperado vacío se abrió dentro suyo. A lo lejos, vio el capot centellante del Siam Di Tella.

Salitas le dio un abrazo y, antes de marcharse, le canturreó: *si pasas por mi provincia con tu familia viajero...*

—¡Cómo se salvó del tiro en las pelotas! —bromeó el sargento.

Él le retrucó el chiste, apoyándose el dedo índice en el mentón:

—Preste atención, mi sargento. ¿Qué tengo acá?

Ya no lo asustaba ese hombre severo y exigente. Había algo en su manera de pararse, o en el modo de sonreír, que le hacía recordar a su padre.

Mientras se encaminaba hacia la salida, pensó en la Mari. Se casaría con ella el día de su cumpleaños. Ya no eran niños. Serían felices, le gustara a don Pancho o no.

Una caricatura

EL ABUELO PANCHO TENÍA POCO CARÁCTER. Ni en su nombre había temperamento: se llamaba Francisco pero le decían Pancho. El abuelo Pancho. Pasó por la vida escatimando la palabra. Era puro gesto, como una caricatura. Murió en su propia salsa.

Sus hermanos y primos llegaron a la Argentina escapando de la Europa devastada, como tantos otros, en barco y con más hambre que ilusiones. Una vez instalados en Buenos Aires, lo convencieron para que él también abandonara la España rabiosa de Franco, la España de la cruz y la espada, la bellísima España de las Islas Canarias. Su innata condescendencia lo arrastró a pagar un boleto con las escasas pesetas que había juntado cuidando dromedarios bajo el sol de Lanzarote.

Fundaron un corralón de materiales que, rápidamente, conquistó la simpatía de los albañiles de Merlo. Se hicieron conocidos como Los Canarias. Españoles rústicos, de piel cuarteada y morena. La mayoría de ellos aficionados a la baraja.

Fui el primer nieto de aquel hombre frágil de personalidad, redondo y con la mirada empequeñecida por unos lentes culo de botella.

Papá resultó ser su yerno preferido. Resultaba difícil imaginar al abuelo Pancho siendo hosco e indiferente con él durante los años de noviazgo.

Mamá nunca me contó sobre las faenas amorosas del abuelo. No supe cómo conoció a mi abuela Margarita, cuáles fueron las palabras mágicas que los mantuvieron juntos durante casi cincuenta años. Tuvieron dos hijos y dos hijas. Una de ellas, mi mamá, acaso la que más se le parece. De él, no sólo heredó la circularidad de los contornos, sino también la infinita nobleza, la humildad, el candor de la mirada pequeña.

Me encantaba visitar su casa de Merlo, el aire conservaba allí un aroma particular que parecía salir de los naipes. Un aroma a chinchón, uva podrida, cotorras, semillas de girasol. Cuando vivíamos en Lugano, papá solía llevarnos cada domingo. Él y el abuelo Pancho conversaban y se hacían bromas. ¡Cómo se querían aquellos hombres! Al final de la tarde, el abuelo no quería dejarnos ir e imploraba que regresáramos pronto.

Recuerdo una escena repetida, acaso cotidiana: la abuela Margarita criticando al abuelo Pancho, acusándolo de vago, de viejo borracho e inservible. Sobre todo, lo recuerdo a él, aceptando cada agravio, mirándome con los hombros levantados, entre risitas contagiosas, mientras me preguntaba:

—¿Tú entiendes lo que dice esta mujer?

No era haragán, pero no le gustaba dar ni recibir órdenes. Mientras sus hermanos discutían decisiones de compra, posibilidades de crédito o la apertura de nuevas sucursales, a él le gustaba ir a tomar unos vinos con los peones del corralón.

Apenas anochecía, junto a los peones, encaraba rumbo a una cantina. Allí se demoraban jugando al truco, invitándose

unos tintos de mala calidad, pero mucho más sabrosos que los pateros que producía con sus hermanos para consumo familiar.

Una tarde, lo acompañé a un sótano del corralón, un cubículo frío y húmedo que hacía las veces de cava. ¡Esos eran vinos malos! ¡Ásperos! Allí vi al abuelo Pancho prenderse de la damajuana. Por un momento, sentí un miedo inútil y sin fundamento. Él dio un solo trago largo y enseguida soltó un resoplo de asco, acompañado de dos o tres temblores de escalofrío.

También fui testigo de su labor, del aporte al negocio. Una mañana en vacaciones de invierno, le estuve cebando mate durante las cuatro horas que permaneció en un galpón. Separaba alambre de fardo en rollos de veinte vueltas. Cada vez que le daba un mate, equivocaba la cuenta y volvía a empezar. Una y otra vez, contaba hasta veinte, sentado en una incómoda silla de madera.

Podría haber vivido con comodidades. Sin embargo, lo único que exigía era diciembre en Mar del Tuyú, que eso no se lo cambiaran. Le gustaba la pesca, andar descalzo en la arena, el sol despertando en la espalda del mar. Se metía a tirar la caña hasta el borde de la canaleta, con la camisa anudada encima de la prominente barriga. Sin los lentes culo de botella, sus ojos parecían dos guiones. Regresaba sonándose los mocos, ponía la caña en el fierro y, cuando se sentaba, casi siempre se entreveía, por debajo del short cuadrillé, un empapado racimo de testículos.

Cuando fue al Registro a inscribir a mi tía, llevaba un pedazo de papel escrito por mi abuela con el nombre del retoño. Las empleadas comentaron que ese nombre era una antigüedad, que le iban a crear un trauma de por vida a la pobre criatura. Le sugirieron que Susana Beatriz era mejor,

más moderno, igual que la protagonista de la radionovela que pasaban por las mañanas. No les costó nada convencerlo.

Su verdadera destreza radicaba en los naipes. En el solitario, la ronda, el truco, la escoba, el chinchón. Por los sitios más impensados de su casa, siempre había mazos usados y papeles con anotaciones de antiguas partidas.

A mi abuela también le gustaba jugar. Era su punto de encuentro, acaso su forma habitual y secreta de hacer el amor.

Me acuerdo de su hermano mayor, el día que el abuelo Pancho murió. Entró al comedor y me dio un abrazo. El resto de la familia estaba en la pieza consolando a la abuela Margarita.

—Si las habrá mareado —dijo, levantando un mazo de naipes.

Además, se le conocía otra habilidad: hacía hablar a las cotorras. No conocí hombre más perseverante. Le cortaba las alas y se pasaba las horas repitiendo: pepe pepe, pepe pepe, pepe pepe. Hasta que la cotorra, lograba captar, por hartazgo, el monótono sonido de su nombre. Aún lo seguía escuchando por el resto de su vida. Cuando el ave se moría, el abuelo Pancho iba hasta la feria en busca de un reemplazo, que apodaba de la misma manera. Entonces se reiniciaba el ciclo.

La abuela Margarita no soportaba escucharlo. Pepe pepe, pepe pepe, pepe pepe. Le daba migrañas y echaba al abuelo y a la cotorra al patio, donde él la alimentaba con semillas de girasol, debajo de una parra de uvas chinchas, sin dejar de susurrar las dos sílabas del mote.

Los anteojos eran un problema. Iba al oculista y luego a la óptica con la receta. No elegía ningún modelo, el vendedor solía hacerlo por él. Con el grosor que requerían los lentes, cualquier variante era similar.

Por un tiempo, parecía satisfecho, pero el intervalo era, apenas, una ilusión. Pronto se incomodaba, sentía molestias en las orejas o le apretaban la nariz o el aumento no era el que realmente necesitaba. Regresaba al oculista y a la óptica con la receta. Se abrió otro intervalo breve: otra ilusión. Papá se contagió la manía, como si entre sus anónimos genes, se hubiera colado uno de su suegro.

—¡Borracho, inútil! —le gritaba la abuela.

Y estuvieron juntos cincuenta años.

En realidad, el abuelo Pancho tampoco se definía entre ser borracho o no serlo. De vez en cuando, se embriagaba y la cuadra entera oía su vozarrón entonando una zarzuela, con medio cuerpo saliendo por la ventana, haciendo interrupciones sólo para empinar la botella. En más de una ocasión, de joven y recién casado, papá cumplió la penosa tarea, encomendada por la abuela, de traerlo de regreso a casa.

En las borracheras, su personalidad florecía. Una madrugada se la pasó exprimiendo la bota de vino, colorado de la risa a causa de los dos únicos chistes que yo, con diez años de edad, me sabía. Rogaba que volviera a repetirlos, cada vez más colorado, cada vez más risueño, debajo de una luna enorme que se asomaba, tímidamente, entre las hojas de la parra de uvas chinche.

La abuela Margarita sacaba la cabeza por la ventana de la pieza y gritaba:

—¡El niño tiene que dormir, viejo tunante!

Él me miraba desde la profundidad de sus anteojos.

—¿Qué me contuchi? —decía, soltando otra carcajada.

Después de un ataque cerebrovascular, abandonó la bebida para siempre.

Y ya no fue el mismo.

Un siquiatra le recetó pastillas y andaba a los tumbos por la casa.

La abuela se convirtió en su enfermera y le preparaba, puntualmente, el vaso con agua para los remedios. Lo acompañaba a la cama cada vez que, a las siete del atardecer, a él le daba sueño. Y también, diariamente, al corralón para que pudiera atar sus alambres en rollos de veinte vueltas.

Ya con un principio de Alzheimer, el abuelo Pancho quería pasar la mayor parte del año en Mar del Tuyú. Allí se sentía más cómodo, en compañía de su hija mayor y su yerno preferido. Periódicamente, volvía a Merlo para hacerse estudios y se deprimía.

Antes de emprender uno de esos viajes, me hizo una pregunta: quería saber si tirándose de la escalera todo acabaría pronto.

Intenté disuadirlo diciéndole que se quebraría, que le dolería mucho, y que no alcanzaba.

—Morir no es tan simple —le afirmé con seriedad.

Sin embargo, al poco tiempo, murió. De una forma absurda, como suelen morir las caricaturas. Imagino la secuencia como en una historieta. El abuelo Pancho es una figura redonda, de gruesos y oscuros anteojos, encerrada en un recuadro donde un camión circula marcha atrás. Es un camión de su propio negocio. En la segunda viñeta, la mole se aproxima. El abuelo Pancho contempla la enorme culata, mientras un globo de pensamiento muestra dos alternativas. Y en el siguiente recuadro, a punto de ser arrollada, la caricatura se ríe a carcajadas. Es el abuelo Pancho, quien se ríe de sí mismo, de una vida en la que nunca logró decidir nada. Ni siquiera algo tan simple: apresurar el paso o quedarse esperando que el camión siga retrocediendo hasta que aparezca la palabra FIN.

XI

Villa Lugano, 1979

NUNCA HABÍA MANEJADO el colectivo con tanta lluvia. Eran las nueve de la mañana y las luces de la avenida continuaban encendidas. La gente se amontonaba en las paradas con los pantalones arremangados. El agua caía a baldazos contra el parabrisas. Por el espejo adornado con firuletes, se lamentó al ver el barro acumulado sobre la alfombra. Cuidaba el colectivo como a un hijo. Cada domingo se pasaba tres o cuatro horas limpiándolo. La Mari le hacía compañía. Escuchaban canciones de Sandro y Leonardo Fabio. Cuando él se descuidaba, ella se ponía a lustrar el tablero o a fregar las ventanillas. Él le exigía que se quedara quieta y la Mari se iba haciéndose la ofendida, balanceándose con el vientre enorme, a poner la pava para cebarle mate.

Era un chofer dedicado, prudente, inexorable con los horarios y atento con los pasajeros. Su vocación había comenzado mucho antes de manejar el taxi del sargento: un fin de semana que su padre había salido de caza y él se puso a lavarle el Fiat 1100. Al ver el auto reluciente, y cuando su madre salió al almacén, decidió sacarlo del garaje para dar una vuelta manzana. Era la primera vez que conducía, sintió en el pecho una alegría palpitante.

Aquella aventura duró poco, el coche se le quedó en la esquina y ya no pudo arrancarlo. No sólo había lavado la carrocería, sino también el motor. Abrió el capot, tanteó unos cables, pero no supo qué hacer. Enseguida se detuvo un patrullero. De él bajaron dos policías y le pidieron documento y registro. Como apenas tenía catorce años, se lo llevaron a la comisaría.

Frente al comisario, su madre no paraba de llorar. Intentaron calmarla, diciéndole que sólo se trataba de una travesura de niño. Sus lágrimas se secaron al enterarse que bastaba una firma para sacar a su hijo de aquel lugar. Su padre no tenía por qué enterarse. Era lo único que importaba.

Sin embargo, el auto había quedado retenido. Debían abonar una multa exorbitante, y sólo podía retirarlo el titular. No hubo ruegos ni llantos que alcanzaran. Para su madre era una catástrofe familiar.

Cuando el domingo por la noche su padre regresó de la cacería, lo vio entrar espiando por la ventana de su pieza. Luego, escuchó su voz ronca, preguntando: dónde cazzo está el auto. Un aroma salvaje a sangre y cuero se esparció por la casa. Salió del cuarto y se agazapó como una liebre en un rincón del patio. Desde allí, lo escuchó putear a los santos. Mannagia San Gennaro. San Roque Leccaculo. Il cazzo di San Pietro.

Tuvo tanto miedo de la escopeta que huyó a la terraza. Creyó que había comenzado la balacera y se cubrió la cabeza con las manos. Pero eran los ruidos de las herramientas, arrojadas por su padre contra la puerta de chapa del galpón.

Durante un mes, apenas le dirigieron la palabra. Esa condena podría haber sido mucho más severa, si no fuera porque un amigo de la familia era conocido del comisario y logró que anularan la multa.

Recién volvió a manejar en la colimba, el taxi del sargento. Cuando terminó el servicio militar, su padre lo ayudó a conseguir trabajo recomendándolo a un paisano de su pueblo natal, que era dueño de un colectivo de la línea 117.

Allí estaba ahora, conduciendo en el diluvio que oscurecía la ciudad.

Se asustó al ver a su padre haciéndole señas en una de las paradas. Estaba empapado junto a su Fiat 1100. Habían internado a la Mari. Su hijo estaba por nacer.

Por un momento, experimentó un leve mareo. Un vacío parecido al que se siente cuando un ascensor se detiene de golpe. Aún no era la fecha de parto. Con la voz deshilachada, les pidió a los pasajeros que bajaran ahí mismo y esperaran el próximo colectivo. No supo cómo pedir disculpas, simplemente repitió a viva voz:

—¡Voy a ser padre!

Aceleró por la avenida inundada. Su padre lo seguía con el Fiat 1100. Calculó quince minutos hasta el Hospital de Lugano. Cruzó semáforos en rojo. La gente en las paradas lo insultaba levantando los puños.

—¡Voy a ser padre! —vociferaba con la sonrisa temblorosa.

Dejó el colectivo mal estacionado y corrió con el agua en los zapatos. Antes de entrar al hospital, compró un ramo de flores amarillas. Llegó a la recepción sin aliento. La empleada hablaba con una compañera sobre la receta de una torta. Él permaneció un instante mirándola, y enseguida la interrumpió:

—Mi señora está internada... ¡Va a nacer mi hijo!

Sentada en un largo banco, encontró a su madre dormitándose. Aún no había novedades, la Mari seguía en la sala. Él se quedó parado con el ramo en la mano. Su padre llegó minutos después, chorreando lluvia.

A cada médico que veía le preguntaba qué pasaba con la Mari. Nadie daba respuestas concretas y la preocupación se había depositado en su estómago. Media hora más tarde, una enfermera salió de la sala y le explicó:

—Tranquilícese. Están evaluando usar fórceps. El médico pronto le dará el parte. Aquella palabra sonaba mal. El miedo le quitó la voz. Se quedó duro, sin saber qué hacer. Al reaccionar, caminó por el pasillo preguntándole a cualquiera que se cruzaba qué era un fórceps.

—No se preocupe, señor —le comentó una mujer que presenció su espanto—. Son unas pinzas que ayudan a salir al bebé.

Se puso pálido. Tragó saliva.

—¿Es normal o es algo grave?

—Quédese tranquilo. Todo va a salir bien. Ya verá.

El mal presentimiento lo gobernaba. Mencionó a Dios. Rezó en silencio. Las esperas lo atormentaban. Siempre escondían la posibilidad de una mala noticia. Salió a fumar y en la primera bocanada de humo, mirando la lluvia, sólo para distraerse, se acordó del día de su casamiento, en el que llegó a creer que sería un novio abandonado en el altar.

La iglesia estaba repleta de parientes y conocidos, pero la Mari no aparecía. Las miradas apuntaban a él, a su traje gris Christian Dior, cuidadosamente elegido y solventado con horas extras en el colectivo.

—Má... Ya debe estar por llegar —le decía a su madre, que no podía evitar el vicio de dormitarse.

Las gotas de sudor rodaban calientes por su espalda. No sabía qué hacer. Se concentró en un santo pintado en una de las paredes. Habían pasado cuarenta y cinco minutos, un

retraso excesivo aun teniendo en cuenta la tradición que dice que la novia debe demorarse.

Esa misma mañana, don Pancho se había mostrado muy simpático con él: le llenó un vaso con el vino patero que producía con los hermanos, un líquido oscuro y agrio, difícil de tragar, y propuso un brindis para darle la bienvenida a su familia.

—A partir de ahora, dejamos de ser enemigos —le había dicho, mirándolo detrás de los lentes culo de botella, colorado y con una sonrisa tímida.

El sacerdote amenazó con suspender la celebración si la novia no llegaba en los próximos minutos.

Por fin el órgano comenzó a sonar y las puertas se abrieron. La Mari entró del brazo de don Pancho, más hermosa que nunca con el vestido blanco y una larguísima cola de tul serpenteando detrás.

Recién al mediodía, el médico apareció en el pasillo. No había en su cara ningún rasgo que diera pistas sobre el parto.

—¿Lambreta? —llamó, y los tres se levantaron como impulsados por un resorte.

—Felicitaciones —agregó—. Nació un varoncito.

—¡Forza Italia! —gritó su padre.

Su madre llorisqueaba.

—No quería salir por la lluvia —bromeó el médico—. Ya está en brazos de la madre.

Él se quedó mirando el ramo de flores amarillas. Sonrió y enseguida corrió hacia la sala con las pestañas húmedas de emoción.

La Mari abrazaba al bebé.

Damián.

Damián Francisco.

Detuvo sus pasos a los pies de la cama, sin decir nada. Dejó el ramo de flores sobre la mesita de luz. La Mari intentó sonreír, exhausta.

—Es hermoso —dijo con la voz debilitada, ofreciéndole el bebé.

—Damián —murmuró él, levantándolo cuidadosamente —. ¡Damianucho!

La criatura tenía los ojos grandes, oscuros y muy abiertos.

—Soy tu papá —le susurró, apoyándose en el pecho.

Le dio un beso suave y breve. Temía contagiarle alguna bacteria.

Examinó todo su cuerpo. Lo alarmó un detalle. Pero disimuló ante la Mari, que ahora le sonreía al ramo de flores. Parecía no haberse dado cuenta de nada. El bebé se movió en sus brazos. Y comenzó a llorar, agitando unas manitas que eran como dos pequeños corazones.

—¡Este va a ser un mamerito! —exclamó, entregándose a la Mari.

Indagó el rostro de sus padres, pero tampoco parecían haberlo notado. En los brazos de la Mari, el bebé dejó de llorar inmediatamente. Él no pudo disimular su preocupación.

Quiso salir corriendo, consultarle al médico. Ella le acarició la mano.

Entraron sus padres y después don Pancho y doña Margarita. Tíos, cuñados, primos. El bebé despertó dándole rienda suelta al llanto.

—¡Qué hermosura!

—¡Nació con los ojos abiertos!

Cuando el médico se acercó para felicitar a la familia, él lo detuvo en el pasillo.

—¿Qué le pasa al bebé? —preguntó con voz queda—. Tiene la cabeza estirada como un huevo.

—Usted es padre primerizo, ¿verdad? —preguntó el médico con una sonrisa irónica—. Es por el canal de parto, se le va a acomodar sola en unos días. No se preocupe.

El alma le volvió al cuerpo. Regresó a la habitación riéndose solo. Alrededor de la cama se arriesgaban parecidos.

—¡Tiene los ojos del padre!

—¡No, si es idéntico a la Mari!

Él intervino para desviar la conversación. Hablando de las inundaciones. De cómo se había enterado de la internación. Interrumpió a su suegra con un comentario sobre la atención del hospital. Pero era demasiado tarde: su cuñado comentó que el bebé tenía la nariz del nono. No sólo eso, agregó:

—Y la mirada de la nona.

Nadie notó su cambio de expresión ni el paréntesis de silencio. No debía darle lugar a la tristeza. Si ya conversaban de otra cosa. Tampoco debía darle lugar al pensamiento que pujaba, secretamente y con culpa, dentro de él. Un pensamiento vacío, acerca de su propia llegada al mundo: a él lo habían despreciado.

La Mari lo estaba observando con su mirada clara. Le sacudió la mano dos veces, sonriéndole. Él le susurró al oído que la amaba.

El bebé volvió a dormirse.

Ya lo soñaba en la cuna. Ya lo soñaba en la escuela.

—¡Qué lindas flores! —le susurró la Mari—. ¡Con razón tanta lluvia!

Mates III

LO ENCUENTRO DURMIENDO en la silla con los brazos cruzados. Ronca tan fuerte que cualquier caminante insomne podría oírlo desde la calle. Tiene la boca abierta. Se ahoga en el espasmo de su respiración. Tal vez sueña.

Corro la silla y enseguida abre los ojos. Me mira con los ojos enrojecidos y los lentes para cualquier lado. Se reincorpora restregándose la cara.

—Te vas a contracturar. Andá a meterte en la cama —le sugiero.

—Estaba descansando la vista nomás. Poné la pava que tomamos unos mates.

Se da vuelta y mira el reloj que cuelga torcido a su espalda. Son las dos de la madrugada. El silencio es total, apenas interrumpido por el motor de la heladera. A lo largo de la mesa, encolumnadas como naipes de un solitario, veo las partidas de nacimiento que le consiguieron en el Registro de las Personas.

—¿Cómo venís con eso? —le pregunto.

—Es difícil —contesta.

Descubro en sus palabras desaliento, el agobio de dar vueltas en el laberinto de los mismos datos. También descubro el aire de misterio que le gusta imponer.

Prende un cigarrillo. Larga el humo levantando el mentón. Me explica que el problema principal es no contar con el día exacto de su nacimiento. Ni siquiera eso, pienso, sin poder escapar del pesimismo.

Lo anotaron en el Registro Civil con dos testigos, amigos de la familia, que mintieron en forma fehaciente bajo firma que Eduardo Lambreta había nacido en el domicilio donde vivía con los nonos, luego de un parto natural y sin intervención de médicos ni enfermeros.

—La nona siempre decía —continúa papá— que me llevaron del Hospital Rivadavia con veinte días. Se acuerda que era un viernes porque tuvieron que esperar hasta el lunes para anotarme. De ser así, mi nacimiento fue el primero de febrero. Pero hace algunos años empezó a dudar, y a veces te dice veinte, y a veces veintidós.

Es curioso escucharlo hablar de su madre como *la nona*. Me pregunto si son mecanismos de la psiquis. Barreras. Defensas. Acaso las mismas que hacen que la nona no cuente toda la verdad o la tergiverse o simplemente la olvide.

—¿Le contaste algo de la búsqueda?

—¡No! La puedo llegar a matar... con los fantasmas que tiene... ¿Estás loco?

Mientras cebo el primer mate, siento el peso oscuro de su mirada. Levanto la vista y compruebo el examen de sus ojos. Fuma con algo de ansiedad, rodeado de humo. El motor de la heladera se detiene y por un instante todo permanece en silencio. Me mira fijo.

Sacudo la cabeza, cuestionándolo.

—Te hago una pregunta —me dice.

Hace sonar la bombilla, vuelve a pasarme el mate.

—¿Vos notás que tengamos algún rasgo gitano?

Me aguanto las ganas de reír y lo dejo seguir:

—A mí solían decirme que me parecía a Sandro. El cantante.

El polvillo de la yerba me provoca un acceso de tos.

—Epa... Esa tos perruna no me gusta nada.

Sigo tosiendo, no puedo parar. Levanto el brazo. Me sirvo un vaso de agua.

Papá me comenta que cuando fumaba dos paquetes al día, esos ataques le agarraban casi todas las mañanas. Siento los ojos llenos de lágrimas. Respiro profundo. Tomo un poco más de agua. Ya recompuesto, le pregunto:

—¿Encontraste algún dato importante?

—Es difícil —repite, señalando las fotocopias—. Estas son las partidas que me pasó la chica del Registro. Son las que corresponden a los nacimientos que hubo el primero de febrero de 1958 en el Hospital Rivadavia.

Permanece en silencio indagando mi reacción.

—Si no nací ese día, no me sirven para nada. Pero por algún lado tengo que empezar. Es una de las puntas del ovillo.

Toma una de las partidas. La observa un instante con expresión desolada y la posa frente a mí. Le da la última pitada al pucho y lo aplasta contra el cenicero.

—¿Te das cuenta? Son raras. Por lo que leí en Internet, ese hospital fue muy cuestionado. Solían ir madres que no podían hacerse cargo de sus bebés. Chicas jovencitas, pobres, solteras. Algunas trabajaban para familias con guita que no le permitían seguir con la criatura. También había una capilla y las monjas les daban asistencia. Leí que hubo muchas denuncias por irregularidades.

—¿Por robo de bebés?

—No creo... los robos se hicieron más adelante. En esa época era un acuerdo, entre las madres que querían dar el bebé y las familias que lo buscaban.

—Con plata de por medio...

—Seguro. ¡Flor de curro habría! En mi caso, la nona me aseguró que nunca puso un peso. Ellos conocían a una vecina del barrio que trabajaba de enfermera ahí.

Leo en la partida dos nombres escritos en letra imprenta mayúscula: Ángel y Alfredo. No hay inscripto ningún apellido y en los espacios donde deberían estar registrados los datos del padre y de la madre, sólo aparece un vacío.

—¿Cómo se llama la madre? —me interroga, desafiante con el pucho entre los dedos—. ¿Cómo se llama el padre?

La pregunta es retórica. La respuesta es ese silencio color papel.

—Es simple —afirma—. La madre no quiso dar ningún apellido. Se negó y el médico no puede apuntarla con un arma para que lo diga.

Nos miramos. Flotando con el humo del cigarrillo, queda una pregunta implícita: ¿Ángel Alfredo es él?

Y como si leyera mi pensamiento, después de dar otra pitada, agrega:

—Es una de las posibilidades. El médico para cubrirse abrochó en la partida un papel con el nombre y apellido de la madre. Por las dudas, para no tener líos. ¿Ves? —y me señala, enfático, el papelito—. Este sería. Lo firmó y todo: Mabel Montero.

Descarta el papel, agarra otro. Examino sus gestos y sólo encuentro desconcierto y confusión. Me pregunto cuánto de instinto habrá en su búsqueda. Si existe una energía, más allá de las suposiciones, más allá de la documentación. Me aferro a esa posibilidad mágica, menos concreta, pero quizás más potente.

—Es difícil —repite—. Mirá esta partida de nacimiento: Jaime Machado. ¡Debo ser yo! ¡Jaimito, el de los chistes! Acá sólo figura la madre —me dice apretando el papel—. No aparecen los datos del padre. ¿Te das cuenta?

Permanece con la mirada nerviosa en un lugar del papel. Está más flaco. Me preocupa su ansiedad, también la posibilidad latente de la desilusión. Me acuerdo de una anécdota de su infancia que escuché muchísimas veces. Una tía le había prometido una bicicleta roja como regalo de cumpleaños. Esperó el día con impaciencia, juntando cucharitas de helados de distintos colores, que pondría entre los rayos de las ruedas. Las noches previas ni siquiera pudo dormir. Al fin llegó el cumpleaños, pero el regalo no fue la esperada bicicleta, sino un pantalón de jean. Papá me contó que pasó aquel día encerrado en su pieza. El nono, echando puteadas contra su hermana, le aseguró que él mismo, luego de que cobrara, compraría la bicicleta. Ni eso aplacó sus lágrimas, porque decía que, si no iban pronto, prontísimo, la bicicleta roja sería vendida.

—Esta partida tiene un apellido raro —menciona papá—. Por lo que estuve averiguando en Internet, es de origen irlandés. Arnaldo O' Jara. Suena importante. A ricachón. Imaginate, nos vamos para arriba. ¿Me ves algo de irlandés vos? ¿Cómo son los irlandeses?

No sé qué decir. Me levanto a calentar el agua. Le cambio la yerba al mate.

—Igual —dice—, por lo que apareció en una página, este irlandés tiene domicilio en un lugar bastante fulero. Por Villa Insuperable. No conviene.

Nuestras risas se deslizan en el silencio como una ola. El mar no se escucha. Su eco persistente no llega hasta la orilla de nuestra madrugada.

—Mirá esta otra. María Ortúzar. Casada con Ramón del Valle. La busqué en el Facebook. Encontré a una mujer de cincuenta y tres años. Una tal María Rosa del Valle. Por la edad, seguro que es la hija. Una posible hermana.

Enciende la notebook y se queda pensativo con la mano en el mentón. Noto el desgaste en las teclas, papelitos con anotaciones, flechas y diagramas.

—Pero no creo —agrega—. Es raro que después de lo mío, hubiesen seguido juntos y encima teniendo una hija al poco tiempo. No sé. Son todas suposiciones.

El motor de la heladera arranca otra vez. Cuento siete colillas en el cenicero.

—Acá está con la madre, o la tía, andá a saber —continúa papá y gira la notebook hacia mí—. Son parecidas. ¿Ves? Miralas bien. ¿Les notas algún parecido conmigo? Mirame. Mirame bien, eh... Ahora mirá la foto.

Prende otro cigarrillo. Me concentro en la foto. No veo ningún parecido entre él y las dos mujeres. Ni una sola semejanza. Nada.

—Puede ser la forma de la nariz.

Miento porque no puedo resistir el peso de sus ojos, ni su apetito de esperanza. Creo que se da cuenta. Sonríe. Va a decir algo más, pero de pronto se calla. Fuma con pitadas largas y profundas.

—¿Vos notaste algún parecido? —le pregunto.

—No. Ni cerca. El agua y el aceite.

—Tomá el mate.

Manotea otra partida y la contempla como un novio extasiado entre cartas viejas.

—Haceme acordar que mañana te de las pastillas de la nona —dice—. Las tenés que poner en los tarritos blancos que están en el primer cajón de la alacena.

Miro el reloj de pared.

—¿Vos cuál sentís que puede ser? —lo interrogo—. ¿Alguna te llama la atención?

Papá se da vuelta. Mamá sale de la habitación con un camisón gris. Atraviesa el comedor con sus piernas blanquísimas y las medias arrugadas encima del tobillo. El pelo despeinado, la cara adormilada.

—¿Todavía levantados? —pregunta con los ojos entrecerrados—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro —contesto—. ¿Querés un mate?

—No, ya me vuelvo al sobre. ¡Váyanse a dormir!

Entra en el baño y sale enseguida, desanda el camino con pasos cortos y rápidos.

—Sentate, Pirula —le dice papá, guiñándome un ojo— Tomá un mate con nosotros.

—¡Están locos!

Papá me cuenta que pasó meses con un dolor permanente en el costado del abdomen. Dice que creía que era el hígado o el páncreas. Algo grave e irreversible. Hasta que un día, en medio de la noche, despertó con su propio ronquido y descubrió que mamá le estaba dando un codazo entre las costillas.

—¡Sos peor que una motosierra! —le digo—. No sé cómo hace para dormir con vos.

—A veces, Ulises se queda en el sillón, mirando los dibujitos hasta tarde. Yo hago los precios o estoy con la computadora. La otra noche me desperté y lo vi parado en la silla, tapándome la boca y quejándose que no escuchaba nada por los ronquidos.

—¿Se enfrió el agua?

—No, para nada. Está bueno.

Manotea otra fotocopia. Frunce el ceño.

—Este tiene un apellido serbio, o de por ahí —comenta—. ¿Te conté que de joven me decían que era parecido a Sandro?

—Hace un rato me lo dijiste.

—A él le decían El Gitano... Y nosotros tenemos rasgos de gitanos, ¿o no?

Me sigue preguntando con los ojos. Luego mira la partida.

—Igual no creo que este sea el caso. Lo tengo casi descartado. En la partida pusieron que el bebé falleció en el parto.

El olor de los cigarrillos me revuelve la panza. El cansancio comienza a aturdirme. Me cuesta ordenar los datos. Gitanos. Irlandeses. Enfermeras. Monjas con criaturas en los brazos.

—Esta otra es un misterio —señala una de las partidas en el costado de la mesa—. Rosa María Soutandal. No encuentro ningún dato. Ni dirección ni teléfono. No aparece en Internet. Puede ser que haya muerto hace mucho. Puede ser que se haya ido del país. Ni siquiera figura en el padrón electoral.

Suspira, se agarra la cabeza. Este padre que es mi padre, ahora me recuerda a Leo en una noche larguísima de la infancia, la misma expresión confundida, mientras con papá intentábamos enseñarle la hora.

—¡Me metí en una! —se lamenta—. ¡Andá a saber lo que voy a encontrar! Si es que encuentro algo. Capaz sea un cadáver en vida o una vieja loca de remate.

Tomo nota de su pesimismo. No conozco a nadie más alarmista. En ningún momento mencionó la posibilidad de encontrar una madre a la medida de sus deseos. Una anciana

cariñosa y dispuesta a quererlo, a saldar deudas y recuperar el tiempo perdido.

—¿Te pusiste a pensar que, además de un montón de cosas, también cambiarías de signo? Pasarías de Piscis a Acuario.

—Sí, ya lo pensé. Lo malo es que sería veinte días más viejo.

—Haberlo sabido antes —bromeo con saña—. Siempre me alejé de la gente de Piscis, creyendo que serían como vos. ¡Y ahora resulta que sos de Acuario!

Intenta sonreír, pero su mueca queda a mitad de camino. Enseguida, me arrepiento del chiste. Su sensibilidad está a flor de piel.

—¡Era una broma, che!

No contesta. Fuerza la sonrisa. Piensa. Piensa. Lo apuro con el mate.

—Tengo pensado viajar con mamá a Merlo —comenta tras un instante—. Seguro nos enganchemos con vos. Nos quedamos unos días en la casa de la abuela Margarita. Desde allá es más cómodo para moverme...

Le echo un vistazo a la hora. Ha sido un día largo. No puedo contener el bostezo.

—¿Mañana almorzás con la nona?

Es otra pregunta retórica. Asiento con la cabeza.

—No le digas nada que nos vamos a Merlo.

—Zitto, zitto, no dice niente —replico con el dedo en los labios.

Amago a levantarme y me clava la mirada.

—¿Sabés que conversé con varias personas con casos como el mío? En foros. Por Facebook. La mayoría tiene mucha bronca con sus padres adoptivos. Yo no. Ellos no tienen la

culpa. Querían un chico y no lo podían tener. Una vecina los ayudó...

Lo interrumpo diciendo que seguramente sean casos diferentes.

—Muchos deben estar vinculados a la dictadura —digo, sabiendo que no revelo nada que él no sepa—. A la apropiación de bebés.

—Puede ser. Pero también algunos descargan el odio con quien tienen más a mano. Hasta les hacen juicios... Yo no soy así. Por eso me tatué esto.

Se arremanga y vuelve a mostrarme el tatuaje del brazo.

—Tengo que ser justo. La balanza para los dos lados igual. Los nonos habrán sido analfabetos y locos, pero me criaron y nunca me faltó un plato en la mesa.

Me quedo callado. Su gratitud, la falta de rencor: de eso tengo que aprender.

Es tarde. Me levanto para irme a dormir.

—Es simple —agrega—. Yo solamente quiero saber quién soy.

Un sábado de otoño

PAPÁ Y MAMÁ CERRARON EL ALMACÉN al mediodía y nos fuimos a casa a almorzar churrascos con ensalada, entre nubes con olor a grasa. De postre mamá peló mandarinas. Se fueron a dormir la siesta. Leo y yo jugamos en el patio, al principio haciéndonos mímica para que no nos reten, deslizado burlas que pronto comenzaron a incluir susurros. Y más tarde voces elocuentes. Finalmente, gritos, alaridos de mi hermano, cuando ya no me aguantaba.

Abrían el negocio a las cuatro. Papá estaba cargando mercadería en la camioneta, cuando, inesperadamente, mamá me preguntó si quería ir con ellos o quedarme. La miré incrédulo. Demoré algunos segundos en contestar lo que era una respuesta obvia, instantánea.

Estar solo en casa. Saborear la libertad como si fuera un caramelo.

Desde las cuatro hasta las nueve y media de la noche. Un sábado de otoño.

Papá me escribió un listado de las cosas que no podía hacer. Anotó dos números de teléfono para que llamara en caso de cualquier problema.

Leo quiso quedarse, pero se fue con ellos en el Rastrojero recién pintado. *La naranja mecánica*, le decían los pibes

en la cuadra. Los vi desde la ventana del comedor y sonreí agitando la mano, como si fuera yo el que me estuviera yendo, no a trabajar, sino de vacaciones.

Cuando la culata de la camioneta se perdió dejando una estela de humo gris, acaricié mi próximo movimiento. No me quedé quieto ni un segundo. Enseguida empecé a correr desde el comedor hasta el galpón. Una y otra vez. Desde el comedor hasta el galpón. Igual que un loco.

A la hora, estaba cansadísimo. Me zambullí en la cama grande de papá y mamá. Y como esa sensación me gustó, volví a lanzarme algunas veces más, primero corriendo y saltando, después desde arriba de una silla, imaginándome un trampolín.

Me quedé quieto. Acostado sobre un montón de almohadones, mantuve la atención en la luz verdosa que derramaba la parrasobre la ventana. La parras, el patio. ¡La pelota! Corrí en busca de la pelota. ¡Cómo la había olvidado! Me puse a patear contra el paredón de la escalera, que, de tanto pelotazo, las rajaduras parecían las venas de un sistema circulatorio.

Si estuviera Leo habría un arquero, pensé con la pelota en la mano. Si estuviera Leo el día sería mucho más divertido.

Me serví gaseosa y anduve caminando por la casa. Por momentos, oía susurros imposibles y me reía de mi espanto inicial.

—No seas mariquita —me decía.

Entré al galpón desafiando el miedo que me provocaban las ratas corriendo por los tirantes. Subí a la terraza y observé la cuadra como un francotirador. Al rato, sonó el teléfono. Corrí por las escaleras y atendí. Era la voz de mamá. Noté cierta inquietud y quise tranquilizarla. Le conté que estaba tomando la leche, que todo iba bien.

A las cinco, miré a *Alf* y cuando terminó me aburrí de cambiar de canal.

Agarré un libro de Julio Verne y durante un par de horas me entretuve con aventuras marinas. Cuando levanté la mirada del libro, era de noche. Aquella oscuridad repentina destacó el silencio de la casa. Un silencio como de fiebre.

A las nueve, me planté frente a la ventana, a esperar el Rastrojero. En la calle aparecían haces de luz llenándome de falsas expectativas. Ya me había acostumbrado al silencio y el timbre del teléfono me sobresaltó. Mamá llamando desde una estación de servicio, diciendo que habían pinchado una goma, que iban a llegar más tarde.

Le aseguré que todo seguía lo más bien.

Volví a la cocina. Encendí la tele otra vez. En canal once pasaron *Tootsie* con Dustin Hoffman. Una comedia que me hizo reír, aun cuando el eco solitario de mi risa me resultaba inquietante. A las once, *la naranja mecánica* no aparecía. En la pausa comercial, corría hasta la ventana. Los haces de luz aparecían y desaparecían. La película terminó y pasaron el himno y aún seguía solo.

El miedo comenzaba a divertirse conmigo.

Por fin escuché la puerta de la calle. Me acerqué a la ventana. Pero no vi la camioneta. Entró mamá con Leo. Ella con la nariz lastimada y charcos en la mirada, mi hermano más serio que de costumbre, con una mueca de cansancio en los labios.

—No te preocupes que está todo bien —dijo mamá—. Tuvimos un accidente yendo para el negocio. Papá está internado... Quedate tranquilo que no le pasó nada...

Se forzaba por mantener la calma. Quería explicarme algo, pero no sabía cómo hacerlo. Temí lo peor.

—Se quebró la pelvis —explicó Leo, con una voz, repentinamente, adulta.

Pelvis. Ni siquiera supe de qué me estaba hablando. Hice lo posible por no llorar. Por mi mamá. Por mi hermanito.

Papá.

En el hospital.

Internado.

Lloré de un modo exagerado.

Leo me apoyó la mano en el hombro. Mamá se fue al baño.

Un auto cruzando el semáforo en rojo a más de ochenta le dio en la puerta a papá. El Rastrojero se deslizó media cuadra. Menos mal que llovía, sino volcaban. Mamá se aferró a Leo en un abrazo interminable. Gritos y estallidos de vidrio. Papá en la ambulancia. Papá internado. Mientras yo jugaba en casa.

A la mañana siguiente nos tomamos el 117. Mamá nos contó, una vez más, que era la línea donde papá había trabajado en sus primeros años de casados. Bajamos frente al hospital Santojanni. Atravesamos un pasillo con pequeñas salas desbordadas. Se sentía olor a enfermedad. Quizás era olor a muerte.

La habitación de papá estaba con la puerta abierta. Había imaginado una escena trágica, con vendas ensangrentadas, una pierna con yeso, levantada sobre un triángulo de metal, una máquina controlando la frecuencia cardíaca. Pero papá ni siquiera estaba en pijama. Seguía con su camisa rayada verde agua, diciéndome:

—Loquito, menos mal que te quedaste en casa. ¡Qué cagazo, loquito! ¡Ay, qué dolor! No es nada, fue una desgracia con suerte. ¡Ay!

Había tres camas con ancianos en estado lamentable. Familias enteras, cargadas de perfume entraban a la habitación

para cumplir con la visita. Las voces se mezclaban y sonaban como un coro triste.

—No llores... ¿Por qué llorás? —me repetía papá, acariciándome el pelo—. ¡Sos llorón, eh!

Me contó que después del choque dio unos pasos rodeando la camioneta para ver cómo había quedado, que en ese momento no le dolía nada, solamente sentía la pierna endurecida y la mandíbula le temblaba. Y que Leo había estado parado más de dos horas a los pies de la camilla, mientras mamá hacía los trámites del seguro. Una enfermera le había preguntado si quería una silla y Leo, con la carterita de papá apretada en el sobaco, contestó que no, que tenía que cuidar a su papá.

Habló con mamá del negocio. Quiso saber qué decían los clientes. La Amanda, la Juana, el Chin. Preguntó si le había pagado al fiambrero.

—Vas a tener que ayudar a mamá —me advirtió, con un golpecito en el hombro—. Ya sos todo un hombrecito.

Cuando estaba anocheciendo, se acercó un médico y nos mostró la radiografía. Un hueso ancho de la cadera partido como una galletita. No se podía enyesar ni operar. La prescripción era simple: uno o dos días en el hospital y tres meses de reposo absoluto en casa.

Papá no pudo ocultar la desesperación. En sus ojos se adivinaba el pavor a una silla de ruedas. Intentó decir algo, pero se detuvo. Dudó. Finalmente, se animó a preguntar:

—¿Qué posibilidades hay de...

—Paciencia, va andar bien —interrumpió el médico, sonriéndonos a todos, pero especialmente a Leo y a mí.

En total fueron tres días de internación. Si no se movía, el malestar era tan leve que, por momentos, se olvidaba de

la fractura. En algún movimiento, el dolor reaparecía de un modo feroz. De a poco, fue aprendiendo a lidiar con aquella inmovilidad, pero siempre caía en algún descuido.

Una enfermera le dio una inyección y el movimiento le arrancó lágrimas de dolor. Miró a mamá con cara de sufrimiento y le dijo que nunca, nunca más lo agarrarían desprevenido. Se peleaba con unas monjas que colaboraban en el hospital, diciéndoles que ni Satanás lo iba a mover para cambiarle las sábanas.

Era un buen síntoma: el renacer de su carácter.

La ambulancia que lo llevaría a casa cobraba una fortuna. Papá repetía que de ninguna manera iba a pagar semejante disparate, que para eso tenía obra social. Un enfermero que había visto la escena, le comentó en voz baja que por una propina podían llevarlo en una de las ambulancias del hospital.

—Espero que me entienda. Le ruego discreción —agregó.

Pero el sigilo fue breve como un estornudo. En la primera maniobra hacia la camilla, papá empezó a gritar que le dolía. Cerraba los ojos y aullaba como un animal. Los enfermeros no sabían qué hacer para silenciarlo, le inyectaron un calmante y como el escándalo no cesaba, uno de ellos perdió la delicadeza y le tapó la boca con la mano.

Cuando la ambulancia llegó a casa, ocurrió una secuencia parecida, pero esta vez los sedantes habían hecho efecto y papá nos miraba extraviado, con baba en la comisura de los labios, susurrando que todos éramos unos hijos de mil putas.

Ni bien se enteraron, los nonos se tomaron el primer micro que salía de Mar del Tuyú. Llegaron al otro día del accidente. Yo estaba en la pieza con papá y desde allí oímos el lamento de la nona. Lloraba y balbuceaba que iba a desmayarse. El nono, en cambio, entró a la habitación sin saludar. Se quedó

allí, parado a los pies de la cama con el equipaje colgando de sus manos. Fue la primera vez que lo vimos llorar. Arrugó un poco la nariz, como si intentara retener el sollozo que de todos modos lo desbordó.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó papá, un poco en broma, un poco en serio—. Volvé a pescar. Si la saqué bara...

Y las palabras por la mitad, quebradas como su pelvis. Era una visión demoledora que su padre llorara de esa manera por él: un enorme árbol viniéndose abajo.

Se quedaron con nosotros, como cuando éramos más chicos y vivíamos todos juntos. Hacían la comida, atendían a papá. Siempre había un caramelo para Leo y otro para mí. El hecho de que estuvieran otra vez en casa fue lo más lindo de aquellos días que transcurrieron entre la escuela, el almacén y la pieza de papá donde jugábamos, hacíamos los deberes y mirábamos películas.

Desde la cama y en unas cuantas hojas, papá delineaba el quehacer diario para cada integrante de la familia. Era una planificación detallada. Día a día. Hora a hora. Escrita con viñetas y recuadros.

En el almacén, mamá se desenvolvió sin problemas. Aunque a cada rato la veíamos echando mano a la cartera, repasando los procedimientos para que las cosas salieran de acuerdo a lo previsto por papá. Leo y yo ayudábamos acomodando la mercadería. Cuando se amontonaba gente, también atendíamos.

A las nueve y diez, cerrábamos la cortina con candado y caminábamos rápido hasta la parada del 85. Llegábamos a casa a las diez, llenos de noche.

También había una tarea desagradable que cumplíamos entre todos. Consistía en vaciar en el inodoro el papagayo

que papá llenaba con su orina. Desde esos días, siento cierta repulsión por el jugo de manzanas. Pero la nona se llevaba la peor parte: la administración de la chata.

De a poco, fuimos recuperando el ánimo. Una de esas noches, al finalizar la programación de la tele, saludé a papá con un beso y desperté a Leo que dormía acurrucado a sus pies. Fui al baño, oí risas y regresé. Encontré a Leo semidormido, parado como un autómatas frente a la pared, acariciando la tecla de la luz, sólo acariciándola.

—¡Apagala! ¿Me escuchás, zombi? ¡Apagala! —gritaba papá, sin poder contener las carcajadas. A cada una, le correspondía un gemido de dolor.

Mamá, a su lado, se despertó y también comenzó a reír con los ojos cerrados.

Leo se dormía parado y esas risas fueron como la primera luz del día.

Las cosas comenzaban a enderezarse.

Hubo más risas. Una mañana en que los nonos fueron al Mercado Central, papá me alentó a que llamara a un programa de radio de música italiana y pidiera un tema dedicado a ellos. Decidimos que fuera una canción de Domingo Ventrici que el nono solía silbar cuando andaba contento. Llamé y nos quedamos amontonados en la habitación, esperando que mencionaran la dedicatoria. Ese momento llegó en el último bloque del programa. Pero el locutor se equivocó. Anunció que Damián les dedicaba una canción a sus novios. Una estupidez que provocó el rebrote de las risas. Papá, que había grabado todo en un cassette, quiso editar el error antes que volvieran los nonos. Y luego que el locutor dijera: *Damián les dedica una canción a sus no...* se escuchaba un *nos* grave y grotesco, grabado encima con la voz de papá.

Se levantó antes que se cumplieran los tres meses. El nono lo sostuvo como a un niño que aprende a caminar. Papá decía que se mareaba, gritaba que le dolía. Pero estaba parado otra vez.

Verlo con muletas también me hizo llorar. Fue una imagen imborrable, aunque, también, el comienzo de la verdadera y definitiva recuperación.

Al cabo de un par de semanas, se ayudaba de un bastón, y en un puñado de días, ya andaba por el patio sin asirse a nada.

Los silbidos del nono volvieron a escucharse por la casa. La nona le prendió una vela a la Virgen Doloratta. Mamá lloró de emoción. Y yo también lloré. Pero sin hacerme ver, en un rincón del terreno, donde ocultaba el frasco con mis arañas.

Fue Leo el que pronto descubrió mi escondite. Llegó corriendo y se quedó mirándome, con la pelota en la mano. Como yo no decía nada, me hizo un pase.

—Vamos a jugar —me dijo sonriendo— ¿No ves que ya está bien?

XII

Merlo, 2013

LA NOCHE ANTERIOR NO PUDO DORMIR. Los relámpagos encendieron la madrugada. Observó cada chispazo en la oscuridad de la pieza, boca arriba con un brazo debajo de la cabeza, recapitulando momentos de su vida. Estaba en la casa de doña Margarita. Las sábanas tenían un perfume particular. La Mari lo destapaba con cada movimiento. El despertador sonó a las siete y aún continuaba despierto.

Bajo la ducha, susurró las palabras, rigurosamente seleccionadas, que más tarde tendría que pronunciar. Las ensayó una y otra vez, como si fuera el texto de una obra de teatro. Contempló su semblante en el espejo.

—Rasgos de gitano —pensó, mientras se afeitaba.

La Mari y doña Margarita lo esperaban con el desayuno listo: mate, tostadas, dulce de higo y queso para untar. Se sentó en la cabecera, donde solía sentarse don Pancho. Desde allí, experimentó su perspectiva: de un lado el televisor y del otro la puerta corrediza que separaba el comedor del living.

Le costaba tragar, sentía las migas de las tostadas raspándole la garganta. En el noticiero, anunciaron que la tormenta se extendería toda la jornada. Sin embargo, su entusiasmo no decayó. Después de tanto tiempo,

contaba con seis posibilidades, seis nombres y apellidos, seis direcciones, anotadas en su agenda de cuero marrón.

Uno de los nombres podía ser el de su madre.

—Me voy —le dijo a la Mari, dándole un suave pellizco en la mejilla.

Apenas había podido comer una tostada. Ella le dio un mate más, silenciando las palabras sobre el clima y esperar a que parara un poco.

—Cuando puedas llamá, eh —le dijo.

Doña Margarita manifestó un reproche blando y breve: no se podía andar en la calle con ese temporal de locos, que se iba a enfermar. Pero al ver que su yerno manoteaba la campera, decidido y con ímpetu, le deseó suerte.

—Tranquilo —agregó la Mari, cerrándole la campera—. La vas a encontrar.

Ella y doña Margarita se quedaron debajo del alero, ambas sonriéndole detrás de las gotas, mientras él, apresurando el paso, subía a un remis.

Le pidió al chofer que lo llevara a la Estación de Merlo. Pagó el viaje y cruzó la calle hasta un locutorio. Todavía era temprano y quería recabar algunos datos más.

La empleada masticaba chicle abriendo la boca con desmesura. Tenía un tatuaje en el cuello y él le preguntó si le había dolido. Ella le respondió que no mucho y él se arremangó para señalar su balanza.

Luego pidió una cabina de teléfono para no usar el celular de La Costa que, además de caro, se cortaba por falta de cobertura. En el pequeño cubículo de vidrio, apenas cabía parado. Desde allí, contempló el movimiento de la avenida, cientos de personas, cientos de paraguas e historias. Él nunca usó paraguas. Y además le faltaba una parte de su historia.

Ahora contaba con una lista de seis nombres, seis posibilidades, como un dado en el cubilete de sus manos.

Uno de esos números, podía llevarlo hasta los brazos de su madre. El primer teléfono era el de María Ortúzar. Lo había obtenido en una página de Internet. Se quedó con el tubo apoyado en la oreja, sin marcar, repasando lo que iba a decir. Cerró los ojos y respiró profundo. Se preguntó si atendería la madre o la hija. Había fijado en su memoria la foto del Facebook. Tragó una saliva espesa, endurecida por la sequedad de la boca. A pesar de la ansiedad, presionó cada dígito lentamente. Escuchó el sonido estirado del tono. Pero nadie atendió.

Dejó pasar unos segundos y volvió a llamar. Esta vez descolgaron enseguida: una mujer de voz suave y juvenil. Especuló otra posibilidad:

¿Sería su hermana?

Ese pensamiento lo atascó. Un cúmulo de sudor nació en su frente.

—Hola. ¿Quién habla? —repitieron del otro lado.

Titubeó al preguntar por la señora María Ortúzar. No tenía aliento, se le había secado la voz. Esperó indefenso, como si lo amenazaran con un disparo a quemarropa.

—¿Quién habla? —ahora con impaciencia y desconfianza.

Por un puñado de segundos, se abrió la herida del silencio. Se sintió tentado a responder que era su hijo quien llamaba. Le causó un instante de gracia ese pensamiento.

En lugar de eso, hizo una síntesis en la que mencionó la búsqueda de su madre biológica. Intentó ser calmo, claro en el modo de decir. Tanto ensayo frente al espejo, no había servido de nada. Su voz iba tropezando por delante.

La mujer lo escuchó sin interrumpir. Era María Rosa. Seguramente la mujer de cincuenta y tres años que había

encontrado en Facebook. Por su modo de hablar, parecía maestra. Ella le explicó que su madre había tenido un hijo en el año que él mencionaba, que ese hijo se llamaba Raúl, su hermano mayor, y vivía a dos cuadras de allí con su esposa e hijos.

Pidió disculpas por la molestia, mientras tachaba con una lapicera roja aquel primer nombre de la lista. Agradeció la amabilidad. Cuando cortó, una sensación de vacío lo embriagó. Era una lástima que aquella mujer, de tono dulce y comprensivo, no fuera su hermana.

Abrió la puerta de la cabina para que entrara aire. Sonrió a la empleada que masticaba chicle y contemplaba la lluvia desde su butaca.

El segundo nombre escrito en la agenda correspondía a Carmen Ivaniševic. La partida del apellido serbio. El médico había certificado que el bebé había fallecido en el parto. Aun así, llamó. Podía tratarse de un dato falseado.

Marcó el número, otra vez con exagerada cautela. Atendió un hombre de voz ronca y lánguida. No pudo evitar atribuírsela a un hermano débil de carácter. Un hermano con pocas ambiciones. Tal vez un oficinista. De alguna manera, imaginó una personalidad opuesta a la suya.

Después de explicar el motivo del llamado, después de mencionar la partida de nacimiento y aquel deceso durante el parto, recibió una contestación quebrada, inundada de lágrimas. No era el hijo de Carmen Ivaniševic quien lloraba, sino su marido: el padre del niño que nació muerto. Entre tanta voz mojada, lo único que dejó claro el hombre fue que ese hijo falleció en el parto. Y que hacía apenas un mes, había sufrido otra pérdida al quedar viudo.

Antes que pudiera pedir disculpas por el llamado, antes de darle el pésame, el hombre de voz ronca y lánguida cortó la comunicación.

En su pensamiento se acumulaba la confusión.

Permaneció sudoroso, quieto.

La empleada seguía rumiando su chicle, en la butaca, sin disimular la curiosidad por esos llamados que entretenían su mañana.

El tercero era Rosa María Soutandal. Seguía sin contar con el número de teléfono ni la dirección. No aparecía en la guía ni en ningún explorador de Internet.

Tal vez vivía en otro país.

Tal vez esté muerta.

Tal vez sea su madre.

Una vez más, como en tantos momentos de su vida, experimentó el vértigo de sentirse atrapado en un carrusel enloquecido, mientras el resto del mundo no hacía más que contemplarlo. Recuperó el aplomo: el día apenas comenzaba. Faltaba mucho por recorrer.

En los otros dos nombres que restaban, tampoco había conseguido los teléfonos, aunque sí las direcciones. Probó con la cuarta de la lista. Pero la operadora informó que el número solicitado no correspondía a un abonado en servicio. Decidió ir, directamente, a la dirección que le había dado la chica del Registro, era en Villa Insuperable.

Cuando abandonó la cabina, la empleada arrojó el chicle en un cesto y le indicó el importe a abonar. Pagó con cambio y dejó el vuelto de unas monedas.

Antes de salir a la calle lluviosa, oyó la voz tímida de la chica:

—Ojalá la encuentre, señor.

El roble

FUE EN VACACIONES DE INVIERNO, el nono estaba en cama. Mamá le apoyó la mano en la frente y susurrando, como en secreto, le preguntó si había tomado frío.

—Dejá que hable yo —vociferó papá a su lado.

Hizo una pausa, corrió las cortinas y disparó con tono de policía irritado:

—¿Estuviste cortando leña?

Entre estornudos, el nono demoró la respuesta. Tenía la cabeza abrigada con el gorro que mamá le había tejido el invierno anterior. Las frazadas hasta el cuello. Ya era mediodía y no quería levantarse. ¡Tan mal se sentía! La nona se acercó con una taza de leche con miel. Papá la encaró:

—¿Estuvo cortando leña?

La nona posó la taza sobre la mesita de luz y cuando se dio vuelta los ojos de papá aún la indagaban. El silencio de su respuesta fue demasiado evidente. Papá la acorraló y la nona resistió la posición, contestando que *no* con un murmullo vacilante. Su expresión la contradecía. El nono le echó una mirada satisfecha.

—Tenés fiebre —dijo papá—. Vamos a ir al médico.

El nono se atrevió a decir que no hacía falta, que en la guerra había cruzado ciudades enteras con más fiebre que esa. Y con nieve hasta las rodillas.

—¡No tenés veinte años! —gritó papá—. ¡Te dije mil veces que no cortaras leña!

Ladró un perro en algún lugar lejano. Soplaba el viento. Y desde un rincón de la habitación, surgió el llanto, incontenible y sigiloso de la nona. Apretaba un pañuelito arrugado contra la nariz. No aguantó más y confesó: el nono orinaba sangre desde hacía una semana.

Por un momento, nadie respiró. El aire quedó enmudecido. Todas las miradas apuntaron a papá. Sus cejas se crisparon y las aletas de la nariz palpitaron en una respiración rabiosa. Endureció la mandíbula como si tensara la cuerda de su voz. La mentira lo enervaba. La mentira era más grave que cualquier problema de salud.

Sonó el teléfono en el comedor y fui a atender. El griterío no me dejaba escuchar, pero de todas maneras era una llamada equivocada. Mamá apareció ladeando la cabeza. Papá continuó despotricando, ahora en la puerta de la pieza, mientras la nona arropaba al nono para ir al médico.

A los pocos minutos, salieron como dos criaturas en penitencia. La nona estrujando el pañuelo. El nono, debajo de los pulóveres, no paraba de temblar. Dio unos pasos lentos y calculados y enseguida se sentó en el sillón. Nunca lo habíamos visto tan débil. Papá hizo un alto en los reclamos. Su escasa paciencia desbordaba de ira, pero su rostro mudó al miedo. El nono se puso de pie, pero enseguida se derrumbó en los brazos de papá, como un roble gigante que cae sobre los árboles de un bosque.

Tres años atrás un médico le había detectado corazón grande. Parecía una metáfora, pero no lo era. Le prohibieron hacer cualquier esfuerzo. Sobre todo, cortar leña. Papá se lo repetía cada vez que hablaba con él. A veces con paciencia, como dando una clase de medicina. Incluso, llegó a incautarle el hacha y para dejarlo conforme encargó un camión de quebrachos. El galpón desbordaba de troncos. Había leña para diez inviernos.

En el hospital de Mar de Ajó, se confirmó lo que todos sospechábamos. El nono había estado hachando. También nos enteramos de algo más: una astilla había lastimado su rodilla. Durante dos semanas, la nona había lavado la herida con jabón blanco. El médico explicó que sin antibióticos las bacterias habían avanzado sin dificultad. Un rasguño se convirtió en una infección. Y el nono comenzó a orinar sangre.

Estuvo internado cuatro largos días. En la sala, apenas quería comer. Las enfermeras le hacían bromas, pero él abandonaba la mirada en el goteo incesante del suero. Sólo sonreía cuando dormía. Contaba que, en sus sueños, era joven y caminaba entre plantas de tomate o paseaba con la nona por calles italianas. Cada vez le resultaba más difícil despertar.

Necesitaba el aroma de la tierra.

Tenía alma de campesino.

El médico no dudó en firmar el alta. Había que evitar la depresión y el riesgo hospitalario. Recetó un arsenal de medicamentos e indicó que el nono continuara el reposo en su casa. Cuando papá le dijo: levántate que nos vamos, al nono le cambió la expresión.

—¡Forza Italia! —celebró, levantando un puño.

Hasta piropó a las enfermeras. Si en aquel momento le hubieran hecho un análisis, seguro gozaría de más salud que cualquiera de nosotros.

Papá dio órdenes estrictas para el cumplimiento de la prescripción médica. Para que no quedara ninguna duda, por momentos, levantó el tono de voz. El nono debía mantener la pierna quieta y levantada, tomar la medicación puntualmente y no volver a cortar leña por el resto de su vida.

La nona encendía el fuego desde temprano y, durante el día, nos encargábamos de alimentarlo como una venganza contra la leña.

Me pasé las vacaciones de invierno sentado en una silla de mimbre, al lado del sillón, preguntándole al nono sobre Italia, la segunda guerra y su llegada a la Argentina. Fui un enfermero activo. Papá llamaba por teléfono diez veces por día, pidiendo el parte médico.

El nono comenzó a repuntar. Rememoraba unas colinas de su adolescencia, por las que una noche escapó de un policía que intentó confiscarle una pandereta.

—Corrí como una liebre, cuatro o cinco kilómetros por las montañas— decía.

Se acordó de los chocolates que lo indigestaron al finalizar la guerra. Fue lo único que agradeció a los americanos.

Conversaba vehemente.

Había nono para rato.

Leo cerraba el negocio al mediodía y almorzaba con nosotros. Leo era su nieto menor. El peón de albañil que el nono más valoró en toda su historia de capataz. También, su compañero ideal cuando jugaba al tejo. En definitiva, el más parecido a él. El predilecto.

El nono hablaba y hablaba con un entusiasmo sanador. En tren de su voz, desandamos el tiempo en que los nonos se mudaron a Mar del Tuyú y levantaron con sus manos esa misma casa en donde estábamos. Habían pasado casi quince años.

También fue en vacaciones de invierno cuando nos quedamos con ellos. Yo tendría diez años y Leo siete. Algunas noches íbamos al muelle, tan abrigados que apenas podíamos movernos. Los pejerreyes en el balde, parecían inquietas espadas de hielo. Regresábamos los tres, de madrugada, por calles de arena, oliendo a pescado y rocío de sal. La nona nos recibía con una taza de café caliente y grapa y reproches por las altas horas y el frío. Con la casa aún a medio hacer, los cuatro dormíamos en un cuartito de chapa. Cuando llovía, las gotas eran un murmullo metálico y permanecíamos acurrucados en la cama, calefaccionados por una cocina a leña y comiendo pan tostado con manteca y miel.

Fueron unas vacaciones felices. Luego, volvíamos en verano. No soportábamos esa distancia que había impuesto la mudanza de Lugano a Mar del Tuyú.

El nono deshilachaba su voz con recuerdos y nos parecía, a Leo y a mí, que, mientras él conversara, la inmortalidad era posible.

Al atardecer, la fiebre retornaba con violencia. Era un ataque tramposo, aparecía cuando menos la esperábamos. El nono se cubría la cara con la sábana. Yo temía que estuviera entregándose, que no quisiera que lo viera morir. Eso pensaba. Lo destapaba aguantándome las lágrimas.

—¿Qué pasa, nono? —preguntaba, acusándolo.

Él levantaba los hombros y me miraba con ojos febriles, sin decir nada. El silencio se instalaba como una repentina noche de palabras.

Me aferré a una creencia. Era necesario que el nono no dejara de conversar. Volvía a preguntarle sobre la guerra:

—¿Pasaste hambre con los alemanes?

Por un momento, permanecía callado, como si juntara fuerza.

—¡Qué hambre! —exclamaba—. ¡Qué hambre bruta!

Y evocaba el tiempo que había pasado como prisionero de los alemanes, trabajando entre doce y quince horas diarias en una mina de carbón. Una madrugada, junto a un grupo de compañeros, había escapado de su litera para robar comida de la cocina. Nunca, hasta ese momento, había sufrido tanto el hambre. Entre cucarachas y ratones inmensos, sólo pudieron encontrar cáscaras de papa y masa de pan engordada con aserrín. Eran cuatro y comieron ahí mismo, agachados en la penumbra, entre chillidos de roedores.

El nono recuperaba la sonrisa. El recuerdo del sufrimiento lo conectaba con la vida. Yo arremetía con más preguntas. Mientras respondiera, había esperanza.

Terminaron las vacaciones y tuve que regresar a La Plata. —Ponete bien, nono— le rogué—. ¡Qué asado nos vamos a comer cuando vuelva!

Su respuesta se parecía a un pañuelo:

—Si no, voi mangiate, Damianucho.

—¡Tenemos que ir a pescar! —lo alenté.

—¿Ti ricordi la corvina que tiró la caña del fierro? —agregó, sonriendo.

En ese momento, presencié su ilusión. Era genuina. Florecía en su mirada.

Había nono para rato.

En la semana, me enteré que quiso ir a la quinta. Le pidió a Leo que no le contara a papá y lo ayudara a levantarse. Dio dos

pasos y se dio cuenta que ni siquiera podía mantenerse en pie. Aquellas piernas que habían atravesado ciudades con nieve hasta la rodilla, ahora no le respondían. Lloró a lágrima viva sobre el hombro de su nieto menor, su peón más valorado, su compañero ideal de tejo, su preferido, mi hermano.

La fiebre recrudeció y lo volvieron a internar.

El nono se nos iba.

Septicemia, era la sentencia.

No sabíamos lo que significaba, pero parecía una mala palabra. El nono era un roble con la savia enferma.

Él lo supo sin que nadie se lo mencionara. Cuando le sacaron sangre, observó aquel líquido oscuro.

—Esa sangre... ¡E sangre morta! —dijo.

A la mañana siguiente, le pidió a papá que llevara a la nona y a mamá a tomar un café con leche con medialunas. Papá le contestó que nadie se iba a mover de ahí, que desayunarían cualquier otro día. Pero todos juntos.

—Andá, Enguardo —reclamaba el nono, haciendo chistes con la pronunciación.

—No te vamos a dejar. Si solo siempre hacés macanas —contestó papá, mientras le acariciaba la cabeza.

—Andá, Duá.

El nono y papá nunca habían hablado de la adopción. Era miedo lo que se escondía detrás de ese silencio. Miedo de lastimar al otro. En ese momento, mientras papá le acariciaba el pelo e insistía que se quedaría allí con él, comprendió que esa charla ya no existiría.

La enfermera pidió que salieran de la habitación para cambiar las sábanas. El nono esperó a que todos estuvieran afuera. Recién entonces se permitió morir.

Mamá llamó por teléfono para decirme que el nono estaba grave. No necesitó aclarar que ya había fallecido.

Lloré su muerte durante todo el camino a Mar del Tuyú. Luego, me propuse no derramar ni una lágrima más. Sostener la tristeza de la familia. Pero no pude lograrlo.

Lo sembramos en la tierra, tal como él quería.

Tenía alma de campesino.

Cuando las palas comenzaron a cubrir el cajón, posé mi cara llorosa sobre el hombro de Leo. Allí, aún persistían las lágrimas del nono, las de aquel día en que no pudo caminar.

Tano. Cabeza dura.

Siempre regresa.

La nona lo espera a comer poniendo un juego de cubiertos de más. Ronda por los sueños de la familia, lo encontramos sonriendo en la cabecera de una larga mesa o pescando en el muelle con el mediomundo. Tantas cosas queremos decirle que nos despertamos empachados de palabras cariñosas.

Siempre regresa.

¡Es tan cabeza dura!

A veces se asoma a lo que escribo y riega su tumba con mis lágrimas. O se ríe de mi incredulidad. Porque un roble puede vivir más de mil años. Y una ínfima astilla puede matar lo que no mató una guerra mundial.

XIII

Conurbano, 2013

EL AGUACERO FEROS DE LA PRIMERA HORA se había convertido en una llovizna fresca. Tomó un café en la estación. Su recuerdo se estimulaba con el aroma del bar. Entre el joven que cada fin de semana subía al tren para visitar a su novia y el hombre que ahora sostenía el pocillo, habían pasado penas y alegrías, habían pasado años, pero el anhelo de encontrar a su madre permanecía intacto.

En el andén, fumó un cigarrillo. Dudó entre tomar el tren y un taxi, o hacer el trayecto directamente en taxi. Calculó cuánto podría salirle y eligió la segunda opción. No podía perder tiempo. Tal vez su madre era Estela Rincón. Hacia ella avanzaba.

El chofer era un hombre callado, sólo preguntó si le molestaba que fumara. Él contestó que no, si también se lo permitía. Fumaron casi todo el camino, con las ventanillas apenas abiertas, salpicándose la cara con las frías gotas de llovizna.

Recorrieron una zona de casas precarias. Los perros rompían las bolsas de basura y la mugre se acumulaba en los márgenes de la calle. Los vecinos repetían la misma mueca de cansancio y fastidio.

Tuvo un deseo espontáneo y canalla de que su madre no perteneciera a aquel ámbito. Pero pronto se retractó.

Imaginó una madre humilde y generosa, administradora de la necesidad, de esas que saben cocinar rico y abundante con unos pocos pesos.

Pidió al chofer que lo esperara. Caminó media cuadra, hasta una casilla de madera pintada de allo. Ya no lloviznaba, pero las nubes agitaban el cielo. A pocos metros, desde el patio de una escuela, llegaba la algarabía del recreo. Al alboroto infantil se sumó el ladrido de un perro empapado, que se abalanzó sobre el alambrado que cercaba la casilla. Desde la pequeña puerta, salió un hombre que aparentaba su misma edad. Era rubio y pálido. Sus ojos vacilaban en la embriaguez. No encontró ningún rasgo que los asemejara.

—¿Qué pasa?— le gritó el hombre, arrastrando las palabras.

Por un instante, pensó en volver al taxi que lo esperaba en la esquina. Sin embargo, saludó amablemente y preguntó si allí vivía Estela Rincón.

No recibió más respuesta que un murmullo imperceptible y antipático. Apenas comenzó a detallar el motivo que lo había llevado hasta allí, el rubio lo interrumpió gritándole que se fuera a la puta madre que lo parió.

Él rogó tranquilidad, que lo escuchara un momento. Pero fue inútil. La voz se enredó en un palabrerío inconexo. El perro no dejaba de ladrar. Los chicos de la escuela, de pronto silenciosos, se aferraban a la reja con expresiones asustadas, oyendo al hombre repetir que su madre había muerto muchos años atrás.

No pudo agregar más. Al verlo con el puño levantado, intentando cruzar el alambre, se apresuró hasta la esquina donde el taxi lo esperaba con el motor en marcha.

—Sigamos —le pidió agitado al chofer, que había seguido la secuencia por el espejo retrovisor.

Cuando el auto arrancó chirriando las ruedas, el hombre se acercó gritando, aún con el puño levantado, más pálido, más rubio ante los rayos de sol que intentaban, tímidamente, abrirse camino entre las nubes.

—El vino y la miseria hacen estragos —sentenció el taxista, fumando con la ventanilla abierta— ¡Qué gente de mierda! ¡No tienen cura!

Él respiraba con violencia, intentando reponerse del susto.

—Es una zona brava... Tiene que andar con más cuidado.

Él no le contestó. Miró su agenda y amagó un nuevo tachón, pero permaneció con la punta de la lapicera apoyada en el papel. Pronunció para sí el nombre que seguía: Mabel Montero. Le indicó al chofer que iba a Lomas de Zamora.

En el camino llamó a la Mari. Le contó sobre la mujer de tono suave y juvenil, sobre Villa Insuperable y el borracho que quiso pegarle. Deseaba describirle cada detalle de su día y escucharle decir una palabra de aliento.

El taxista echaba miradas furtivas por el espejo retrovisor, frunciendo el ceño o sonriendo, entregado a otro cigarrillo.

Advirtió que habían pasado muchas cosas, pero no había avanzado ni un centímetro hacia su madre. Ahora iba en viaje a Lomas de Zamora. Aún tenía dos posibilidades. Sin embargo, su optimismo se había deslizado hacia abajo por la pendiente del día.

—Le prendí una vela a la virgencita —dijo la—. Seguro la vas a encontrar.

Era justo lo que necesitaba escuchar. Sonrió, disfrutando el aroma que llegaba desde el cigarrillo del taxista.

Después de atravesar el centro neurálgico de Lomas de Zamora, el taxi se detuvo en un complejo de monoblocks. La lluvia volvió a caer. Las calles pronto comenzaron a anegarse. Se quedó en el auto, mirando por la ventanilla. Una reja circundaba toda la manzana. El taxista le dio el vuelto y se notaba que tenía intención de hablarle. Pero sólo llegó a decir:

—Mucha suerte, don.

Al bajar, se le empararon los pies. Había una sola entrada: un portón cerrado con llave. Permaneció con las manos en los bolsillos, la cabeza hundida en la campera y los zapatos metidos en el agua, pensando cómo entrar, hasta que una camioneta ingresó al complejo. No dudó un instante y aprovechó la apertura del portón.

Caminó por callecitas internas bordeadas de árboles. Buscó el edificio número once, empeñándose en asignarle un significado: once era el día y el mes de aniversario de su matrimonio. Once era el día y el mes del cumpleaños de la Mari.

La lluvia arreció y apuró el andar.

El monoblock once se erigía en el casi centro del complejo. Los postigos de madera abrían los brazos al mal clima. Mientras subía al primer piso, fumó, rápidamente, un cigarrillo. Golpeó la puerta tres veces. Aguzó el oído, pero el temporal era ensordecedor. Insistió, sin respuesta.

La anteúltima dirección de la lista se le estaba escurriendo de las manos. Ese pequeño margen lo acorralaba contra el vacío. Esperó unos minutos, mirando el aire gris, como si su madre pudiera surgir desde algún lugar del viento, entre la lluvia que caía cada vez con más violencia.

Fumó otro cigarrillo y bajó la escalera. Una mujer asomada a la puerta en pijama, había visto la escena y le sugirió que golpeará fuerte, que la señora Mabel estaba un poco sorda.

—¿No sabe si está? —le preguntó.

—¿Dónde va a ir con este diluvio? —gritó la vecina por sobre la lluvia—. Golpee fuerte que está más sorda que una tapia.

Volvió a subir la escalera, esta vez de a dos peldaños. Una agitación interior le quitaba el aliento. Aporreó la puerta con violencia. Una, dos, tres veces. De pronto, escuchó ruido de muebles. Enseguida, se deslizó la ventana. Detrás de un mosquitero, aparecieron los confusos rasgos de Mabel Montero.

—¿Por qué golpea así? ¿Qué quiere, señor?

—Buenas tardes. Le pido disculpas. No se asuste. ¿Usted es Mabel Montero?

Su voz naufragó en un mar de nervios. Sólo se oía el viento, la lluvia. Hasta los rumores de la calle parecieron apagarse de repente.

—Quédese tranquila. No hace falta que me abra. Tengo una lista de nombres que me facilitaron desde un organismo no gubernamental —se concentró en cada palabra, no quería tartamudear—. Busco a mi madre biológica. Ella me tuvo en el Hospital Rivadavia. A los veinte días, me entregó a una madre adoptiva.

—¿Y por qué golpea la puerta así? Está equivocado. ¿Quién le dio mi dirección?

Le volvió a pedir que se tranquilizara. También era un pedido para él mismo.

Intentó descifrar aquel rostro cubierto por el velo del mosquitero. Apenas logró distinguir la piel morena, el pelo oscuro y una estatura que no sobrepasaba el metro sesenta.

—No quiero causarle problemas a nadie —agregó, cuidando el tono—. Solamente quiero saber... Poder mirarme en el espejo y saber quién soy.

La mujer se replegó. Había cierto escándalo en aquel silencio. Él insistió:

—¿Usted tuvo un hijo en el Hospital Rivadavia? Por favor, dígame la verdad. Fue en el año cincuenta y ocho.

—No, señor. Está equivocado —ahora hablaba con seguridad—. No sé de dónde sacó eso. Soy una persona grande. Tengo problemas de presión.

—Solamente quiero saber si usted me tuvo en brazos veinte días.

—No, no. Ya le dije que está equivocado. Váyase... no me siento bien.

—Entiéndame. Necesito saber.

—¿Por qué golpeó mi puerta de esa manera? Soy una persona mayor.

El agua comenzaba a entibiarse en sus zapatos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y permaneció sin decir nada. Esperó que la mujer agregara algo, cualquier cosa.

Luego anotó su número de celular en un papel y lo pasó debajo la puerta. Rogó que por cualquier cosa lo llamara.

—Cuando esté más tranquila. Si quiere...

Se quedó un momento más, examinando a la mujer detrás del mosquitero, como cuando era niño y quería descubrir al sacerdote que estaba al otro lado del confesionario.

Mientras descendía la escalera, volvió a escuchar la puerta de la vecina de abajo cerrándose. Pasó frente a su ventana y levantó la mano hacia las cortinas corridas, para saludarla.

La lluvia le dio un instante de tregua. El viento era, ahora, una caricia filosa. El portón del complejo estaba cerrado.

A los pocos minutos, una anciana que llevaba paraguas y una bolsa con verduras, le preguntó si iba a salir. Tenía unas botas de goma metidas en el agua.

Él la observó un instante, indagando su fisonomía. Un acto estúpido e irracional, pero aun así comparó aquel semblante con el suyo.

Paró un taxi en la esquina. Se lamentó al pensar que sus posibilidades estaban metidas en un dado que nunca terminaba de caer. Sin embargo, no se atrevió a tachar el nombre de Mabel Montero.

El último nombre de la lista era Cristina Machado.

Hacia Floresta se encaminaba el taxi. Hacia allí, su gota final de entusiasmo.

Conocía de memoria aquellas calles. De la época en que conducía el taxi del sargento. También cuando tenía el almacén solía comprar en una distribuidora de esa avenida. Si realmente fuera su madre la que vivía allí, sería una gran broma del destino no habérsela cruzado antes.

La casa daba al frente: un rectángulo con ladrillos a la vista. Por la ventana, distinguió a una anciana de cabello nevado cebándole mate a un hombre de su edad.

Imaginó que podría ser él mismo quien podría estar sentado con esa madre, tomando mate y contándole cómo le había ido en el trabajo.

Golpeó la puerta. Abrió el hombre de su edad. Lo miró sin decirle nada. Era alto y rubio. Sus ojos color verde. Se llamaba Jaime Machado.

Es muy distinto, reflexionó. No creo que sea mi hermano. Una vez más pronunció su monólogo, ahora con cierto automatismo, sabiéndose derrotado de antemano. El nombre que figuraba en la partida de nacimiento, sin duda, no pertenecía a él, sino a ese hombre rubio de mirada clara.

Jaime lo escuchó atentamente. La anciana se acercó a la puerta con pasos breves y cuidadosos, y dijo:

—Hacelo pasar... ¡Con este día!

Se sentaron alrededor de la mesa y le convidaron mate dulce y galletitas.

Madre e hijo lo contemplaban con la misma mueca, entre el asombro y la compasión. Madre e hijo. No había lugar para él.

Permaneció casi una hora, entibiándose con el calor de una estufa a kerosene, conversando sobre la odisea que atravesó durante aquel día lluvioso.

Más tarde, le llamaron a un remis.

Jaime Machado, que podía haber sido su hermano, le dio un abrazo fuerte, como si se conocieran desde siempre, como si compartieran la misma sangre.

La anciana, que podía haber sido su madre, le preparó una bolsita con galletitas y le aseguró que las oraciones de esa noche estarían dedicadas a él, para que al fin encontrara su verdad.

La tejedora

PAPÁ SE ACERCA AL AUTO y me pide que baje la ventanilla. Dice que agarre por Costanera y estacione en la puerta del hospital, así mamá puede retirar las recetas. De ahí que vayamos al contador y a la carnicería de la treinta y dos y la tres, y que compremos churrascos de lomo o cuadril. Mamá le pregunta si también pasamos a buscar los talonarios por la papelera y él le responde que no, porque llamó y todavía no están listos.

—De ahí se van a lo de la nona —continúa—. No se olviden de llenarle los tarritos.

Nos abre el portón del garaje y salimos.

Pongo música, algo tranquilo, mientras encaro por el camino que diagramó papá.

—¡Qué lindo día! —comento.

—¡Hermoso! Y eso que estuvo lloviendo toda la semana. Fue el miércoles... No. El jueves. Sí, el jueves. Se levantó una ventolera del oeste y no quedó ni una nube.

—En La Plata igual. Cuando salí para acá, todavía caían gotas.

Creo que con nadie entablé tantas conversaciones sobre el clima como con mi mamá. Cada vez que la llamo, me cuenta los detalles del tiempo en Mar del Tuyú y se interesa por saber cómo está en La Plata. Si hace frío o calor. Si está

soleado o nublado. Si se siente mucho la humedad. A veces arriesga pronósticos, anunciando una lluvia inminente porque escuchó a una bandada de teros o augura una ola de calor por la llegada de las chicharras cantoras.

—Ayer, mientras colgaba ropa en la terraza, vi volar muchas golondrinas. Le dije a papá que el fin de semana iba a estar caluroso.

El sol se desparrama sobre el parabrisas. La claridad no llega a resultar molesta. Siento una cosquilla interior, un estremecimiento parecido al que me invadía en la escuela primaria cada vez que viajábamos de excursión. Una mezcla de alegría y expectativa. Son escasos los momentos que comparto con ella y nadie más que ella. Levanto el pie del acelerador para amoldarme a la velocidad de este rato que pasaremos juntos.

Cada vez que cruzamos una esquina, dirigimos la mirada en dirección al mar. En algunas calles, sólo vemos un ribete verdoso detrás de vastas edificaciones, en otras, somos testigos efímeros de la orilla y su escándalo espumoso. Las gaviotas tiznan de blanco el cielo.

—Hay gente pescando —acota mamá.

—¿Estará saliendo algo?

—Creo que poco. El otro día, fue al negocio el italiano de la esquina y le contó a Leo que había sacado dos pescadillas... ¡Pero estuvo una tarde entera!

—Mañana a la mañana vamos a ir con Leo.

—Capaz tienen suerte y sacan. Cambió el viento. Está soplando del norte.

Le quita el envoltorio a un caramelo y me lo ofrece.

—No vayan tan temprano. Dormí, que después tenés que manejar. En lugar de venir a descansar vos...

La miro y la descubro mirándome con ternura. Sonreímos y forma parte de nuestra timidez el silencio que sobreviene. Sólo escucho la música de fondo y cómo mamá mastica el caramelo.

El diálogo fluido nos cuesta. En nuestras conversaciones, siempre ronda la voz de papá o de Leo.

—Te noto más flaco —observa—. ¿Estás comiendo? ¡Comé, eh!

Esas palabras también las oí muchas veces. La primera vez a los dieciocho años, cuando me fui de casa rumbo a La Plata. Aún puedo sentir el tacto de sus dedos en mi espalda. Su despedida tras un silencio de lágrimas:

—Llamá. ¡Comé, eh!

La miro sonriendo y le respondo que, para su tranquilidad, la balanza dice que tengo, por lo menos, cinco kilos de más.

—¡Estás loco vos!

Arrimo el auto al cordón para sacarme el pulóver que mamá me tejió el año pasado. Un abrigo con el que podría soportar los vientos de la Antártida y que es exagerado para este aliento primaveral. Lo supe desde el mismo momento en que decidí ponérmelo esta mañana, pero quería lucirlo ante ella.

—¿Qué dice papá? —le pregunto—. Anoche me contó que lo llamó esa señora... Mabel, ¿no?

—Le dijo que quería hablar con él cara a cara. Él dice que hay posibilidades de que sea, pero no se quiere ilusionar. Para mí es. Parece sargentona, como él.

—Me acuerdo que hace unos meses Marina nos preguntó cómo la imaginábamos y Leo contestó que seguro era temperamental como papá.

—¡Tiene pocas pulgas! No le quiso adelantar nada por teléfono y eso que papá le preguntó de todo. Para mí que es.

Estaciono en la puerta del hospital y mamá baja a buscar las recetas de la nona. De espaldas, caminando con pasos cortos, algo encorvada, tiene el mismo andar del abuelo Pancho. En cambio, al verla venir con las recetas en la mano, descubro en su expresión endurecida los rasgos de la abuela Margarita.

Por encima de los anteojos, repasa la inentendible letra del médico. Comprueba las fechas, la firma del médico, el sello aclaratorio. Los mechones caen enrulados a los costados de su cara y el sol le pinta los cachetes. En su mirada clarísima, se diluye un enigma. Me pregunto si alguien lo habrá descifrado. ¿Cuál será su mundo íntimo? Ese mundo que no incluya a papá, ni a Leo, ni a mí, ni a los demás. ¿Existirá ese mundo?

—Cuidado con esta esquina que las motos pasan rápido —me advierte.

La espío indagando, ya no en sus ojos sino en sus silencios, ese mundo que es suyo y de nadie más.

Hay una escena habitual en la mesa de nuestra familia. Una escena simple que ocurre después de comer. Mamá clava su dedo en una mandarina, la pela y se la deja a mi papá cerca del plato. Toma otra y repite lo mismo para mí. Luego, otra para Leo. En orden de edad, del mayor al menor. Cuando va a pelar la suya, se da cuenta que papá comió el último gajo. Reinicia la ronda hasta que todos estemos satisfechos. Recién en ese momento, comienza a comer su mandarina.

Así es mamá.

María Dolores.

La Mari.

Anoche mismo, después de la cena, volvió a repetirse esa secuencia. El criterio continúa siendo la edad, aunque ahora el orden se invirtió y comienza del menor al mayor, por mi sobrino y mi sobrina, sus nietos.

Entramos en la carnicería de la treinta y dos y la tres. Sólo hay un cliente y enseguida nos atienden. Mientras cortan los churrascos de lomo, le menciono a mamá que Leo me contó lo de la hernia.

—¡Viste! La tiene desde chico. Era ese dolor de ombligo del que siempre se quejaba. ¿Te acordás?

Le pregunto si se enteró que el médico había dicho que era resultado de una mala cicatrización del cordón umbilical.

El carnicero nos interrumpe, preguntando si vamos a llevar algo más.

Otra vez en el auto, de camino a la casa de la nona, retomo la conversación con un chiste:

—Esa hernia más que un cirujano necesita un psicólogo. Nos reímos.

Y le vuelvo a contar de la vez que entré a su habitación con la tijera. Una travesura que le molestó más a papá que a ella. Del ropero, había sacado su vestido de novia. Le repito, una vez más, que no hubo ninguna maldad en aquel destrozo. Tenía apenas diez años. Solamente quería un poco del tul de la cola, para cubrir los frascos donde cuidaba mis arañas.

—En la otra cuadra frená un cachito —me indica de repente.

—¿Dónde?

—Allá, en el negocio de las lanas.

—¿Te parece? —bromeo—. El General no mencionó esta parada.

—No importa —dice con tono de travesura—. Esta vez, le vamos a desobedecer.

Entramos en un pequeño local de madera. Un lugar cálido y mullido.

—Elegí un color, que te hago una camperita.

—Aquella, la chocolate.

Cuando volvemos al auto, lo encontramos caliente. Abrimos las ventanillas para que corra el aire.

—Nunca vi a la abuela tejer. ¿Ella te enseñó?

—No, una vecina. Iba a su casa dos veces a la semana, cuando salía del colegio. Era sordomuda la pobre.

—¿Sordomuda? ¿Y cómo te enseñaba?

—Ella tejía y yo la miraba.

No puedo evitar imaginarme esas reuniones: dos mujeres tejiendo en silencio una tarde entera.

Acaso ahí esté la punta del ovillo. En el secreto de las agujas. En el sigilo de los ovillos azules, rojos y marrones. En el entramado de la lana. Recuerdo el cuadro de Leo, la manta colorida que cubre las ramas del árbol con cara de papá.

¿Qué pensará mientras teje?

Allí anda, tal vez, ese mundo que es sólo de ella. Aunque de él nazcan frazadas, camperas, pulóveres, que los integrantes de la familia lucimos como medallas, incluso, en días calurosos como éste.

Por la ventana, vemos la sombra de la nona en la cocina. Mamá abre la puerta con su llave y entramos sin golpear. La nona nos recibe con un cucharón en la mano.

—¡Damianucho! —vocifera, mientras camina hacia nosotros.

Parece de buen humor. Cada vez más pequeña y más arrugada. Leo suele decir que algún día lo único que vamos a encontrar de ella será la verruga de su nariz.

Quiere saber cuándo llegué, si el trabajo va bien y si tengo una *donna*.

Me agarra las manos. Sonríe.

Mamá le pregunta cómo anda y enseguida pone cara de amargada.

—¿Qué le pasó? —insiste, preocupada.

La nona posa el cucharón empapado de tuco sobre la mesa. Contesta que le pica el hombro y que para ella se agarró otra vez la sarna.

Mamá se alarma de una manera que, en principio, me parece exagerada. Pero pronto la comprendo. El año pasado la nona sufrió una erupción y mamá tuvo que ir todos los días a bañarla y pasarle una crema antibiótica por el cuerpo. También tenía que hervir la ropa y luego lavarla. Durante tres meses. Todos los días. Por eso, se lanza con arrebato a revisar el hombro de la nona.

—¡Menos mal! —suspira, examinándole, un poco bruta, el cuello y los brazos—. No es nada, quédese tranquila.

La nona ladea la cabeza asintiendo.

—Me la volví a agarrar —afirma, más compasiva que preocupada.

—¡Pero no! —insiste mamá con impaciencia—. ¿No se acuerda cómo se le ponía la piel? Mire ahora. Mírese el brazo. Nada de nada.

—Debe ser el calor —intervengo para convencerla—. Si no tendrías algún sarpullido, nona.

Continúa asintiendo, mirándonos con una media sonrisa.

No podremos hacer que cambie de opinión. Al menos, no ahora.

—¿Estuvo Marianita? —pregunta mamá, cambiando de tema.

—Vino a la mattina a tomar mate.

En la tele, siempre clavada en el canal trece, están dando una película de acción. El tiroteo hace vibrar los vidrios de

la casa. El ruido no pareciera molestarles. Mamá y la nona conversan a los gritos. Tomo el control remoto y la nona dice que antes de irme lo vuelva a dejar en el mismo canal.

—¿Hace mucho que no habla con la Beba? —pregunta mamá, mientras prepara los tarros de huevos Kinder con las pastillas.

La nona permanece parada a su lado, supervisando la organización de las dosis. En su mirada, descubro cierta desconfianza. Demora la respuesta.

—Hace mucho que no llama. Un mes o más. ¡Quién sabe si viva o morta!

—Ya falta poco para el verano —agrega mamá—. Seguro que la hija la trae, como todos los años.

La olla tiene una capa de hollín. Marcas de olvidos y distracciones. Mientras la nona pone los fideos, mamá le pregunta por doña Carmela.

Me llama la atención su interés por esas ancianas viudas, paisanas, vecinas, amigas de la nona desde la época en que todas tenían marido.

Es notorio lo bien que mamá suele llevarse con las viejas. ¡Cómo la quieren!

Me acuerdo del último día en el almacén de Lugano. Después de diez años, papá y mamá habían decidido cerrar el negocio para mudarse a Mar del Tuyú. No tanto porque les gustara el mar, sino para estar cerca de los nonos. Con Leo, bajamos del transporte escolar y adentro del almacén vimos una multitud parlanchina. Mamá estaba en el mostrador como la conferencista de un simposio. Una clienta había llevado torta y el mate circulaba entre anécdotas. Todas estaban allí por ella. Por mamá. Por la Mari. Incluso había regalos y cartas.

Doña Nuncia llorisqueaba diciendo que ya no tendría con quien conversar cada mañana.

—¿Enguardo está trabajando? —pregunta la nona.

—Se quedó atendiendo a un corredor —responde mamá y permanece observándola, como adivinando lo que continuará.

—¿Y va muy lejos a ver los relojes?

Mamá respira profundo antes de contestar. Encuentro una grieta en su paciencia.

—¡Eduardo está en la ferretería! —se enoja—. Nunca trabajó con relojes. No sé de dónde sacó ese disparate.

—El negocio que construyó el nono, nona —le digo—. ¡La ferretería!

—¡Non lo so! —agrega fastidiada, señalando el reloj de la pared—. A mí me lo estropeó. Camina più lento.

—¡Anda bien! —replica mamá—. Son las doce y media.

—¿La dodici e mezza?

—Mire mi reloj —insiste mamá—. ¿Ve que tiene la misma hora?

La nona se acomoda los anteojos y entrecierra la mirada. Se agarra las manos y suelta una risotada. Me busca con la mirada.

—Anda bárbaro, nona. No adelanta ni atrasa un segundo.

—¡Questa testa!

Mamá termina de acomodar la ropa y barre el comedor. Luego, repasa la mesada y acomoda la heladera. Todo en pocos minutos. Hecha una mirada satisfecha a la casa, mientras agarra sus cosas y menciona que va a llamar un remis.

Le digo que la llevo y contesta que no. Insisto y otra vez no. Agarro las llaves y salgo. La espero en el auto. Enseguida, la veo abrir la reja, moviéndose como lo haría el abuelo Pancho, pero con la expresión de la abuela Margarita.

La nona va detrás, diciéndole:

—Quedate a mangiare la pasta asciutta, Mari.

—Me está esperando Eduardo. ¿No sabe cómo es?

—¡Tiene la orden de volver, nona! —bromeo desde el auto—. Si no, il caporale...

Mamá se muerde el labio y con un tono de falso lamento, agrega:

—Solo no se sabe hacer ni un huevo duro.

XIV

Lomas de Zamora, 2013

SE DETUVO EN LA ESQUINA donde a las diez de la mañana se encontraría con Mabel Montero. Faltaba una hora y media. Prendió un cigarrillo e intentó recordar aquel rostro moreno que había visto apenas un par de semanas antes. Pero las imágenes cruzaban su pensamiento con la fugacidad que imponía la avenida. Ella lo reconocería por la remera rayada, negra y blanca, como la de los mimos que irrumpen en las plazas.

Anduvo por calles alledañas, más vacías, más calmas, para ubicar un lugar donde pudieran conversar tranquilos. Encontró un café de aspecto cálido y poco concurrido. Un lugar donde sólo se oía la voz monótona que salía del televisor.

El sol era agobiante. Aún faltaba una hora. Compró una Pepsi y se sentó en un banco de la plaza. Encendió otro cigarrillo. El humo se desparramó en el aire matinal. Una ráfaga caliente arrastró un vaso de plástico hasta sus pies. En ese instante, afloró una angustia de años. Sintió que lloraba, pero ninguna lágrima gravitaba en sus ojos. Lloraba por dentro, en secreto.

Entonces llamó a la Mari. Su voz surtió un efecto instantáneo. Respiró más sosegado. Le contó que el micro

había tardado casi tres horas en llegar. Preguntó si había llamado a la nona por las pastillas y la Mari le contestó que sí, que no se preocupara por eso. Le avisó que iba a apagar el celular para poder conversar sin interrupciones. Ella le deseó suerte, que estuviera tranquilo. Cantaban pájaros sobre los cables de luz.

Cuando cortó la comunicación, aún le quedaba una mínima sonrisa. Se quedó sentado allí unos minutos más, contemplando a cada una de las mujeres mayores que pasaban.

Le llamó la atención una señora morena que cruzaba por el sendero de flores. Llevaba una cartera marrón. El pelo oscuro. Estaba seguro que era ella. En sus rasgos, vio una nariz igual a su nariz. Se preparó para encararla. Cuando la mujer estuvo a menos de un metro, comprendió que se había equivocado.

Apagó la colilla y se entretuvo recordando la vez que la vista le había jugado una mala pasada. Había sido un enero, cinco o seis años atrás. Le había alquilado el departamento de al lado de su casa a un hombre canoso que tenía aires de vanidad. Él atendía el negocio con la prisa propia del verano en La Costa y lo vio entrar a la ferretería. Quería cable y un portero eléctrico. Comentó que lo iba a instalar en el garaje y lo hizo con una liviandad que lo dejó atónito y sin palabras.

—¿Usted me está tomando el pelo? —había vociferado cuando reaccionó—. El garaje queda tal como está. Sin mi permiso, nadie hace ninguna modificación.

El hombre del pelo blanco lo miró desconcertado. Su orgullo le estiró la sonrisa, pero la sorpresa ganó su rostro.

—Está bien, pero véndame el cable y el portero.

—Yo le vendo —había aceptado él, enrojecido por la bronca—. ¡Pero ni se le ocurra hacer nada en mi garaje!

El hombre del pelo blanco permaneció en silencio. Toda su vanidad mutó en el gesto de quien consiente a un loco. Pagó con el dinero justo y salió con paso apurado. Antes de pisar la vereda, él volvió a decirle:

—Ya le avisé. Si lo llevo a ver haciendo cosas raras, me va a conocer enojado.

Apretó los puños sobre el mostrador y, por la vidriera, lo vio meterse presuroso en el auto. Recién en ese momento, se dio cuenta del error. Porque ese no era el Focus de su inquilino. Corrió avergonzado y se paró frente al auto. El hombre lo observó espantado, aferrado al volante. Él le rogó que bajara la ventanilla y se deshizo en disculpas.

Caminó despacio hacia la esquina del encuentro, concentrado en la respiración, inhalando profundo por la nariz y soltando el aire por la boca. Tenía que fingir la calma. Ser claro, para que esa mujer, fuera o no su madre, no desconfiara y pudiera hablar con franqueza.

Antes de las diez menos cuarto, se apostó en la esquina. En ese momento, sus nervios se tornaron evidentes: le temblaban las manos, le costaba tragar y ya no tenía control sobre su respiración.

—Eduardo —escuchó.

Revoló la mirada como un ave encerrada. Sus ojos aletearon en la multitud.

—Eduardo.

Se corrió a un costado de la vereda. Todos los rostros parecían el mismo rostro.

El sol lo encandilaba.

—Acá —contestó con un hilo de voz, pero aún no la distinguía.

El ruido infernal de un colectivo arrancando. Un bocinazo. El grito ronco de un taxista puteando. La ciudad.

Al fin la vio, entre la gente que cruzaba la senda peatonal. Ella también agitaba la mano. Sonreía, morena y pequeña. Llevaba una camisa floreada, el maquillaje coloreando su piel.

Se saludaron a la altura del cordón con un beso en la mejilla.

—Acá cerca hay un café —le indicó—. ¿Le parece que vayamos?

—¡Qué calor! Por favor... salgamos de este lío.

Atinó a tomarla del brazo, pero su impulso se deshizo en el aire.

Sólo dos mesas estaban ocupadas en el café. Tenían un amplio salón a disposición. Eligieron un lugar en el fondo, apartados de la barra y del andar de los mozos. La calle se exhibía detrás del vidrio como un escaparate enloquecido. Sin embargo, allí adentro sólo se oía el ir y venir de un escobillón y la voz del noticiero. Entre el reposo de las sillas vacías, crecía como una sombra el aroma del café.

—¡Tienen helado! ¡Me encanta! —dijo Mabel, leyendo la carta con unos pequeños anteojos rectangulares.

—Mi señora es muy golosa, si fuera por ella viviría a helado. Yo no soy tanto del dulce. Soy más cafetero.

—¿Cómo se llama ella?

—María Dolores. Mari.

—¡Ah, mirá! Igual que mi sobrina. ¿Hace mucho que están casados?

—En unos días van a ser treinta y cinco años —respondió orgulloso—. Más cuatro de novios. Toda una vida.

El mozo esperaba junto a la mesa. Ella pidió dos bochas de helado, una de vainilla y otra de chocolate. Él, un café americano.

Sobre el mantel bordó quedó un silencio incómodo. Las miradas se detenían en la disposición del lugar, en los cuadros que colgaban de las paredes y otros detalles de la decoración.

—Bueno, Eduardo. Acá estamos. Te escucho.

La voz irrumpió como un reproche. Él experimentó un instante de desconcierto. No supo cómo empezar. ¡Había tanto para contar! Sólo atinó a decir:

—Yo le hablé sobre mi búsqueda... El día que fui a su casa. Es importante para mí. No pretendo nada. Solamente saber de dónde vengo. Cuénteme algo de usted. Sin compromiso...

En el televisor colgado en un lateral de la pared, la placa roja de Crónica titulaba que un hombre había degollado a su esposa. La música subrayaba la noticia. La próxima placa, agregaba otro detalle: era paraguayo.

—¡Dios mío! —exclamo Mabel, mirando el televisor—. ¡No se puede creer!

Él entornó la cabeza para ver las letras grandes en la pantalla. Estaba ansioso y la noticia se deslizó por su pensamiento sin dejar rastros. Sólo se concentró en los detalles del encuentro, tomando nota de los rasgos, la disposición de la voz, el modo de vestirse de esa mujer que podría ser la mujer que buscaba. Sólo por responder algo, comentó:

—Es un mundo loco.

El mozo acomodó la copa de helado y el café americano sobre la mesa, contemplando la televisión con expresión cansada.

—Mi señora es de zona oeste —agregó él—. Cuando éramos novios, todos los fines de semana tomaba el tren para visitarla. A la vuelta, siempre tomaba un cafecito en la Estación de Merlo.

—Me imagino que debe ser una mujer divina.

—Es de oro la Mari. Me tiene mucha paciencia.

—¿Tienen hijos?

—Damián de treinta y cuatro y Leo de treinta y uno. ¡Y dos nietos!

—¡Qué abuelo tan joven!

—María Luz tiene trece y Ulises ocho. Nosotros lo malcriamos. Les damos todos los gustos. La abuela es la debilidad. Yo soy más estricto.

En la sonrisa de Mabel, encontró su propio orgullo.

—¿Sos religioso, Eduardo?

—Creo en Dios. Aunque no soy practicante.

—Yo soy muy creyente. Me gusta ir a misa. Tendrías que ir. Es algo que da mucha paz. El pastor de mi iglesia es una persona excelente.

Permanecieron en silencio y mirándose. Él creyó oportuno decir algo, cualquier cosa que cubriera ese hueco, pero ella lo interrumpió:

—Propongo una oración para que el Señor nos ilumine.

Ella le tomó la mano. Ese primer contacto, cálido e inesperado, lo estremeció.

Mabel esgrimíó una oración de agradecimiento y petición de bendiciones. Tenía los ojos cerrados. Él permaneció mirándola, examinando los rasgos detrás del maquillaje. Entre la plegaria se mezclaban las palabras trágicas del noticiero. Ella concluyó con un *amén* y lo soltó. Su mano se escabulló como un pez por el mantel.

—Sufrí mucho, Eduardo.

—No vine a juzgar —se apresuró a decir él—. Al contrario, quisiera encontrar paz.

—Era muy joven y muy pobre —continuó Mabel—. Llegué a Lomas después de que mi madre murió.

En su mirada, comenzaba a formarse la nube de una lágrima. Se interrumpió y comió una cucharada de helado. Demoró en tragar. Le echó un vistazo al noticiero, y continuó con la voz afectada:

—Era jovencita. Me enamoré de un muchacho. Y al tiempo, quedé embarazada.

Esos ojos oscuros, se entusiasmó él. Esa nariz.

—Él me abandonó. No supe qué hacer. Estaba desesperada. No tenía plata.

Le costaba pronunciar las palabras. La nube en su mirada se precipitó en un puñado de lágrimas. Se cubrió la cara con las manos, pero no dejó de hablar:

—¡Fui tan ingenua! ¡Tan tonta!

Las palabras se hundían, una a una, en el dolor. Esa angustia llegó hasta él. Sintió una pesada carga sobre los hombros, una cosquilla en la mirada. Pero no pudo llorar.

—Tranquilícese —murmuró, conmovido—. Es dura la vida.

Deslizó la mano por la mesa. Le tocó el brazo, suavemente, con la punta de los dedos. Le pidió un vaso de agua al mozo.

—Fui a parar a un hospital con maternidad —ya no reprimía el cauce de sus lágrimas—. Una especie de asilo. Ahí no me trataron bien. Las monjas eran malas.

Tomó el vaso de agua que había acercado el mozo. Él permanecía quieto, silencioso y aturdido. Las frases llegaban hasta sus oídos como desde un sueño. Su pensamiento iba por detrás, intentando retener cada palabra escurridiza.

El bebé está mal de salud.

No podés cuidarlo.

Sos pobre.

—Me avisaron que tenían que trasladarlo a Chile. Decían que estaba grave. ¡Yo era tan jovencita! ¡No entendía nada!

No puede ser, pensó él, azorado. Es mentira. No puede ser verdad.

Hacía muchos años que no lloraba y ahora el dolor no sólo le mojaba las mejillas, sino que también mordía su garganta, dejándolo sin voz.

Fue un instante breve en que perdió el control. Entonces sintió la mano cálida, descansando sobre su mano temblorosa.

Mabel fue al baño y él permaneció en la mesa limpiándose las lágrimas con una servilleta. En el noticiero, los titulares de las once, repetían: macabro asesinato.

Sentía ganas de fumar. Del bolsillo, sacó un caramelo de menta. Se preguntó si sería verdad lo que había escuchado. Estaba aturdido, necesitaba tiempo para poner en orden su cabeza.

La observó caminar entre las mesas. Buscó un patrón en aquel andar. Un parecido en la forma de ladearse. Notó el maquillaje recompuesto.

Cuando fui a su casa, me mintió, pensó. Negó la maternidad en mi cara.

Mabel volvió a sentarse. Hurgó en la cartera y de la billetera sacó cuatro fotos carnet. Respiro profundo. Le contó que cuando se fue de aquel hospital vivió en la casa de una tía. Trabajó limpiando casas, lavando ropa, cosiendo. Al tiempo, conoció a un hombre muy bueno y trabajador y tuvieron cuatro hijos. Formaron una linda familia.

—Esta es Clara. Esta es Silvia. Esta es Mónica. Y este Javier —le mostró, deslizando las fotos sobre la mesa.

Él contempló, exhaustivamente, cada rostro. El color de la piel. Las miradas. Las expresiones ante la cámara. No encontró nada definitivo. Nada que lo convenciera.

—Contame de tus padres adoptivos, Eduardo... Si no te molesta.

Se limpió los labios con la misma servilleta que había secado sus lágrimas. Tomó aire antes de hablar.

—Ellos hicieron lo que pudieron. Conocían a una mujer que trabajaba de enfermera en ese hospital. Mi papá le había hecho varias changas sin cobrarle nada. Él era albañil, muy trabajador. Yo supe de la adopción en plena adolescencia. Por un pibe del barrio. Me afectó muchísimo enterarme de esa manera. Pero ya lo presentía desde mucho antes. Los adoptados siempre lo sabemos. Sólo que no queremos ver.

Mabel apretaba un pañuelo contra su nariz. Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos. Por un momento, aquella congoja le recordó a Teresita, la eterna escena del lamento italiano, ese sufrimiento que llevaba prendido en la piel.

—Me criaron como pudieron, a los ponchazos. Ellos eran analfabetos. Tuve que hacerme cargo de muchas cosas. También hice lo mío. Siempre fui rebelde. Me escapaba de casa. Estaba mal. Hasta que encontré a la Mari. Ella, pobrecita, siempre me aguantó. Me dio la contención que necesitaba.

A las doce del mediodía, los titulares de Crónica repitieron la noticia del femicidio. Mabel se alarmó por el horario. Dijo que se tenía que ir. Sus hijos no sabían sobre aquella historia. Era una parte de su vida que había mantenido reservada para ella misma. Ni a su pastor le había contado.

—Yo no quiero causar ningún problema —agregó él.

—No te preocupes por eso. Ya soy una mujer grande. No tengo que darle explicaciones a nadie.

Le pareció chocante esa actitud. Pensó un instante en los cuatro hijos de Mabel. Sus posibles hermanos. Pero como si

espantara un insecto, se concentró en sus propias palabras y se excusó:

—No quiero presionarla. Mi búsqueda comenzó hace años. Pude procesar las cosas de a poco. En cambio, usted...

—Tenemos que ir paso a paso —interrumpió ella—. Lo primero es lo primero. Habrá que hacerse un análisis, ¿no?

—Sí, claro. Si a usted le parece bien yo averiguo.

—Lo único que no me parece bien es que no me tutees.

Se miraron con ojos limpios. Sonrieron.

—Te mantengo al tanto —añadió él, algo incómodo—. ¿Te llamo al mismo número?

—Sí, al mismo. A la noche me encontrás seguro.

No se le pasó por alto aquel comentario que era, más que nada, una indicación.

Es ocultadora, pensó. No le dirá nada a sus hijos ni a nadie. Es cobarde. Escondió una verdad por más de cincuenta años. Ni siquiera me buscó.

Ella volvió a hurgar en la cartera. Preguntó el precio del helado.

—Por favor —replicó él, levantando la mano—. Yo invito.

—Bueno, gracias, Eduardo. Me voy, se me hace tarde.

Se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Sos una muy buena persona —le dijo, apoyándole la mano en la cara.

Caminó hacia la puerta, pero enseguida detuvo sus pasos y se dio vuelta.

—¡Dios dirá! —agregó—. Ojalá salga todo bien.

—¡Ojalá! —repitió él.

Era la única palabra que podía pronunciar con total sinceridad.

Las amigas

TODAS LAS MAÑANAS la nona abre la libretita que está en el aparador y marca, lentamente, el número de teléfono de la Beba. A veces se equivoca y cuando la grabación le anuncia que el número solicitado no corresponde a un abonado en servicio, ella pide disculpas y corta sobresaltada. Reinicia el llamado con excesiva cautela, porque dice que no quiere que esa signora se enoje.

—Buen día, Beba —saluda, encorvada hacia el tubo—.
¿Cómo está?

—Buenas, doña Teresa. Bien, bien. ¿Usted cómo anda?

—Y.... Vamos tirando.

Hablan del calor o del frío, la humedad y el reuma.

Cortan, prolongando la sonrisa.

Doña Rosa es otra amiga de la nona. Suele ir a Mar del Tuyú en verano. Acaba de cumplir los ochenta años, pero no aparenta más de setenta. Le gusta caminar a la mañana por las calles de arena. Lleva un sombrero de paja y recoge florcitas. Ese paseo diario la reconforta, la transporta a otro tiempo: cuando hacía esos mismos recorridos con su marido, don Ponciano. Hombre risueño y amable, que solía andar sonriente y con una flor violeta en la oreja.

En esas caminatas evocativas, juntando flores aquí y allá, doña Rosa llega hasta la casa de la nona.

—Tere —llama, cerca de la reja, golpeando las manos—. Tere.

La nona sale despacio de su casa. Mientras abre la puerta, canta. A veces, doña Rosa acompaña su cántico paisano. Se saludan con un beso en cada mejilla. Toman mates dulces y conversan en dialecto calabrés, de las plantas de tomate, de la pasta asciutta, de la *bella Italia*.

Algunos días doña Rosa llama a la puerta y nadie contesta.

—Tere —llama, cerca de la reja, golpeando las manos—. Tere.

Insiste, sin obtener respuesta. Y se alarma. Un mal presentimiento la embarga por un instante, pero enseguida recupera el optimismo. Deja en la puerta de entrada un ramito con las flores que recolectó en el camino.

Cuando la nona vuelve de hacer los mandados o del médico, recoge el suvenir, repentinamente alegre al saber que doña Rosa anduvo por allí. Esa es la señal: un saludo de flores silvestres.

No todas las visitas son tan felices para la nona. La de la Gallega es la más inoportuna. Nunca congeniaron y sin embargo su amistad se mantiene a lo largo de los años.

La Gallega vive en la casa que está detrás de la duna. Una vez a la semana, al filo del atardecer, su ancho cuerpo aparece por el sendero como una enorme naranja. En muchos casos de mi infancia, la veíamos desde atrás de la ventana. En ese momento, la nona chistaba y nos decía, a Leo y a mí, que nos quedáramos escondidos y en silencio.

—Zitto, zitto —susurraba con el dedo índice sobre los labios.

La Gallega se cansaba de llamar. Entonces retomaba el sendero entre las dunas, de regreso a su casa.

En los últimos años, la nona se siente demasiado sola y acepta esa visita con los brazos abiertos. Hablan de los nietos y logran un principio de acuerdo. La Gallega recuerda el día que me vio encima del médano revoleando a Leo y corrió asustada para avisarle a la nona que lo quería lastimar. Cada vez que lo cuenta, sueltan carcajadas como quinceañeras.

El resto del tiempo, lo pasan discutiendo. Una dice que la comida italiana es mucho más rica que la española. La otra que la elegancia de la zarzuela no se compara con la vulgaridad de la tarantela. Se interrumpen y llegan a levantarse la voz. Se despiden con un saludo antipático, agitadas y cansadas, jurándose no dirigirse la palabra, aunque, más tarde o más temprano, retomarán la discusión.

Doña Carmela es la italiana robusta y maciza del chalet de la esquina. Le encanta Mar del Tuyú, pero últimamente va poco. Suele aparecer en vacaciones de verano o fines de semana largo, cuando alguno de sus hijos puede llevarla. Su marido se llamaba Juan, también italiano y también robusto y macizo. Cuando estaba vivo, viajaban mucho a La Costa. Casi siempre en época invernal. Don Juan frecuentaba el muelle con su mediomundo. A veces, iba con el nono. A los dos les encantaba el pejerrey.

Después de cenar, doña Carmela y don Juan caminaban agarrados del brazo hasta la casa de los nonos. Apenas entraban, los recibía la caricia del fuego encendido en el hogar y los naipes sobre la mesa, listos para la brisca. Jugaban y discutían. Usaban protos para anotar los puntos. Cerca de la medianoche, los nonos los acompañaban hasta la vereda

y permanecían allí a pesar de las inclemencias del tiempo, esperando a que llegaran al chalet.

Una mañana helada de invierno, doña Carmela atravesó corriendo ese mismo camino. Sola y desesperada, gritaba, sin aliento:

—¡Doña Teresa! ¡Don Francisco!

Don Juan había dejado de tomar los medicamentos psiquiátricos. Doña Carmela lo encontró en el fondo, a la sombra del ciprés. Ni siquiera hubo una carta de despedida. Se había disparado con la escopeta de doble caño mientras ella estaba preparando el desayuno.

Marianita es la más joven de las amigas de la nona. Tiene veintiséis años, pero vive excluida como una anciana por culpa de su labio leporino. Todas las mañanas, va a tomar mate con la nona. Cada una usa su propio mate.

Hablan mucho y no se entienden nada. Comen galletitas de agua. Hacen los mandados juntas. La nona le enseña a elegir la carne o las verduras. Una calabresa longeva y una chica con labio leporino, aliviándose las soledades.

A Elena no la conozco como Elena, sino como la esposa del Polaco. El Polaco también murió hace años. El cigarrillo cavó su tumba. A diferencia de doña Carmela, la esposa del Polaco no depende de nadie para viajar. Cuando quiere, arma un bolsito y saca pasaje en el Rutamar.

Ya casi no va a Mar del Tuyú. Dice que la casa le hace mal. Las veces que decide ir, prefiere quedarse con la nona. Comen juntas y miran mucha tele. Caminan por calle aledañas. Se acuestan temprano.

En algún momento, la esposa del Polaco comienza a recordar al Polaco. Recuerda lo gentil que era. Recuerda que le gustaba el mate amargo. Recuerda su devoción por los

cigarrillos negros. Habla de él con una emoción que termina detonándole las palabras. Lloro y la nona la escucha. No le dice nada, sólo agarra su mano. Acaso, secretamente orgullosa de ser ella, por una vez, la que otorga consuelo.

La Beba casi no puede caminar. Le gustaría poder ir hasta la casa de la nona, pero las piernas no le responden. Encima viven a varias cuadras de distancia. Por eso, no se visitan. La nona la llama por teléfono a la mañana, y a la noche, antes de dormir, es la Beba quien devuelve el llamado. Esa es su forma de visitarse.

—Buenas noches, doña Teresa.

—Hola, Beba —responde la nona—. ¿Anda bene?

—Sí, sí. Estaba mirando un poco la tele.

—¡Qué va hacer! —agrega con su mezcla de italiano y castellano—. Bisogna passare il tempo.

—¿Ya comió, doña Teresa?

—Me hice una pechuguita a la plancha. ¿Usted?

—También... Calenté un pedacito de churrasco que me quedó del mediodía. Me estaba por ir a dormir.

—Bueno, que duerma bene, Beba. Domani a la mattina la llamo, eh.

—Si Dios quiere, doña Teresa. Si Dios quiere.

XV
Merlo, 2013

TODO INDICABA QUE PODÍA SER ELLA. Y sin embargo, aún no lo creía. Reconstruyó cada frase, cada pregunta y respuesta, cada gesto de Mabel. Más que dudas de que fuera o no su madre, lo desvelaba otra inquietud: saber si le había mentido.

La excusa de la enfermedad, el traslado del bebé a Chile. Aquello parecía excesivo. Aun siendo verdad, se preguntaba si alguna vez lo habrían buscado. Sospechaba que no. No se animó a preguntárselo en el café por miedo a recibir una excusa falsa y evidente.

Hacía casi cuatro horas que estaba frente a la computadora. La Mari dormía y doña Margarita se había levantado a tomar agua.

—Acuéstate, muchacho —le había dicho, recia y fantasmagórica por la luz de la heladera.

Él la miró con la vista cansada. Apoyó los anteojos sobre el teclado y le comentó que se estaba durmiendo, que ya se iba a la cama.

Tras los pasos de doña Margarita, el comedor volvió a quedar en silencio. Una corriente cálida lo arrastraba hacia el sueño. Las letras cruzaban la pantalla como hileras de hormigas. Cerraba los ojos y luego los volvía a abrir.

El ruido de una alarma lo despabiló. Demoró un instante en darse cuenta dónde estaba. De repente, la madrugada se hundió en el silencio. Ese sigilo, no hacía más que resaltar su confusión.

La puerta corrediza que separaba el living del comedor, permanecía cerrada a tres cuartos, tal como en sus años de noviazgo. Echó una mirada nostálgica hacia allí: un ambiente abandonado, que solamente se utilizó para confinar a los dos novios que tuvo la familia. Le pareció ver una sombra movediza, plegándose en la oscuridad. Creyó que era la Mari. Desde allí, alcanzó a distinguirla: sentada en el sillón con la falda a lunares que le había regalado en el primer aniversario de casados.

Se acomodó los lentes, sin dar crédito a sus ojos. Un cosquilleo ascendió desde las plantas de sus pies. Dio unos pasos torpes. Al asomarse en la penumbra del living, vio cientos de caracoles arrastrándose sobre el piso de granito, por las paredes y encima de la mesita ratona.

Encendió la luz y la imagen se disipó con un plumazo de claridad.

Sentía un latido en el párpado. Tuvo miedo de que le fuera a dar un ataque.

Frente al espejo del baño, volvió a examinar sus facciones: el matiz moreno de su piel, la nariz gruesa y recta, los labios filosos de un leve tono morado.

Acercó sus ojos empequeñecidos como si se contemplara en un charco. Su rostro se hizo impreciso, como si alguien hubiese arrojado una piedra en el agua. Fijó la vista y, a medida que la imagen se restablecía, aparecieron los rasgos de Mabel, mezclándose con los suyos en el reflejo.

Fue una visión breve. La oscuridad pronto se esparció como una noche líquida. Presionó la tecla dos veces. Aun en esa negrura incontrollable, atinó a buscarse en el espejo.

Adivinó el recorrido del pasillo, tanteando entre paredes. La computadora seguía encendida. Se volvió a sentar y permaneció quieto y confundido frente al haz de luz de la pantalla.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta que se había dormido. Estaba manejando el colectivo por una avenida de adoquines. Llovía y se reprochó la imprudencia de conducir en ese estado.

—Tengo ganas de hacer pis —le dijo la Mari, sentada en el primer asiento con el vestido a lunares y Damián en brazos.

—Aguantá a que lleguemos a una estación —le rogó él, aferrado al volante.

La miró por el espejo retrovisor y luego le preguntó qué estaba pasando. Necesitaba una respuesta a su desconcierto y sólo ella podía dársela.

Pero ya no la encontraba. Porque ahora hablaba solo, metido en la penumbra del living de doña Margarita. Un caracol solitario se arrastraba por la ventana. Del otro lado del vidrio, no vio las calas sino una pequeña quinta con plantas de tomate. Y en la puerta, el cabo Ramírez insistía con el timbre. El sonido metálico resonaba insoportable, pero no se oía en la casa doña Margarita, sino otra vez en el colectivo, donde el sargento y Salitas esposado, esperaban que abriera la puerta para poder bajar.

—¡Despertate, che! —repitió la Mari.

No llevaba el vestido a lunares. Lo zamarreaba del hombro con su camión gris.

—¡Desde la pieza se oyen los ronquidos! —le dijo con la expresión dividida entre la irritación y el sueño—. ¡Vamos a la cama!

Él dio un pantallazo con la mirada. La computadora apagada. Los anteojos sobre el teclado. La puerta que separaba el comedor del living. El living a oscuras, tan vacío como siempre, sin caracoles.

—Dale... vamos a dormir.

Demoró un momento más en reaccionar. Miró a la Mari como si aún estuviera confirmando que no tenía puesto el vestido a lunares.

Se levantó con los pies entumecidos. Siguió a la Mari por el pasillo como un niño obediente. Antes de entrar a la habitación, le dio una palmadita en la cola.

—¡Sos loco, eh! —chistó ella, sin sonreír, intentando no despabilarse.

XVI

La Plata, 2013

SIEMPRE LLEGABA CON DEMASIADA ANTICIPACIÓN. A las diez se reuniría con Mabel Montero. Esa parecía la hora señalada para sus encuentros.

El laboratorio estaba a mitad de cuadra, una edificación simple, pero moderna. Allí, se definiría la suerte de sus ilusiones.

Caminaba por la cuadra bordeada de jacarandaes, fumando un cigarrillo tras otro. El humo que soltaba por la boca, subía encima de su gorra de visera corta y se desarmaba en el aire. Al llegar a la esquina, esperó un instante y se dio la vuelta para retomar los pasos que había dado.

Podía sentarse en el banco del bulevar, esperar allí cómodo, a la sombra, pero necesitaba moverse. Había algo más en aquella peregrinación: se aferraba a la superstición de una recompensa.

Sólo se permitió la pausa para tomar una gaseosa. Enseguida volvió a su caminata, de esquina a esquina, como un león enjaulado.

Había pasado las últimas noches sin dormir, frente a la computadora, informándose sobre los alcances del análisis, previendo las posibilidades, la contundencia de los

resultados y los márgenes de error. Así supo que el ácido desoxirribonucleico, además de ser la palabra más difícil que había leído, la más difícil que había pronunciado, contiene las informaciones genéticas que son responsables de la transmisión hereditaria. Se enteró de que la prueba podía realizarse a través de un hisopado bucal o una extracción sanguínea y que la elección del método quedaba a cargo del paciente. De acuerdo a las experiencias que leyó en distintos foros de Internet, el informe podía estar listo entre los cinco y los siete días y su validez tenía una efectividad cercana al ciento por ciento.

También había seguido con detenimiento los pronósticos del clima. Porque la zona donde vivía Mabel era propensa a inundarse. Temía que cualquier circunstancia no le permitiera ir. Por eso, la noche anterior había llamado a su hijo para pedirle que saliera al balcón y le describiera cómo estaba la noche en La Plata

Hasta había rezado. A su manera, frente a la computadora, por la madrugada, susurrando palabras sencillas y sinceras.

Por la cuadra de enfrente, caminaba una embarazada. Su paso era lento y oscilante.

—¿Será una señal? —pensó.

Se la veía feliz, de cara al sol, acariciándose la panza enorme y redonda.

Fantaseó con una jovencita de vientre igual de enorme y redondo. Una jovencita sola y desesperada que lo resguardó en su cuerpo durante nueve meses.

¿Habría caminado así de graciosa alguna mañana, sonriéndole al sol?

Volvió a recordar el relato de Mabel. Desde su encuentro en el café, había hurgado en cada palabra y en cada gesto

guardado en su memoria. Regresaba como un detective sobre la escena de un crimen y siempre las mismas preguntas rechinaban en su pensamiento:

¿Fue sincera?

¿Me buscó?

¿Pensó en mí?

Habían pasado veinticinco minutos de las nueve de la mañana. El viento agitaba los jacarandaes y las hojas caían como lágrimas violetas. Parado en la esquina que ya había pisado una docena de veces, llamó a la Mari.

Se cercioró de que hubiera llamado a la nona por las pastillas y le contó que el día estaba nublado y ventoso. La Mari le preguntó qué había cenado y él le habló del vacío al horno que Damián le había preparado. Le contó que estuvieron charlando hasta tarde y también se refirió a la fachada moderna del laboratorio. La Mari dijo que por la noche había escuchado ruidos en la calle y que no había podido dormir. En treinta y cinco años que llevaban de casados, pocas veces durmieron separados y él hizo una broma acerca de que no podía dejarla sola ni un solo día. Le recordó que a las diez volviera a llamar a la nona por la pastilla del colesterol.

—Si llega a preguntar por mí —agregó—, decile que estoy con un proveedor. Seguro que sospecha, no se le escapa nada.

Llamó a Leo y le preguntó si el pedido de los sanitarios había llegado. También a él le contó sobre el vacío al horno que Damián había cocinado. Indicó que revisara la factura de las pinturas y le avisó que iba a apagar el celular, que por cualquier cosa la llamara a mamá. Leo le deseó mucha suerte y pidió que llamara cuando saliera de hacerse el análisis.

Aún quedaban por delante larguísimos minutos. Mientras caminaba con un cigarrillo entre los labios, le daba rienda a

pensamientos que lo distrajeran de la ronda aletargada del reloj.

Si el test resultaba positivo, además de una madre, sumaría a su vida cuatro hermanos. El corazón se le estrujó con sólo imaginarlo. Siempre había sentido la cruz de ser el único hijo, el único responsable de la vida de sus padres. Además, había sido testigo del amor fraternal entre sus hijos, y en ciertas ocasiones, secretamente, se había permitido envidiarlos.

A las diez en punto de la mañana, vio a Mabel acompañada de una muchacha, seguramente Silvia, cruzando por la esquina de enfrente. Se permitió la duda, pero ella lo saludó agitando la mano. Mientras se acercaban, contempló la forma en que caminaban. Las comparó con su propio andar y también con el de sus hijos. En Internet había leído que los movimientos también pueden heredarse genéticamente, aun salteándose una generación.

Se saludaron con cierta timidez. Mabel lo presentó de un modo que a él le pareció formal. Contempló los rasgos de Silvia y los contrapuso con los de Mabel y los suyos.

—¡Es igual al tío Antonio! —exclamó Silvia.

Él no pudo contener el vuelo de su ilusión. Sus ojos se engrandecieron.

—La mirada sobre todo —agregó Mabel—. Mi hermano murió hace dos años, Eduardo. ¡Pobrecito! Dios lo tenga en la gloria.

Continuaron conversando en la puerta del laboratorio, sobre el clima y el color de los jacarandaes, como si las palabras fueran la única excusa para demorar aquella definición.

Silvia manifestó su enojo con Mabel. Por no habérselo contado antes.

Él quiso poner paños fríos, diciendo que era un asunto complejo y delicado.

—¡No la defiendas! —bromeó Silvia.

Y él demoró un momento en captar el tono de sus palabras.

—Yo no quiero causar ningún problema —se excusó, serio y temeroso—. Es una búsqueda mía. Con saber la verdad, me alcanza. No quiero meterme en la casa de nadie.

—No es con vos. A vos te entiendo. A la que no entiendo es a ella. ¡No sé cómo va hacer para decirles a mis hermanos! Ni quiero estar cuando llegue el momento...

Ella también es una chica de carácter, pensó él. Tal vez un poco caprichosa. Como Mabel. Como él.

Un hombre con guardapolvo salió del laboratorio y les preguntó si pasaban, sosteniendo la puerta con la mano. Se miraron con expresiones de duda. No tenían excusas y entraron. La esmerada decoración y limpieza del lugar les dio confianza. La recepcionista, elegante y perfumada, les pidió que tomaran asiento.

En esa otra espera, quieta y silenciosa, contempló un cuadro iluminado con una lámpara de pie. Eran dos ángeles regordetes, volando en un cielo color sepia. Allí también buscó una señal. Pensó que su nombre original podía llegar a ser aquel que estaba inscripto en la partida de nacimiento: Ángel Alfredo.

La recepcionista les alcanzó una planilla para que completaran. Preguntó quién había solicitado el estudio y él levantó la mano con cierto recato, como si tuviera que admitir una travesura.

—El resultado estará en cinco días hábiles —indicó la recepcionista, dirigiéndose sólo a él—. Lo llamaremos cuando el médico tenga el informe listo.

Calculó la fecha y la impaciencia lo llevó a preguntar:

—¿Me podrán decir por teléfono o tendría que volver?

—La entrega se hace personalmente al solicitante. Es parte del protocolo.

Por un instante, se sintió contrariado: otra vez tendría que dejar a Leo y a la Mari solos a cargo del negocio y a cargo de la nona, en pleno comienzo de la temporada.

Se acomodó en un rincón del mostrador para llenar el formulario. Cuando apoyó la lapicera en el papel, notó que le costaba concentrarse. Una cantidad abrumadora de imágenes cruzaban su pensamiento como fuegos de artificio.

La Mari durmiendo sola en Mar del Tuyú. El sueño en el que manejaba el colectivo. El cuadro de los angelitos voladores. El otro cuadro, el que pintó Leo. Su cara con forma de árbol.

Completó los ítems, pensando que, el nombre y apellido que anotó, no eran más que apodos que utilizaba desde hacía cincuenta y cinco años. Un apodo tan falso que ni siquiera Teresita sabía pronunciar.

En el otro extremo del mostrador, Mabel dictaba su número de documento y Silvia rellenaba la planilla.

—Tomen asiento. Cuando el médico se desocupe les aviso —indicó la recepcionista, luego de recibir las hojas y acomodarlas en una carpeta.

Una música extraña y suave comenzó a sonar de fondo. Él volvió a observar el cuadro. Los angelitos parecían devolverle la mirada.

—Dame un caramelo, Silvita —murmuró Mabel—. Me siento mareada.

—Tranquila, mamá.

Él volvió a temer que un imprevisto interfiriera en la realización del análisis.

—¿Se siente bien, Mabel? —preguntó, desde su butaca—. Deben ser los nervios.

El médico salió por una puerta lateral. Sonreía con los dientes tan blancos como el guardapolvo que rozaba sus rodillas.

—Pasen, por favor —anunció con voz amable.

—¡Dios mío! —murmuró Mabel— ¡Dios mío!

—Tranquila —intentó consolar su hija, acariciándole la cabeza—. Entren ustedes, yo los espero acá.

Mabel la miró con ojos desamparados, sin decir nada.

Él la tomó, suavemente, del brazo y con la otra mano le hizo un ademán para entrar al consultorio. Una vez adentro, consideró apropiado quitarse el gorro.

La signora del saucisse

MIENTRAS VAMOS A LA CASA DE LA NONA en el auto, Leo me cuenta que papá está muy nervioso, que duerme poco y se la pasa en la computadora cruzando datos por Internet.

—Se lo ve más flaco —comento, doblando en la calle de la nona—. ¡Comió un solo plato de fideos! Me llamó la atención... Es lógico: el martes o miércoles le dan los resultados.

—Él dice que hay un ochenta por ciento de probabilidades de que sea —continúa Leo, fumando la pipa de cara a la ventanilla—. Pero no se quiere ilusionar.

—Entonces seguro que es —me entusiasmo.

—Espero... Si no va a terminar en un loquero.

—Tiene que ser —le digo, estacionando el auto debajo del árbol.

—Mamá apuesta a que es ella.

—Zitto, zitto. No dice niente —bromeo con un dedo apoyado en los labios, mientras bajamos del auto.

La nona no escucha el llamado y el viento nos azota en la puerta. Agito las manos frente a la ventana, Leo grita a lo Tarzán. Aplaudimos, coreamos su nombre, pero ella permanece impassible, recortada en el ángulo que dejan ver las cortinas.

Luego se acerca con paso lento, canturreando en italiano. El sol resalta sus arrugas. Tiene un pañuelo atado en la cabeza,

un vestido tipo batón, medias de lana y el chal por encima de los hombros.

Leo dice: ¡Fa freddo!

Yo: ¡Forza Italia!

Al entrar en el comedor nos aturde el volumen del televisor. Marianita está sentada con la pava y el mate que la nona le reserva. Se levanta para saludarnos con ademanes exagerados y totalmente ruborizada. Esconde su voz como si ocultara un muñón en el bolsillo. La cicatriz en los labios le deforma la sonrisa. Agacha la cabeza. Se rasca el brazo, una y otra vez. Avisa que se tiene que ir, acompañando las palabras enrevesadas con muecas nerviosas.

Le insistimos que se quede a comer, pero la vergüenza pareciera ponerla al borde de un ataque. Marianita saluda a la nona con un beso en cada mejilla y como en secreto le dice que a la tarde vuelve.

Salgo para abrirle, observando su caminar de pingüino y el pantalón de jean desgastado, varios talles más grande. Mientras se aleja por la calle de arena con su melena despeinada, pienso una vez más en lo peculiar de su amistad con la nona, preguntándome cómo pasarán las horas, cómo se entenderán una gangosa retraída y una calabresa de ochenta y cinco años.

La nona le está contando a Leo que a la mañana un auto negro se detuvo frente a la casa de doña Carmela. Habla con un tono confidencial, como si alguien pudiera oírla y existiera un peligro latente. Dice que vio todo sin salir a la calle. Me mira seria y remarca que sólo se asomó, que no abrió la reja para nada.

—No dice niente a tu papá —murmura, con su típico gesto de apoyarse un dedo en los labios.

En la casa de doña Carmela no había nadie y el hombre del coche andaba solo. Al parecer, se trataba de un problema en el motor, porque la nona vio el capot levantado. Por eso decidió entrar y cerrar las cortinas: por si le pedía usar el teléfono.

—¡No! —grita de repente, golpeando la mesa.

Permanece pensativa, endureciendo la expresión. Ella no deja entrar a ningún hombre a su casa. Si el señor está con su señora sí, pero solo: ¡no!

La nona habla risueña, feliz por su pequeña distracción, dice que siguió espiando casi una hora por la ventana de la pieza y después una grúa se llevó el auto.

Bajo el volumen del televisor, comprobando que siempre permanece en el mismo canal. La nona suele mirar un programa de gente que busca gente. El espanto de que aparezca la verdadera madre de papá resurge en cada emisión. Es una paranoia que la asalta incluso en los momentos menos pensados. Como cuando papá la llama por teléfono para controlar la toma de pastillas y ella aguza el oído averiguando si en casa, además de él y mamá, se escucha a alguien más. O como el día en que murió el nono y ella y papá discutieron encerrados en la pieza. La nona lloraba diciendo que *esa mujer* lo iba a venir a buscar y ella se quedaría sola para siempre.

Antes de almorzar, salimos con Leo un rato al fondo. Hace frío, pero el cielo está limpio y el sol enciende el final del invierno. Leo patea una pelota desinflada. Le digo que me tire un centro. Salto a cabecear, pero no llego. Corremos los dos hacia la pelota. La alcanzo primero e intento gambetearlo. Me la saca. Hace un lujo y me deja pagando.

—¡Ole! Está lento el hermano mayor. ¡Ole!

Le advierto que se está metiendo con el orangután.

La nona nos observa por la ventana, mientras prepara la ensalada. Por un instante, pareciera posible que el nono aparezca desde el costado donde estaba la quinta, con el pantalón atado encima del ombligo y su sombrero de paja, diciendo que no nos lastimemos, que nos portemos bien o va a llamar a papá para que nos venga a buscar.

Creo que Leo está pensando lo mismo, porque se queda sentado en el pasto, agarrándose las rodillas con los brazos, mirando con melancolía hacia la zona donde estaba la quinta. Le estiro la mano y, apenas se levanta, lo dejo caer.

En la cabecera de la mesa, la nona agrega los cubiertos del nono. Se sienta del otro lado, como si aún pudiera contemplarlo mientras come.

El almuerzo es simple y rico. Milanesas de pollo con ensalada de papa, huevo, zanahoria y cebolla, con mucho aceite de maíz.

Cuando era chico, la nona amasaba pastas y pizzas. Encendía la parrilla para asar los pollos que ella misma criaba. Recargaba la heladera con huevos de sus gallinas y todo tipo de conservas. Cosechaba verduras y frutas de la quinta. Pero ahora el médico acotó la dieta a pechugas de pollo a la plancha, churrasco magro con ensalada y pescado con puré.

—Marina te manda saludos —le comenta Leo.

La nona observa a la periodista que aparece en el televisor. Se distrae dejando un bocado de milanesa suspendido entre el plato y su boca. Piensa. Luego asiente con la mirada extraviada. Una sonrisa rezagada divide su rostro, y como si recordara algo importante, retribuye el saludo extendiéndolo a María Luz y Ulises.

Mientras almorzamos, se hace la hora de la blanquita. Le acerco el vaso con agua para que la tome y ella con el gesto

manso me pide que le avise a papá. Le respondo que ya arreglé con él, que se quede tranquila, pero levanta los hombros, desconforme, dudando.

Más tarde, con las mandarinas del postre, murmura que a papá no le va a gustar nada que no lo hayamos llamado. Amago a explicarle que ya hablé con él antes de ir, pero Leo me da una pequeña patada por debajo de la mesa.

Saco el celular del bolsillo y finjo llamar a papá.

—Ya la tomó —digo.

Cuando corto, la nona me examina con la mirada, preguntando quién está en la casa de Enguardo. Le contesto que mamá y papá y nadie más, que le mandan saludos. Desconfía. Se queda seria frunciendo el ceño.

Leo enseguida cambia de tema. Le pregunta por la Beba. La nona recupera la sonrisa y contesta que conversan por teléfono dos veces al día. Pela una mandarina y agrega que está enferma y apenas puede caminar.

A ella, sin embargo, la veo andar derecha y con los platos en la mano.

—La testa no me anda bene —dice tocándose la sien con los dedos—. Pero la Virgen quiere que siga viva.

Después agrega que sufrió mucho y siempre fue una mujer respetuosa.

—Además de la Virgen, todos queremos que sigas con nosotros —acota Leo.

Y yo adhiero:

—¿Quién nos va a contar tantas historias sobre Italia?

El sol se cuele por la ventana y colorea la mesa. Hablamos de la época en que vivíamos todos juntos en Villa Lugano,

cuando cada domingo había una mesa larguísima cargada de comida y parientes.

Hablamos del año en que los nonos se mudaron a la Costa y de las vacaciones que dormimos con ellos en el galpón, oyendo la lluvia repicar contra la chapa. De las heladas noches de pesca que pasamos con el nono en el muelle. Todo lo mencionamos claramente y desde la emoción. Para que la nona entienda lo importante que ella y el nono fueron para nuestras vidas. Para dejar constancia de la felicidad.

Entre tanto recuerdo, la nona me acusa de haberle sacado el auto al nono. Señala que ella misma tuvo que ir a firmar a la comisaría.

—¡Ese fue papá! —la corrige Leo.

—Fue papá —afirmo yo—. El nono se había ido a cazar.

Se queda dudando y asiente con media sonrisa. Sin creernos.

—Son cosas que hacen reír —dice, de repente.

Y se acuerda de Italia. Es lo que más fulgura en su memoria. Cuenta que, en su pueblito, a dos casas de dónde vivía, había un nene de cuatro años que no quería probar otra cosa que no fuera la leche de su madre. Una mañana lluviosa en la que no se podía trabajar la tierra, esa madre complaciente visitó la casa de la nona. Su hijo, enorme y glotón, se aferraba a su pezón. La nona le acarició la cabeza, diciéndole que le iba a convidar algo rico, para que se hiciera grande. Y le cortó una rodaja de saucisse. El niño observó aquel trozo de embutido y luego de olfatearlo se lo llevó a la boca. Ese fue el final de su demorada lactancia. En los días que siguieron, el niño ya no le pedía el pecho a su madre, sino que lo llevara a la casa de la signora del saucisse.

—¡La signora del saucisse! —repite la nona, riéndose a carcajadas.

Pienso que este momento breve y divertido, tendrá repercusiones en su ánimo. Puedo imaginarla, frente al inmutable canal de televisión, un día cualquiera de la semana, riéndose al recordar la risa de este instante.

En mi última visita, la nona se regodeaba en la tristeza. Llorisqueaba recordando el tiempo de la guerra y decía que la Presidenta había salido del televisor para cenar con ella. Llegó a acusar a papá de haber tocado el reloj para que funcionara más lento.

Intenté consolarla. Insistí para que aceptara vivir en la casa de papá. Pero apenas lo terminé de decir, vociferó que papá era una *mierda*, remarcando la erre. Una mierda por hacer más largos los días. Una mierda por no dejarla morir en paz.

¡Una mierda! Resultó ser la palabra que mejor le oí decir en castellano.

Sin embargo, ahora ríe a carcajadas. Habla y habla y pareciera que en cada palabra perdiera una arruga. Le sorprende que ya sean las tres y media de la tarde. Ella que aseguraba que el reloj andaba más lento que un caracol, por culpa de papá.

Se limpia las lágrimas de risa con un pañuelito arrugado.

Pregunta si nos hizo pasar un lindo rato.

—Bello, bello —contestamos a coro.

Busca en la alacena algo para regalarnos. No concibe que nos vayamos con las manos vacías. Prepara dos bolsas con nueces.

—¡Las tres y media de la tarde! —repite, como si aún no lo creyera.

El sol nos encandila y la nona dice que Dios está contento.

La secuencia que sigue lo puedo adivinar: la nona nos acompañará hasta la orilla de la vereda. Le insistiremos que cierre la reja con llave y vuelva a entrar, pero se quedará afuera hasta que nos vayamos. Nos dirá que andemos con cuidado, que les demos saludos a todos, que no la olvidemos. Por la ventanilla abierta del auto, la saludaremos agitando la mano. Antes de doblar en la esquina, por el espejo retrovisor, la veremos en el mismo lugar, aún erguida ante la vida. Una lágrima amenazaré los ojos de Leo y también los míos. Daremos la vuelta manzana y volveremos, sólo para asegurarnos de que haya entrado a su casa.

Sin embargo, en el inicio de la secuencia, en el momento en que abrimos la ventanilla para saludarla con la mano, nos sorprenden unas palabras que no esperamos y entran en el auto como un aliento fresco, tan llenas de alegría que nos deja silenciosos, saboreándolas con una sonrisa. La nona se agarra las manos y grita mirando al cielo:

—¡Cuántas canzoni vi ho fatto sentire!

XVII Informe de Prueba de ADN

BASÁNDOSE EN EL ANÁLISIS DEL ADN, se incluye a la presunta madre biológica Mabel Montero como madre biológica del hijo Eduardo Lambreta, porque comparten alelos en todos los marcadores analizados.

Asumiendo una probabilidad del 50% como base del análisis, la probabilidad de maternidad obtenida es del 99,999872688825%.

MAMÁ LE PREGUNTA A PAPÁ si quiere otra mandarina. Las cáscaras se acumulan sobre su plato. Él asiente mientras se lleva a la boca el último gajo.

Me quedo mirándola. La espero. Es un juego secreto en el que puedo adelantarme a sus palabras, que llegan enseguida:

—¿Querés otra? ¡Están riquísimas!

Contesto que no, sonriendo por el acierto. Ella insiste.

—No me entra ni una miguita más —digo, echándome hacia atrás en la silla.

Sobre la mesa, quedan los platos con restos de tuco. La única prueba de la panzada de mostacholes con estofado que acabamos de darnos. El plato preferido de papá. La especialidad de mamá. Una síntesis superadora entre las enseñanzas de su madre y de su suegra, entre la tradición española y la italiana.

—¡Tío! —grita Ulises.

Hace señas desde la terraza, del otro lado del ventanal. Tiene ganas de jugar a la lucha. Lo veo revoleando los puños, amenazándome.

—¡Tío pelado!

—¡Ahora vas a ver! —le grito—. ¡Te voy a disfrazar de moretón!

Me sirvo un vaso con gaseosa y observo la foto familiar que está encima de la alacena. Un portarretrato que debe tener, por lo menos, diez años. Me sorprende la cantidad de pelo que yo tenía en esa época. Mamá sigue bastante igual y Leo parece un colegial. Pero lo que más me llama la atención es la cara de papá, mirando fijo al ojo de la cámara con una sonrisa poco espontánea. Una expresión constreñida: la verdadera mueca de la angustia.

—¡Tío pelado! ¡Tío pelado!

Cruzo el ventanal y Ulises me recibe con los puños en alto. Le digo que no se meta conmigo, que soy un orangután sicópata y paranoico. Lo persigo dando saltitos. A cada movimiento, suelto un aullido largo y ronco.

—¡No podrás contra el lince! —me advierte.

Lo levanto en el aire. Nos tiramos en el piso. Soy un mono loco, un niño de treinta y pico.

Leo detiene la pelea. Exige atención. Dice que en un tiempo lejano fue un monje pacifista, pero un día perdió el control y ahora quiere destrozar lo que encuentre a su paso.

—¡Acá va a correr sangre! —agrego, y lo primereo con una zancadilla.

El mar se escucha como un eco jadeante. Las estrellas colorean la noche de azul.

Tanta corrida me deja sin aliento. Regreso al comedor y papá me dice que ya no estoy para esos trotes. María Luz me saca una foto con su celular.

—¡Estás todo transpirado, tío! —me dice con cara de asco.

—Callate que para vos también hay —la amenazo, haciéndole cosquillas.

Me siento a descansar, dolorido por los golpes del lince y con la respiración desordenada. Mamá se acerca con una toalla y me seca la frente empapada de sudor.

—¡Sos loco, eh! —me dice—. Un día de estos te vas a quebrar.

—No pasa nada. Tengo los huesos y la cabeza dura... ¿Le avisaste a la nona que mañana voy a almorzar?

—La llamé a las nueve, antes de que se fuera a dormir.

La tele frente al sillón, el volumen demasiado alto. Los ovillos de lana descansan en una canasta como gatos indiferentes.

—¿Estás tejiendo? —le pregunto.

—Más o menos, ahora en temporada no tengo mucho tiempo. Me pongo un rato todas las noches.

Husmeo la enorme bolsa que está al lado del sillón. Encuentro un montón de cuadraditos de lana tejidos a crochet. Colores y motivos floreados: las futuras mantas de sus hijos y nietos.

—¡Qué lindo, mamá! —le digo—. Nos tenemos que poner un negocio.

Papá nos observa del otro lado de la mesa, tomando cerveza, y agrega que nos llenaríamos de plata.

Ella escapa de los elogios. Se pone a lavar los platos con una velocidad que siempre me sorprende. En su perfil iluminado por la luz de la cocina, descubro rastros de su timidez. María Luz le avisa, en secreto, que faltan diez minutos para las doce. Mamá le responde con un murmullo cómplice y ojos de pícaro.

Tomo un ovillo y lo acaricio como si fuera un gatito azul. Papá le está contando a Marina que, por primera vez en casi cincuenta y seis años, la nona pronunció su nombre correctamente.

—La llamé por la pastilla como siempre. Yo la espero hasta que la tome, si no te dice que sí y se olvida. Y no va que dice: “Ya está, Eduardo”. Fue como oír una palabra que no existe. Ni Enguardo ni Duá. Dijo: Eduardo. Con todas las letras. Me resultó tan raro, que le pedí que me repitiera, pero se ve que no entendió y cortó.

Papá se ríe. Habla con un entusiasmo contagioso. Pienso que existe algo nuevo en la expresión de este padre que es mi padre.

El reloj de pared, continúa torcido y marca las doce de la noche. María Luz abre la heladera y un chorro de fría claridad llega hasta mis pies.

Medianoche. Comienza otro día y otro mes. Un nuevo e inesperado día de cumpleaños. María Luz apoya en la mesa la torta con una velita encendida. Papá sonrío sorprendido. Apagamos las luces. La llama bailotea y el rostro de papá se ilumina con un resplandor movedizo. Le cantamos el feliz cumpleaños: veinte días antes que cualquier otro año. Papá se acerca a la velita, lo abraza a Ulises.

—Ayúdame a soplar que se me escapan los dientes —dice con una sonrisa prendida a sus labios.

—¡Los deseos! ¡No te olvides de los deseos! —grita mamá. María Luz dice que nos juntemos así saca una foto.

—¡Pará, pará! No saques. Esperame un cachito —dice papá.

Y corre hasta la pieza para cambiarse el gorro. Elige una especie de boina inglesa a cuadrillé. Un modelo nuevo que reafirma su vocación de detective.

Nos abrazamos. Sonreímos al flash.

Papá sopla fuerte. La llama se extingue y se vuelve a encender. Sopla una vez más y esta vez la apaga definitivamente. Se aplaude a sí mismo.

—La hice yo, abuelo —comenta María Luz orgullosa, mientras corta la torta.

Papá le da un beso y la abraza, sabiéndose protagonista de la noche. De pronto, suena su celular. Mira el aparato extrañado, incrédulo ante el número que exhibe la pantalla. Se pone serio, casi asustado. Nos hace señas para que no hagamos ruido.

—¡Hola! —dice con el rostro dividido entre la alegría y el asombro—. Gracias por llamar. No, no hay problema. Siempre me acuesto tarde. Estamos reunidos. Mi nieta me hizo una torta.

Se levanta y camina apresurado hacia la pieza, nervioso como un novio en su primer llamado.

—Parece que es ella —nos comenta mamá con un gesto travieso.

Nos quedamos en silencio. Todos queremos oírlo. Marina baja el volumen del televisor y la voz de papá llega en fragmentos imprecisos. Me acerco a la habitación para pescar sus palabras, pero sigo sin distinguirlas.

El reloj de pared marca las doce y cuarto. Tomo impulso, agarro una silla y me paro arriba. Al fin lo enderezo.

—¡Cuidado! ¡Te vas a matar! —me dice mamá.

Papá reaparece en el comedor. Su expresión no da ninguna pista.

Vuelvo a pensar que existe algo nuevo en la cara de este padre que es mi padre. Algo distinto. Me pregunto si está en su mirada o en su sonrisa.

Parece un niño.

Parece un hijo.

Todos lo miramos expectantes. Mamá pregunta si era Mabel y qué dijo.

Él se queda parado con el celular en la mano.

—¡Dele! —insiste Marina—. Largue. ¿Qué le dijo?

—Quería saludarme por el cumpleaños —responde.

Hace otra pausa y toma un trago de cerveza. Su sonrisa es distinta y permanece como un rasgo más. Luego, con una expresión sorprendida, agrega:

—Me preguntó qué comidas me gustan.

ASÍ SE NACE de Damián F. Lamberta se terminó de editar en septiembre de 2019. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones Universitarias de la UAEM.

Editor responsable:

JORGE E. ROBLES ALVAREZ





DAMIÁN F. LAMBERTA nació en Buenos Aires, Argentina, en 1979. Integró distintos talleres literarios en La Plata, ciudad donde reside. En 2013 obtuvo una mención especial en el Premio Itaú de Cuento Digital, formando parte de la Antología MATE. En 2015 ganó el primer premio en El concurso “Fuera de Foco. El derecho de las y los jóvenes a la ciudad”. Publicó el libro de cuentos *El hombre de lana* (Textos intrusos, 2017). Es integrante del Grupo Literario Mulas en la Niebla

Ilustración de portada: Gabriela Alcalá

ASÍ SE NACE

Mediante una fabulación sin pretensiones y una prosa fresca, *Así se nace* desarrolla un relato en la mejor tradición del realismo temprano: directo y ágil, por instantes desprolijo, sin ambiciones experimentales, pero con una gran potencia para construir situaciones y personajes.

Julián Herbert

Así se nace nos engancha desde el primer momento y obliga a seguir colgados de su historia.

Carlos Oriel Wynter Melo